

ROBERTO LANZAS

¿FASCISMO EN ESPAÑA?

(SUS ORIGENES, SU DESARROLLO, SUS HOMBRES)



PUBLICACIONES
"LA CONQUISTA DEL ESTADO"
MADRID, 1935

¿FASCISMO EN ESPAÑA?

Roberto Lanzas

¿FASCISMO EN ESPAÑA?.....	2
UNAS LÍNEAS PREVIAS	4
PRIMERA PARTE.....	5
1. EL FASCISMO, COMO HECHO O FENÓMENO MUNDIAL	5
2. LOS PROBLEMAS DEL FASCISMO EN ESPAÑA	10
<i>La realidad actual de España</i>	10
<i>El patriotismo de los españoles</i>	11
<i>La revolución nacional y las derechas</i>	12
<i>La revolución nacional y las izquierdas</i>	13
<i>¿Un nacionalismo obrero español? Textos del líder revolucionario Joaquín Maurín</i>	13
<i>España y Europa</i>	15
<i>Las perspectivas inmediatas. ¿Los fascistizados?</i>	15
SEGUNDA PARTE	17
1. LOS ORÍGENES: LA PUBLICACIÓN DE LA CONQUISTA DEL ESTADO	17
<i>Un puro y radical comienzo</i>	17
<i>El perfil de los fundadores</i>	17
<i>Su actitud nacionalista y revolucionaria</i>	18
<i>La batalla al separatismo</i>	19
<i>Con la C.N.T. de flanco</i>	20
<i>Interferencia con la huelga telefónica</i>	20
<i>Peripécia policíaca</i>	21
<i>La quema de conventos. Testigos presenciales</i>	21
<i>Su signo histórico</i>	22
<i>Surgen las J.O.N.S.</i>	23
2. DE LA FUNDACIÓN DE LAS J.O.N.S. A LA APARICIÓN DE EL FASCIO	24
NUEVE JÓVENES QUIEREN SALVAR A ESPAÑA	24
<i>El líder marxista Fernando de los Ríos descubre el haz de flechas y el yugo</i>	24
<i>El grupo de Valladolid</i>	25
<i>Los tiempos duros. Atmósfera glacial en torno</i>	25
<i>Una conferencia resonante</i>	25
<i>La insurrección del 10 de agosto</i>	27
<i>Una coyuntura favorable</i>	27
<i>La aparición de EL FASCIO</i>	27
3. LA EXPANSIÓN JONSISTA.....	29
<i>La expansión jonsista</i>	29
<i>La revista mensual teórica</i>	29
<i>Agitación y lucha</i>	30
<i>La sola presencia jonsista</i>	31
<i>Preocupación ofensiva y defensiva</i>	32
<i>El asalto a las oficinas de los Amigos de Rusia</i>	32
<i>El Gobierno azaña-marxista se organiza un complot</i>	33
<i>En el penal de Ocaña</i>	33
<i>Primera noticia de lo que fueron planes para un tremendo acto terrorista</i>	34
<i>Apremios de la Internacional</i>	34
<i>La caja del Partido, vacía</i>	34
<i>Tarea y resultados de la revista JONS</i>	35
<i>Los focos de la organización jonsista</i>	37
<i>El jonsismo en Galicia. Montero Díaz</i>	38
4. FALANGE ESPAÑOLA. SU NACIMIENTO Y SUS PRIMEROS PASOS	40
<i>El mitin de la Comedia</i>	40
<i>Falange Española</i>	40

<i>Desaparece Valdecasas</i>	41
<i>Rasgos de la nueva organización</i>	41
<i>El marxismo se da por enterado</i>	41
<i>La violencia de los rojos</i>	42
<i>Agentes de Monipodio en el fascismo</i>	43
<i>Los colaboradores directos</i>	44
<i>Militantes jóvenes</i>	44
<i>La publicación del semanario F.E.</i>	45
5. LAS J.O.N.S. Y FALANGE ESPAÑOLA SE UNIFICAN	46
6. LA LUCHA POR EL NACIONAL-SINDICALISMO	50
<i>La lucha por el nacional-sindicalismo</i>	50
<i>El Triunvirato dirigente</i>	50
<i>Un mitin resonante en Valladolid</i>	50
<i>Nuevas violencias rojas en Madrid</i>	51
<i>Ansaldo en el Partido</i>	51
<i>Concentración de escuadras en un aeródromo de Carabanchel</i>	51
<i>Otro manojo de violencias. — Los «chíbiris»</i>	52
<i>No se admite a Calvo Sotelo</i>	52
<i>El problema de la revolución</i>	53
<i>Se debilita la propaganda</i>	53
<i>Favorable coyuntura social</i>	53
<i>El conflicto con la Generalidad de Cataluña</i>	54
<i>Impaciencia en los grupos combativos</i>	54
<i>Persecución gubernativa y episodios de la cárcel</i>	55
<i>Crisis de personas y de tendencias</i>	56
<i>Antecedente parlamentario</i>	56
<i>Ansaldo polariza el descontento</i>	57
<i>¿Organización de masas o secta restringida?</i>	57
<i>Tramitación de la crisis interna</i>	58
<i>Los jonsistas movilizan a los parados</i>	59
<i>Dos atentados gravísimos en San Sebastián</i>	60
<i>Una campaña folletinesca de MUNDO OBRERO. El ex legionario Calero</i>	60
7. OCTUBRE Y DESPUÉS DE OCTUBRE	62
<i>Nombramiento de jefe nacional</i>	62
<i>El Partido se manifiesta en las calles contra la insurrección marxista y contra el separatismo rebelde</i>	62
<i>La lógica obligada</i>	63
<i>Ambiente enrarecido. Expectación ante posibles sucesos político-militares</i>	63
<i>Oportunidad y posibilidad de Falange de las J.O.N.S. para una acción armada</i>	64
<i>La actitud del Gobierno</i>	65
<i>Un viaje a Asturias</i>	65
<i>Imperativos de una batalla en el orden sindical</i>	65
<i>De las filas marxistas al nacional-sindicalismo</i>	66
<i>Redacción de una hoja programática. Los veintisiete puntos</i>	66
<i>Impotencia y debilidad</i>	67
<i>Agonía irremediable. Una reunión de la Junta política</i>	67
<i>La escisión de los jonsistas</i>	68
8. LA SITUACIÓN ACTUAL	69
<i>Noviembre de 1935</i>	69
ANEXOS	71
<i>MOVIMIENTO ESPAÑOL J.O.N.S.</i>	71
<i>IDEAS SOBRE EL ESTADO</i>	74

UNAS LÍNEAS PREVIAS

Este libro tiene una explicación sencilla. Sitúa ante el lector los esfuerzos que han sido hechos en España para organizar de modo brioso un movimiento político, de entraña nacional profunda y grandes perspectivas sociales, mejor dicho, socialistas. Lo que las gentes llaman por ahí el fascismo.

El autor ha sido, desde las primeras jornadas, uno de los más fervorosos partidarios de este designio. Entré a formar parte de los primeros grupos nacional-sindicalistas que enarbolaron la bandera de las flechas yugadas y he permanecido en el movimiento hasta hace pocos meses, en que se produjeron los conocidos sucesos de orden interior, reflejos lamentables de descomposición y crisis.

He de manifestar que mi participación en el movimiento ha sido la de un militante de la base, un simple soldado de filas. No he desempeñado cargo alguno ni puedo ofrecer, por tanto, desde estas líneas previas una especial autoridad que confiera al libro prestancias espectaculares.

Ahora bien, creo disponer de dos ingredientes de valor altísimo, que, de seguro, agradecerá el lector y los estimará como los mejores para que este libro le ofrezca confianza. Uno, es mi honradez y mi fervor de militante, que me dota de especial sensibilidad para comprender el sentido de los esfuerzos a que aquí he de referirme. Otro, que poseo la información necesaria, que mis datos son de una autenticidad rigurosa. Pues he colaborado con cierta asiduidad en las revistas y en los periódicos del Partido y he sido honrado, de un modo permanente, con la amistad de los jefes, de los camaradas que han tenido a su cargo las tareas centrales de la organización. Mi información es directa. Ni una sola tilde de cuanto en el libro figura puede ser objeto de rectificación honrada. CUANTO SE DICE EN ESTAS PAGINAS ES RIGUROSAMENTE CIERTO, ES LA VERDAD, AUNQUE NATURALMENTE NO SEA NI PUEDA SER TODA LA VERDAD.

Por último, descubro al lector la causa profunda que me ha decidido a escribir y publicar esta obra. Tengo el firme convencimiento de que el deficiente desarrollo que hoy se percibe en la organización nacional-sindicalista obedece a causas de signo transitorio y, sobre todo, que es de eliminación sencilla. Espero contribuir, presentando con la máxima objetividad hasta sus más minúsculos detalles, a que puedan ser fácilmente precisados los errores y los motivos directos a que el movimiento debe su colapso en los meses últimos.

Estoy seguro de que me lo agradecerán los millares de jóvenes a quienes ese colapso del movimiento puede privar de consignas combativas y de bandera eficaz. Y estoy seguro también de que he de facilitar los trabajos para la victoria y vigorización triunfal del movimiento jonsista, cuyas ideas han sido la única levadura de FALANGE ESPAÑOLA y de las J.O.N.S., y cuyos hombres son los más desprovistos de responsabilidad en la coyuntura desgraciada que la organización atraviesa.

* * *

Rindo aquí mi más emocionado recuerdo a la memoria de los camaradas caídos en la lucha. Su abnegación, combatividad y espíritu de sacrificio revelan cómo la base militante ha estado en todo momento a la altura debida. En la etapa transcurrida, las organizaciones a que aquí vamos a referirnos habrán carecido de otras cosas, pero no de militantes heroicos y abnegados. Es incomprensible, a la vez que doloroso, asistir hoy a la descomposición y desviación de un movimiento en el que la base, los simples soldados, han revelado poseer una capacidad extraordinaria de disciplina, entusiasmo y espíritu de sacrificio.

* * *

Divido el libro en dos partes. La primera trata de explicar el fenómeno del fascismo, primero como actitud mundial, y después, como arista nacional de esta hora española. La segunda es un relato histórico, conciso y breve, acerca del nacimiento, desarrollo y situación presente de las organizaciones mostradas y señaladas en España como fascistas.

Ramiro Ledesma Ramos.

Madrid, noviembre de 1935.

PRIMERA PARTE

1. EL FASCISMO, COMO HECHO O FENÓMENO MUNDIAL

Fácilmente se comprenderá que cuantas veces utilizamos aquí la palabra "Fascismo" lo hacemos como una concesión al vocabulario polémico mundial, pero sin gran fe en la exactitud expresiva, ya que, por nuestra parte, nos inclinamos a negar al fascismo propiamente dicho características universales.

Hablar, pues, de Fascismo en España -según es el tema de este libro- no equivale a exponer las posibilidades de que en España se instaure o no un régimen político que se inspire directamente, ortodoxamente, en el régimen fascista italiano, sino que lo que se quiere decir, y a lo que se alude, es a una política concordante con lo que, en el panorama de las luchas políticas mundiales, se conoce por "Fascismo".

Es evidente que una pesquisa del fascismo, un examen de éste, no ya como régimen concreto de un país determinado, sino como concepto mundial operante, es una empresa lícita y posible. Podemos, en efecto, poner en fila una serie de características, de perfiles, de propósitos y de sueños, que nos entrega con claridad perfecta la figura exacta del fascismo, como fenómeno mundial. En el sentido de ese concepto, y sólo en él, cabe hablar del fascismo fuera de Italia, es decir, adquiere esa palabra capacidad universalista ¹.

Podrá ser objeto de investigación el por qué ha adquirido esa palabra, ese concepto político, amplitud mundial. Es decir, podrá preguntarse cada uno cuál es el secreto de su tránsito, desde la proyección episódica y concreta sobre Italia hasta la significación mundial que hoy tiene. No nos interesa a nosotros hacer aquí esa investigación. Sólo nos fijaremos en dos factores, que sin ser desde luego los únicos, ni quizá los de más profundidad, han influido considerablemente en la universalización del fascismo.

Helos aquí:

1) Su tendencia al descubrimiento jurídico-político de un Estado nuevo, con la pretensión histórica de que ese Estado signifique, para el espíritu y las necesidades de la época, lo que el Estado liberal-parlamentario significó en todo el siglo XIX, hasta la Gran guerra.

2) Su estrategia de lucha contra una fuerza social -el marxismo, el partido clasista de los proletarios-, vencéndola revolucionariamente, y sustituyéndola en la ilusión y en el entusiasmo de las masas.

Pues el fracaso del sistema demoburgués ofrece hoy, efectivamente, características universales. Asistimos al hundimiento de las justificaciones morales, políticas y económicas que han sido el soporte del Estado liberal parlamentario, de la democracia burguesa. Cada día son los pueblos más incompatibles con todo cuanto ese régimen significa, y tal incompatibilidad llega a la exasperación y a la violencia cuando se trata de las juventudes mundiales, que son los sectores más implacablemente cercenados por la hipocresía y la flacidez de tal sistema.

En un trance histórico así, cuando casi el mundo entero busca sustitutivos eficaces, angustiado por el derrumbe irremediable de su patrimonio político antiguo, júzguese la capacidad expansiva de un régimen como el fascista de Italia, que se presentó desde el primer día, con inteligente petulancia, como el régimen superador -y por ende, continuador- de la democracia liberal y parlamentaria. Y ello, no sólo cuando ésta naufragaba en sus propias limitaciones, sino también cuando terminaba de sufrir la tremenda embestida bolchevique, y se movilizaban las masas rojas en todas partes a favor de la dictadura proletaria, es decir, contra los pobres vestigios demoburgueses que sobrevivían.

No puede extrañar que, en tal coyuntura, la victoria fascista italiana, su pesquisa afortunada de un Estado nuevo, surgido de la entraña misma de la época, de cara a sus dificultades esenciales y apelando a los valores más firmes -la angustia nacional, la necesidad de un orden y una disciplina, la preocupación por el destino histórico y económico del "todo" el pueblo-, polarizase la atención mundial.

Y veamos el segundo factor, el que nos presenta sus tareas combativas, su orden del día contra el marxismo, su revalorización del ímpetu y de la violencia.

Cuando Mussolini tomó el Poder en Roma tenía tras de sí más de dos años de lucha armada contra el marxismo. Su victoria supuso, por de pronto, la derrota radical y absoluta de la revolución socialista en Italia. Pero no tardó en percibir la Internacional de Moscú que esa victoria era más grave de lo que pudiera creerse,

¹ A primera vista parece que estos juicios nuestros se oponen a la concepción del fascismo que defienden algunos de sus teóricos más ilustres. Por ejemplo, la expuesta por Giménez Caballero en su conocido libro *La nueva Catolicidad*, que le asigna, como indica su mismo título, el rango de una fe universalista nueva. No hay, sin embargo, contradicción esencial, porque esa catolicidad o universalidad fascista la atribuye Giménez Caballero no estrictamente al fascismo mussoliniano, sino más bien a esa resultante mundial a cuya pesquisa nos estamos refiriendo. Hay además en Giménez Caballero el factor ROMA, inesquivable para comprender su concepción del fascismo. De acuerdo con los juicios que exponemos, podríamos decir, tan sólo, que ese famoso teórico del fascismo ha ido quizá demasiado lejos. O que se ha anticipado.

que no se debía, ni mucho menos, a la sola acción defensiva de la vieja sociedad, sino que había en ella, y se daban en ella, síntomas de más robusta traza.

Lo que la Internacional marxista -las dos, la II y la III- comenzó a percibir fue nada menos que esto: el fascismo parece no ser sólo un episodio nacional de Italia. Parece no ser sólo un incidente desgraciado para la revolución socialista mundial, producido en uno de los frentes, en Italia, y restringido a él. Parece más bien un signo de otro orden, una estrategia nueva contra nosotros, provista y alimentada por valores de calidad superior a la de los hasta ahora conocidos. Parece que esa estrategia puede muy bien adquirir rango mundial, es decir, ser desplegada contra el marxismo en el mundo entero. Parece asimismo que su propósito es transformar la vieja sociedad demoburguesa, el viejo Estado parlamentario, y forjar una sociedad nueva y un Estado nuevo, con suficiente vigor para vencer incluso las contradicciones últimas del régimen capitalista. Parece también que su poder de captación consigue hasta el enrolamiento de los proletarios, de los trabajadores, uniéndolos a la pequeña burguesía, a las clases medias, a las juventudes nacionalistas y a todos los patriotas.

La conclusión marxista a esas consideraciones fue, naturalmente, ésta: ¡Lucha mundial contra el fascismo! Una consigna así dio la vuelta al mundo antes de que el propio fascismo tuviese en él análogo cinturón de admiradores. En casi todas partes se organizó y propagó el antifascismo antes que el fascismo apareciese. Y obsérvese que la consigna antifascista no era exclusivamente protesta internacional revolucionaria contra el régimen de Italia, sino que se hacía de ella consigna nacional, contra las supuestas fuerzas fascistas del propio país.

El marxismo, la mística de la revolución proletaria mundial, tiene hoy núcleos fieles hasta en los rincones más apartados del Globo. Las mismas consignas aparecen en un cartelón comunista de los bolcheviques chinos que en uno de los austríacos o búlgaros. Puede hablarse de una internacional marxista, no sólo porque hay marxistas en casi todos los países, sino porque, además, son tipos humanos de calidad rigurosamente idéntica, que han retorcido el cuello a todo signo nacional y de raza, aún a costa de adquirir una configuración espiritual monstruosa. El militante rojo es el mismo en todas partes. Dispone de las mismas armas y lucha por los mismos objetivos. Es, por tanto, también vulnerable a las mismas flechas.

Claro que ese tambor batiente y guerrero contra el fascismo coincidió con otro, de sonido antagonista y contrario: el de las gentes angustiadas por la cercanía bolchevique; el de las gentes ligadas a un espíritu nacional profundo; el de las juventudes bélicas y generosas; el de todo ese gran sector de muchedumbre a la intemperie, ligadas, sin embargo, a una lealtad y a una continuidad de la cultura de su propia sangre.

* * *

No hay ni puede haber una Internacional fascista. El fascismo, como fenómeno mundial, no es hijo de una fe ecuménica, irradiada proféticamente por nadie. Es más bien un concepto que recoge una actitud mundial, que señala una coincidencia amplísima en la manera de acercarse el hombre de nuestra época a las cuestiones políticas, sociales y económicas más altas. Pero hay en esa actitud mundial zonas irreductibles, que son las primeras en denunciar la no universalidad originaria del fascismo. Pues su dimensión más profunda es lo "nacional". *De ahí que el fascismo no tenga otra universalidad que la que le preste el soporte "nacional" en que nace*².

Ahora bien, esa actitud, que denominamos fascista, tiene una realidad innegable en el mundo entero. Se trata de un hecho, que se dispone, con fortuna o no, a engendrar otros hechos, quizá más vigorosos. Poco importa, realmente, insistir en el modo cómo esa actitud ha llegado a adquirir vigencia. La historia se nutre y fecunda de hechos, sean cuales sean sus causas. Las fuerzas madres que la impulsan pueden tener los orígenes más sorprendentes y contradictorios.

El fascismo, la bandera del fascismo, la consigna del fascismo, la lucha en pro o en contra del fascismo, todo eso es hoy evidentemente alguna cosa, que no cabe ignorar.

Si lo ignoramos nosotros, este libro, o por lo menos su título -¿FASCISMO EN ESPAÑA?- sería imposible, constituiría, desde luego, un absurdo.

² El triunfo del nacional-socialismo hitlerista en Alemania entra de lleno en la fenomenología mundial del fascismo. Es su mejor expresión y la mejor corroboración de cuanto venimos diciendo. En primer lugar, denuncia la no universalidad específica del fascismo, ya que no tiene, ni puede tener, una política internacional propia, única. Es sabido que es en su política internacional donde aparece el genio de un pueblo, en relación con sus más altos designios. Lo mismo que no caben farsas con la muerte, no caben tampoco falsificaciones y artificios en la política internacional que un pueblo hace. Pues bien, hoy existen en Europa dos pueblos, dos Estados, de los llamados fascistas: Italia y Alemania. Es notorio el antagonismo internacional de sus políticas. Y es más: muy difícilmente, aun variando el mapa diplomático y la mecánica actual de los Estados europeos, podrían conciliarse los destinos internacionales, históricos, de esos dos pueblos, quizá más antagónicos, o si se quiere sólo, menos coincidentes mientras más "fascistas" sean.

El hecho alemán nos permite confrontar también una de las peripecias de la ruta: los nazis no hicieron la propaganda, ni alcanzaron su victoria, al grito de "¡Viva el fascismo!". Pero todos aquellos que obstaculizaron esa propaganda y se opusieron a esa victoria lo hicieron, en cambio, al grito de "¡Abajo el fascismo!". Repitamos que el movimiento nacional-socialista aclara considerablemente nuestro juicio acerca de cuál es, en realidad, el carácter universalista del fascismo.

* * *

¿Qué significa, en resumen, ser fascista? ¿Qué características ofrece esa actitud moral, política y económica que en el mundo entero se califica hoy de actitud fascista? ¿Qué aspiraciones y qué propósitos tienen esos movimientos que el mundo conoce y señala como movimientos fascistas?

Parece que esas preguntas pueden hoy ser contestadas, y ello, de acuerdo con lo que antes dijimos, sin necesidad de dirigir exclusivamente el catalejo hacia Italia y hacia Mussolini, sino capturando una dimensión esencial de nuestra época, y de la que, en realidad, es ya consecuencia y producto el fascismo italiano mismo.

Señalemos brevemente, en esquemas, las características y afirmaciones centrales, definitorias, que en opinión nuestra determinan el fascismo como fenómeno mundial:

1) La Patria es la categoría histórica y social más firme. Y el culto a la Patria, el impulso creador más vigoroso.

El fascismo requiere, como clima ineludible para subsistir, la vigencia de unos valores nacionales, la existencia de una Patria, con suficiente vigor y suficiente capacidad de futuro para arrebatar en pos de ella el destino espiritual, económico y político de un pueblo entero. Se actualiza así, pues, una teoría aristocrática de los pueblos, distinguiendo entre los que son mera convivencia o agregado de gentes, para realizar cada una su propio y personal destino, y los otros, los grandes pueblos creadores, que han hecho la Historia universal, y son hoy, aún, la garantía de que el genio humano sigue su curso.

La Patria, en manos de la vieja sociedad conservadora, era ya apenas un mero vocablo, muchas veces incluso fachada impresionante que escondía una red de intereses y de privilegios injustos. Era, además, una fortaleza a la intemperie, expugnable con facilidad por todas las tendencias internacionalistas que iban vomitando, día tras día, las sectas de los renegados. Y era, por fin, un valor agónico, a la defensiva, sin destreza ni audacia para convertirse en bandera de las juventudes y de los núcleos más vigorosos y más fuertes.

Parecía, pues, urgente:

a) Desalojar de su servicio a las viejas oligarquías de sentido demoburgués y conservador, que creyéndose quizá, a veces, sinceros defensores y propulsores de la idea nacional, restringen de hecho la grandeza y las posibilidades de la Patria, haciéndola coincidir con sus intereses, con sus marchitas creencias y con su idea burguesa de una vida pacífica y sin sobresaltos.

b) Poner la Patria sobre los hombros de las juventudes, de los productores y de los soldados. Es decir, de las capas más vitales y vigorosas de la sociedad nueva.

* * *

2) El Estado liberal-parlamentario no es ya el Estado nacional. Las instituciones demoburguesas viven al margen del interés de la Patria y del interés del pueblo. No representan ni interpretan ese interés.

Los partidos políticos, las organizaciones de grupos, representan siempre intereses particulares, sin que desmienta este hecho el que representen a veces la mayoría de un país. La mayoría de un pueblo, agrupada en torno a una bandera partidista, es decir, que represente intereses particulares, puede no tener relación alguna con el interés nacional e incluso desconocerlo.

El interés supremo es el de la comunidad de "todo el pueblo". El Estado nacional es quien puede servir ese interés. La realización del Estado nacional tiene tres etapas: a) Organización de una fuerza política, al servicio exclusivo de la idea nacional y de los intereses sociales de "todo el pueblo". b) Partido único triunfante, ejerciendo su dictadura contra los viejos partidos para someter y disciplinar los intereses particulares y de grupo. c) Vigencia del Estado nacional, cuyos móviles supremos y cuya justificación histórica consisten en garantizar la realización de los designios espirituales, políticos y económicos de que sea capaz el genio nacional, con la vista fija, tanto en su apogeo creador como en las circunstancias, buenas o malas, por que atraviese el pueblo.

* * *

3) La oposición a la democracia burguesa y parlamentaria es la oposición a los poderes feudalistas de la sociedad actual.

El fascismo nace y se desarrolla en capas sociales desasistidas y en peligro. Su representación más típica la constituyen las clases medias, que después de experimentar la inanidad de la democracia liberal, no se entregan, sin embargo, a la posición clasista de los proletarios. En este sentido, la rivalidad mundial fascismo-marxismo lo es en tanto las clases medias y los proletarios clasistas se disputan violentamente el puesto de mando de la revolución, así como cuál de los dos incorporará al otro a su empresa.

La existencia de esas fuerzas fascistizadas que se resisten a permanecer pasivas, y menos a ser retaguardia de la revolución clasista bolchevique, es una manifestación típica del actual momento histórico. Que consigan o no movilizar en torno suyo a los sectores más capaces, heroicos y abnegados, es el secreto de su triunfo o de su derrota, frente a los marxistas y frente a la vieja sociedad conservadora y demoburguesa.

Una vez vencido el marxismo, las mayores dificultades se le presentan al fascista por el lado liberal, demoburgués, donde se apiñan, no esas pobres añoranzas de la libertad perdida, como pretenden los plumíferos llorones de la democracia, sino el frente oligárquico capitalista; es decir, los dueños de los grandes periódicos, los directores de los grandes Bancos, todos los magnates, en fin, que ofrece en sus diversas formas el gran capitalismo moderno. Generalmente, todos ellos se muestran partidarios de la democracia liberal, apetecen un régimen de libertad política. Pues son, en efecto, los representantes feudales, quienes equivalen en nuestra época al régimen feudal de los grandes señores antiguos, mostrándose hoy enemigos de la prepotencia y de la pujanza del Estado, como sus antecesores lo eran ayer de la soberanía de los monarcas. El fascismo sabe que la democracia parlamentaria es el régimen ideal para que predominen, del modo más descarado, las peores formas de feudalismo moderno.

* * *

4) El marxismo es la solución bestial, antinacional y antihumana que representa el clasismo proletario para resolver los evidentes problemas e injusticias, propias del régimen capitalista. La primera incompatibilidad de tipo irresoluble del fascismo se manifiesta frente a los marxistas. Tan irresoluble, que sólo la violencia más implacable es una solución.

El perfil antimarxista del fascismo es inequívoco, pues el triunfo marxista equivale a la derrota absoluta de todo cuanto la actitud y el espíritu fascista representa. Ese triunfo supondría la quiebra del espíritu nacional, la degradación histórica de "todo el pueblo", la amputación de su libertad, el exterminio de su pujanza y de su espíritu, y, por último, la no realización de la justicia, el escamoteo de las conquistas sociales ofrecidas.

En su lucha con los bolcheviques, el fascismo dispone de otra arma tanto o más eficaz que la violencia, sobre todo para disputarle el predominio entre los trabajadores. Es su actitud social, su espíritu social. Gracias a esa actitud y a ese espíritu, el fascismo no vacila, si es necesario, en rasgar las viejas tablas de la ley de la sociedad capitalista. Y ello, con más eficacia, más equidad y menos estrago, naturalmente, que como pretendía y podría hacerlo el marxismo.

El marxismo equivale, además, a entregar la historia a los aventureros, no en el sentido de que sus dirigentes estén corrompidos, sino en otro incluso peor, pues se trata de aventureros de patrias, es decir, desconocedores y asoladores de la máxima riqueza que los pueblos tienen.

* * *

5) Desde el momento en que el fascismo no es un producto de los sectores más conformistas de la sociedad, es decir, de los grupos más satisfechos y partidarios de la actual ordenación económica y política, su régimen y su victoria implican, necesariamente, grandes transformaciones revolucionarias.

La mecánica actual de las luchas político-sociales hace que el fascismo sea la bandera de una red complejísima de gentes insatisfechas, postergadas y descontentas. De ahí el origen multiforme de sus cupos, unánimes, sin embargo, en la manifestación de un espíritu combativo, de milicia, que revela cómo no son residuos de la vida, sino grupos valiosísimos y fértiles.

Son gentes descontentas de la poquedad de su patria, de la indefensión de sus pequeños patrimonios o negocios, de la rapacidad e ineptitud de los partidos, de la impotencia del Estado demoburgués en presencia de los conflictos sociales y de las crisis, de la monotonía y del vacío de una vida nacional escarnecida, y, en fin, de sentirse pretéridos o subestimados con injusticia por los poderes dominantes.

Al constituir el fascismo un Poder político de enorme autoridad y depositarlo sobre quienes, de modo más directo, interpretan los intereses últimos y supremos de "todo el pueblo", su primera consecuencia es sustraerlo a las potencias feudales demoburguesas, liberando de su yugo al Estado y al pueblo.

El fascismo es la forma política y social mediante la que la pequeña propiedad, las clases medias y los proletarios más generosos y humanos luchan contra el gran capitalismo en su grado último de evolución: el capitalismo financiero y monopolista. Esa lucha no supone retroceso ni oposición a los avances técnicos, que son la base de la economía moderna; es decir, no supone la atomización de la economía, frente al progreso técnico de los monopolios, como pudiera creerse. Pues el fascismo supera a la vez esa defensa de las economías privadas más modestas, con el descubrimiento de una categoría económica superior: la economía nacional, que no es la suma de todas las economías privadas, ni siquiera su resultante, sino, sencillamente, la economía entera organizada con vistas a que la nación misma, el Estado nacional, realice y cumpla sus fines.

Todo lo que supone el fascismo de "democracia organizada y jerárquica", su base social sindicalista y corporativa, su concepción totalitaria del Estado, etc., es lo que le pone en pugna, tanto con muchos intereses particulares como con las viejas formas políticas, y lo que a la vez le obliga, ineludiblemente, a presentarse en la historia con perfiles revolucionarios.

* * *

6) El fascismo busca un nuevo sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.

Respecto a la autoridad, vinculándola en jefes verdaderos. Respecto a la disciplina, convirtiéndola en liberación, en eficacia y en grandeza del hombre.

En cuanto a la violencia, su actitud es la propia de quien se sabe ligado profundamente al destino histórico de un pueblo. Es la propia de quien acepta el espíritu de sacrificio y la idea del deber, aun a costa de su misma vida. Y es la propia también -¿por qué no decirlo?- de quien sabe que la vida es lucha, y que donde el hombre se mutila su sentido de la energía y de la violencia triunfa el espíritu rastrero, eunocoide e hipócrita, de los peores representantes de la especie.

* * *

Esos son los rasgos fisionómicos de la actitud fascista mundial. Con mayor o menor fidelidad a algunos de ellos, así piensan los individuos y los grupos a quienes se dirigen las invectivas del antifascismo mundial.

Idea nacional profunda. Oposición a las instituciones demoburguesas, al Estado liberal-parlamentario. Desenmascaramiento de los verdaderos poderes feudalistas de la actual sociedad. Incompatibilidad con el marxismo. Economía nacional y economía del pueblo frente al gran capitalismo financiero y monopolista. Sentido de la autoridad, de la disciplina y de la violencia.

Es evidente que esta actitud, estas ideas, aspiraciones o propósitos, están en el ambiente público, con capacidad, por tanto, no sólo para dar vida polémica y justificación a partidos o movimientos políticos determinados, sino dispuestas a ser recogidas, en mayor o menor escala, por cualesquiera organización, por cualquier gran instrumento histórico de mando. Pues no hay sólo individuos, grupos y organizaciones fascistas, sino también, y quizá en mayor relieve, individuos, grupos y organizaciones fascistizadas.

2. LOS PROBLEMAS DEL FASCISMO EN ESPAÑA

Repitamos, aun a costa de pesadez y machaconería excesiva, que la utilización del vocablo "Fascismo" la hacemos como una concesión al vocabulario polémico que por ahí circula, y naturalmente en el sentido riguroso cuya pesquisa hemos efectuado en el anterior capítulo. El fascismo como actitud mundial, y por tanto, puesto que España está en el mundo, como posible actitud española, no depende de un modo directo del fascismo italiano, mussoliniano, sino que es un fenómeno de la época, típico de ella como cualquier otro. Tenía esto que decirse en España al aludir a las características del fascismo, pues nuestra Patria es de suyo una Patria imperial, creadora y totalitaria. Nada que sea propio y genuino de otro país encontrará aquí arraigo fundamental, y por eso las formas miméticas del fascismo están aquí felizmente proscritas. Ya se percibirá a lo largo de este libro, y como resumen final suyo, que el colapso actual de los movimientos F.E. y J.O.N.S. se debe, en parte, al gran número de factores miméticos que han existido, sobre todo en el primero, y de los que tienden a liberarse.

Que conste, pues, que al disponernos a escribir someramente acerca de "los problemas del fascismo en España", nos referimos a los problemas de un movimiento cuya bandera estuviese fielmente reflejada por los seis apartados del anterior capítulo.

La realidad actual de España

Para comprender la situación actual de España y sus problemas de orden político, hay que partir de abril de 1931, y no de más atrás. El sistema inmediatamente anterior no influye hoy para nada, ni como añoranza ni como repulsa. Está sencillamente borrado, pues incluso los grupos monárquicos se afanan en prescindir de sus características, y quieren revisar sus bases. Es decir, no lo restaurarían tal y como fue. Y en cuanto a los republicanos ortodoxos de abril, no es tampoco ya aquel régimen punto de referencia para fulminarlo ante las masas. Esa fulminación la dirigen ahora a otros enemigos, que le son más cercanos y peligrosos. Por eso decimos que lo anterior a 1931 no influye nada en la España presente de 1935. No es ningún valor apreciable ni significa lo más mínimo en la política actual el hacer tanto su defensa como su condenación.

Sólo hay que considerar hoy, por tanto, la República, el período y la experiencia de la República. El diagnóstico de ese período y de esa experiencia es sencillísimo, y está en la conciencia de la inmensa mayoría de los españoles. Es éste: la República ha fracasado de un modo vertiginoso. Según hablen unos o según hablen otros, las causas del fracaso son diferentes. Pero la apreciación del fracaso es unánime.

En opinión nuestra muy firme, el motivo único de ese fracaso reside en que la República, el movimiento republicano de abril de 1931, no encarnó ni interpretó la suprema necesidad de España desde hace muchos decenios: Hacer su revolución nacional.

Ahora bien, el período republicano no ha sido una revolución nacional frustrada. No es que se haya quedado a medio camino de su realización. Pues el mismo 14 de abril, los clamores de ese día y el equipo gubernamental instalado en el Poder ese día, presentaban ya esa fecha como frustrada para la revolución nacional. Con los ingredientes ideológicos de aquellos triunfadores y con los nortes político-sociales a que decían estar adscritos, la revolución nacional española era de esperanza imposible. Por tanto, sólo si posteriormente el período republicano hubiera producido episodios que significasen la ruptura con lo típico y propio de abril -la presencia de partidos, la ausencia de fe nacional, la despreocupación por la *totalidad* del pueblo español-, es decir, sólo saliéndose de madre, pudo haberse enderezado históricamente la República. Algunos ingenuos, afanosos por descubrir esa perspectiva, creyeron tenerla delante con Azaña. Puro fenómeno sahárico de espejismo.

La revolución nacional española tiene hoy, entre otros, estos tres objetivos esenciales: Unidad moral de todos los españoles, vinculada en el culto a la Patria común. Creación de un Estado totalitario, provisto de autoridad, capacidad y ayuda popular amplísima. Nueva ordenación social-económica, con tendencia a una vigorización ambiciosa de la riqueza nacional y a la justicia distributiva, incrementando la producción y las explotaciones nuevas, a la vez que socializando el crédito, los transportes, la gran propiedad territorial y en lo posible todos los medios de cambio. Por último, y como consecuencia de esas realizaciones, la libertad internacional de España, su presencia vigorosa en el mundo, pese a quien pese y caiga quien caiga.

Todo esto no puede salir ni saldrá nunca de unas elecciones. Es empresa histórica, cuyo alvéolo es necesariamente una revolución.

El fracaso de la República se manifestó ruidosamente al ser lanzados del Poder sus representantes más ortodoxos. Al finalizar el primer bienio. Quizá esos hombres son todavía lo necesariamente ingenuos para extrañarse de su derrota. Porque desde luego, cuando ocupaban las cimas del Estado, entreveían de vez en vez los nortes ideales que era preciso conseguir. Pretendían su conquista con armas de palo. Así, por ejemplo, Azaña decía en uno de sus discursos: "Quiero hacer del pueblo español una nación grande." Y también: "Para una política mezquina, para una política de tapiales y barbechos que no se cuente conmigo." Quien habla así está desde luego, a *primera vista*, en la vereda fecunda de la historia. Marcelino Domingo soñaba con la escuela

única, y después, al pasar al ministerio de Economía, con ordenar la economía nacional. Citamos todo eso como ejemplos. Porque luego resultaba que Azaña quería hacer una nación grande sin disponer de idea nacional alguna, o con ideas nacionales mezquinas, sin base patriótica en el Estado ni en las masas. Sin promover ardor alguno nacionalista ni en las juventudes ni en el pueblo. Y que Domingo pretendía la escuela única, sin que el Estado tuviese una ortodoxia, una unicidad de cultura con la que inflar y sostener esa realidad de la escuela única, sólo posible en un Estado totalitario, sea fascista o bolchevique. Y en cuanto a la ordenación de la economía, es ingenuidad manifiesta que pueda ser lograda en un sistema político tan anacrónico como el que defendían e instauraron nuestros estadistas del primer bienio republicano. Domingo se queja en un libro de que los intereses particulares y privados no se doblegaban ante el interés general de la nación. Pero hay que preguntar: ¿En qué empresa habían metido ustedes a la Patria y cómo contribuían a su vigorización histórica? Pues sólo en este caso se puede luego con autoridad -y además es sólo posible- hacer que las gentes y los intereses privados se subordinen al interés de la nación española, como unidad económica y política.

El fracaso vertical de la República ³ acontece, sin embargo, en medio de una situación histórica propicia a las soluciones de signo más fértil. Gran parte del pueblo se hizo quizá ilusiones el 14 de abril. Otra gran parte se afana por ilusionarse con otra fecha cualquiera, inédita aún. El hecho es que todo él está movilizado y alerta. En los primeros, el 14 de abril dejó un regusto de cosa frustrada, que según ellos estuvo a punto de dar en el blanco. En los segundos, hay una experiencia cercana, y puede decirse que operan ya bajo el influjo de mitos heroicos. Son los que de una y otra parte se batieron en octubre, o siguieron la batalla con el corazón caliente y las mandíbulas apretadas.

Parece que tal coyuntura sólo puede tener por desenlace la ocupación del Poder político por fuerzas nuevas, con suficiente vigor para hendir su puñal en el sistema fracasado. Esas fuerzas nuevas, cuyo triunfo tenía que equivaler a la resucitación nacional de los españoles y a la derrota de cuanto en España hay de falso, traidor e injusto, no podían adquirir desarrollo, sino mediante una suprema apelación a las energías creadoras del pueblo y de la Patria.

Esa apelación y su ejecución victoriosa constituirían la realización del fascismo, que en España hoy tiene que representar, ante todo, sacar al país de la vía muerta que es ya, por su fracaso, el régimen vigente.

El primer problema -problema fundamental- del fascismo consistía en presentarse ante los españoles como la única fuerza capaz de resolver, nacionalmente, el fracaso de la República, sin peligro alguno de recaer en la rabonada monárquica de antes de abril.

El patriotismo de los españoles

Hace muchos años que es opinión corriente expresar el menguado patriotismo de los españoles. Desde luego, si existe, está bien recóndito y oculto. Quizá sólo allí donde el patriotismo es forzoso, o sea, en el ejército, y en la entraña popular más profunda, podrían encontrarse síntomas de una fe nacional verdadera. Es decir, capacidad de servicio heroico y abnegado a los designios históricos de España. Nadie busque en otras zonas, donde, notoriamente, la emoción nacional española es, en efecto, bien parva.

Ello es un contratiempo esencial para el desarrollo del fascismo, que entre las cosas de que más necesita figura en primer término operar sobre una conciencia nacional al rojo vivo. En parte, el fascismo mismo crea o sostiene esa conciencia, pero no puede prescindir de ella como antecedente. No se crea, por ejemplo, que ha sido Mussolini quien ha forjado el patriotismo actual de los italianos. Este es anterior al fascismo, y obraba en la atmósfera popular de Italia desde mucho antes. Así, el político alemán Von Bülow hablaba ya en 1913, en uno de sus libros, del "patriotismo fogoso de los italianos". En cuanto al patriotismo de los alemanes, también hoy país fascista, nadie será tan ingenuo que tenga por su fundador a Adolfo Hitler.

Lo extraño de España, en relación con lo que se observa en los demás grandes países, es la ausencia de una doctrina nacional y de una política nacional operante en lo que pudiéramos llamar zonas conservadoras. Ello es un fenómeno bien visible, y no ya hoy, que padecen *aparentemente* un eclipse en su poder social y político, sino de vigencia casi secular. Obsérvese el panorama de las grandes potencias europeas, y en todas ellas puede percibirse algo análogo a esto: La presencia y actuación de unas fuerzas y de una doctrina de sentido nacional que da continuidad a una tarea: la de engrandecer y robustecer su propia patria. Existen esa fuerza y esa doctrina en Inglaterra, en torno a la consigna de "la prosperidad y la *conservación* del Imperio". Existen en Francia, bajo la advocación de una burguesía poderosa y del enemigo alemán cercano. Existen en Alemania, a través de todos los decenios que siguen a la segunda unificación del Reich, desde Bismarck. Existen en Italia, desde Cavour.

El sostén más seguro de la doctrina nacional que aparece en estos ejemplos hay que localizarlos en capas de sentido conservador, es decir, derechistas. ¿A qué se debe, pues, en España, la ausencia de una doctrina

³ Entendemos aquí naturalmente por República, no la forma de gobierno así llamada como oposición a las Monarquías dinásticas, sino las instituciones, los partidos, las ideas y los hombres que gobernaron o aspiraron a gobernar a España con el espíritu del 14 de abril.

nacional firme y animosa? Es, en efecto, evidente que esas fuerzas que hemos señalado como actantes en otros países, aquí no han logrado victorias nacionales parecidas. La explicación es sencillísima, y no demoramos más su enunciación cruda: Todos esos países han hecho su revolución nacional, es decir, han hecho un reajuste de instituciones y de nortes históricos que les ha permitido avanzar en el camino de la riqueza, del poder y de la cultura. Junto a catástrofes y derrotas, han tenido también victorias, éxitos. Sólo lo conservador es fecundo cuando lo que hay que conservar son conquistas, victorias, una ruta ascensional, en fin. Y sólo entonces lo conservador puede estar al servicio de una doctrina nacional eficiente.

Pero España no ha hecho su revolución nacional moderna. Y desde siglos, su ruta es de declive. Sin nada, pues, que conservar, como no fuesen catástrofes, descensos. Se comprende que las capas conservadoras, las derechas, no hayan dado de sí una doctrina nacional operante y briosa. Para ello, hubiese sido necesaria la presencia en la Historia de España de un hecho triunfal, a partir del que se hubiesen ido sucediendo, aunque fuera con alternativas, los episodios victoriosos. Ese hecho, la revolución nacional española, no existe. Las revoluciones nacionales clásicas, en Europa, se compendian en estos nombres: Cronwell, Bonaparte (flor granada de la Revolución francesa), Bismarck y Cavour. Estos dos últimos, como unificadores. En nuestra época, es decir, en nuestros mismos días, las revoluciones nacionales se desarrollan también con éxito pasmoso. Véanse estos nombres que las representan: Mussolini, Kemal, Hitler y -¿por qué no?- Stalin.

A falta de una doctrina nacional ambiciosa y de unas fuerzas robustas a su servicio, hemos tenido y tenemos en España un factor político de carácter religioso, el ingrediente católico. Pero el catolicismo, como toda religión, es sólo un estimulante eficaz de lo nacional, y puede quizá servir a lo nacional cuando es la religión de todo el pueblo, cuando la unidad religiosa es efectiva. Por eso en el siglo XVI español el catolicismo actuó como potenciador de la expansión nacional y como instrumento rector de la vida política. La situación ha cambiado. Hoy el catolicismo no influye sino en una parte del país y comprende, además, en su seno una gran porción de gentes desprovistas de espíritu nacional brioso. En esas condiciones, y si la dirección de las masas católicas no está en manos de patriotas firmísimos, el factor religioso y católico en la España actual puede muy bien, no ya ser ineficaz para una posible vigorización española, sino hasta convertirse en un instrumento de debilidad y resquebrajamiento. Esto es lo cierto, y lo demás, vacua palabrería tradicionalista.

Parece evidente, ante una situación así, que sólo el fascismo puede hoy en España poner en fila las reservas patrióticas de que dispone, abriendo los manantiales de una actitud nacional nueva, que recoja desde los espíritus fervorosos de la milicia hasta el amor a la tierra y la lealtad a la sangre del campesino y del proletario. La idea nacional española en nuestra época tiene que construirse con una base agresiva, de milicia, y con la mirada fija en los nortes sociales y económicos más ambiciosos. Sólo un movimiento nacional fascista puede interpretar y desarrollar esa actitud hasta la victoria.

La revolución nacional y las derechas

Después de lo que terminamos de decir, se advertirá que difícilmente pueden ser las derechas, por sí solas, las ejecutoras de la revolución nacional, tanto en lo que ésta necesita tener de nacionalismo impetuoso como de actitud social, contra las formas feudales y opresoras del capitalismo moderno. No obstante, un sector extenso de esas fuerzas, después de permanecer y aguzar sus armas en la oposición más de cuatro años, tiende a fascistizarse, y a promover soluciones políticas concordantes con el fascismo.

Ahora bien, es notorio que las derechas se nutren de las capas sociales mejor avenidas con la ordenación económica vigente, y sólo en períodos de una profunda crisis o de peligro para parte de sus privilegios, pueden, de un modo indirecto, adoptar posiciones que benefician la revolución nacional.

De otra parte, las zonas conservadoras prefieren hoy, sin duda, un sistema político de carácter demoliberal y parlamentarista, más de acuerdo con su tónica de gentes pacíficas que postulan el respeto y la tolerancia para todos. (Y también, claro, que se toleren y respeten sus rentas.) Este hecho de que un gran sector de gente católica y de posición económica próspera, es decir, perteneciente a la alta y aun a la burguesía media, tiendan a los sistemas demoliberales, a las formas parlamentaristas, fenómeno muy de acuerdo con el espíritu burgués, es quizá una de las dificultades mayores para los trabajos de un Calvo Sotelo, pongamos como buen ejemplo de líder derechista fascistizado.

Calvo Sotelo maneja en sus propagandas últimas resortes de evidente servicio a la causa nacional de España. Manifiesta asimismo una inclinación notoria por situar ante sus públicos las excelencias de un sistema autoritario, corporativo y nacionalista. Como todo ello lo efectúa con talento y capacidad, a la vista de sus resultados podrá medirse la cota con que pueden colaborar las derechas y el espíritu derechista en la ejecución de la revolución nacional española.

Tenemos a la vista los resultados de su otro líder, Gil Robles. Por lo que respecta e interesa al encarrilamiento de España, tras de su vigorización nacional y tras de su fuerza y de su poderío, la labor de Gil Robles ha sido puede decirse que nula. Por lo que respecta a las peripecias políticas del presente y al ejercicio del Poder, aunque todos los síntomas últimos revelan la nueva pujanza de Azaña y del marxismo, nada puede aún decirse, porque el señor Gil Robles se encuentra todavía aposentado en el Ministerio de la Guerra.

Las limitaciones derechistas para la empresa que hoy importa a los españoles son de orden vario. Uno, la dificultad de superar su propio carácter de ser derechas, es decir, fuerzas parciales en pugna con otras fuerzas igualmente parciales, que son las izquierdas. Banderas de signo rotatorio, parlamentario, nacidas para la tolerancia y el turno, más o menos violento. Otras dificultades, su incapacidad para la violencia política, tanto en su aspecto de lucha armada contra las subversiones de signo marxista como en el otro de llevar hasta el fin, impávidamente, la misión histórica que representen. Pero la dificultad esencialísima es esta otra: la de lograr que se identifiquen con los ideales de las derechas zonas extensas de la masa general del pueblo, las capas de españoles en difícil lucha por la vida.

De esos tres órdenes de limitaciones, la última la creemos insuperable para el derechismo. Su incapacidad para la violencia puede, quizá, suplirla, como ya ha ocurrido, con el apoyo de la espada militar, con la apelación al Ejército, cuya doctrina nacional predominante es todavía concorde con la doctrina nacional de las derechas.

No hay que decir que la primera consecuencia de un movimiento fascista en España sería romper esas limitaciones a que nos estamos refiriendo. Sobre todo la última, porque el fascismo tendría que nutrirse de españoles a la intemperie, de grandes masas hoy desasistidas y en peligro.

La revolución nacional y las izquierdas

El izquierdismo español, que se manifestó tan potente al efectuarse la proclamación de la República, no ha podido cumplir en nuestros días misión histórica alguna. Ello es lógico. Su presencia se ha retrasado, puede decirse que un siglo. El fracaso del izquierdismo consiste en no haber podido desplegar sobre España, con ardor jacobino, una bandera nacionalista, popular y exasperada. El siglo XIX ofreció varias coyunturas favorables para esa tarea. Ahora bien, en 1931, al tomar en sus manos el Poder, esa consigna nacionalista exasperada era ya de hallazgo muy difícil. Pues en el izquierdismo actuaba una fuerza nueva -la doctrina clasista e internacionalista de los proletarios-, que chocaría con una posible derivación jacobina y nacionalista de la República, grata quizá, por ejemplo, a un Azaña.

Influido, además, el izquierdismo por toda la acción sentimentalista de la postguerra, y acogido a la sombra de los proletarios rojos, repetimos que es ya, en nuestros días, una fuerza sin misión, perturbadora e infecunda. Desde luego, como se ha visto a su paso por el Gobierno, desprovista de capacidad para promover la resucitación española.

Nos estamos refiriendo, naturalmente, al izquierdismo burgués. Pero lo que da vida a las izquierdas son las zonas proletarias españolas. Los trabajadores están hoy, libremente, a merced de las propagandas marxistas. No gravita sobre ellos ninguna otra bandera revolucionaria como no sean los estandartes negros de la F.A.I.

Un movimiento fascista de envergadura ambiciosa tiene, en la realidad del izquierdismo español, la mejor y más clara indicación de cuál es su verdadero camino. Ha de interpretar primeramente el nacionalismo exasperado que la pequeña burguesía republicana no pudo recoger en abril de 1931. Ha de abrir brecha en el frente rojo de los proletarios, arrebatando un sector de trabajadores y de militantes revolucionarios al marxismo.

La doctrina y la táctica de las izquierdas parecen estar cerradas a cal y canto a toda resonancia de carácter fascista. Sobre este extremo, cuanto ocurre y viene ocurriendo en España ofrece perfiles a la vez dramáticos y cómicos. Muchos identifican la ruta de las derechas con el fascismo. Pero lo que puede observar cualquiera, examinando las tácticas y los fundamentos doctrinales de izquierdas y derechas, es nada menos que esto: *En España las derechas son aparentemente fascistas, y en muchos extremos, esencialmente antifascistas. Y las izquierdas son aparentemente antifascistas, y en muchos aspectos y pretensiones, esencialmente fascistas.* Esto, si no tiene un cien por cien de verdad, habrá que convenir que se acerca mucho a ella.

Ahora bien, el fascismo que puede desarrollar la pequeña burguesía izquierdista, cuando está flanqueada por el marxismo, como le acontece a la española, y cuando no dispone de una doctrina nacional fervorosa, como también le ocurre aquí, ese fascismo, repito, tiene un nombre poco envidiable: *Méjico*.

¿Un nacionalismo obrero español? Textos del líder revolucionario Joaquín Maurín

Aludimos en páginas anteriores a nuestra creencia de que en la entraña popular española encontrarían eco las voces nacionales. Está por hacer un llamamiento así, que ligue la defensa nacional de España, su resucitación como gran pueblo histórico, a los intereses económicos y políticos de las grandes masas. Casi por entero, como también hemos dicho antes, se encuentran éstas bajo el influjo directo de los aventureros.

En un libro reciente de Joaquín Maurín, conocido jefe revolucionario (*Hacia la segunda revolución*, Barcelona, 1935), hay, al lado de la hojarasca *standard* propia de todo autor marxista, o que se cree tal, unas magníficas y formidables incitaciones para lograr la salvación *nacional* española. Maurín supera el sentido clasista a que, al parecer, le obliga su educación marxista, en él aún vigente, y presenta a los trabajadores el panorama de una posible acción revolucionaria, entre cuyos móviles u objetivos figure la vigorización nacional española. Para ello

invoca y convoca a los proletarios, considerándolos como el sector de la Patria mejor provisto de abnegación, capacidad y brío. No dudamos en conceder a la actitud de Joaquín Maurín importancia extraordinaria, y quizá suponga el comienzo de un cambio de frente en las propagandas a los trabajadores, que, al descubrir la ruta nacional, y al disputarla incluso a una burguesía ramplona y sin vigor, puede llevar en sí el secreto de las victorias del futuro. A continuación presento citas literales del libro mencionado e invito a que se me diga qué otro líder revolucionario de la izquierda más subversiva, como lo es Maurín, ha escrito cosas parecidas a éstas:

La Segunda República española constituye un fracaso casi espectacular, más rápido aún, más fulminante, que el de la misma dictadura de Primo de Rivera.

La burguesía española ha tenido un destino trágico. Colocada en una situación geográfica admirable, se ha visto obligada a contemplar cómo la burguesía de los otros países sumaba victorias, mientras que ella vivía raquítica, pudriéndose en la inacción (pág. 9).

La aspiración de un español revolucionario no ha de ser que un día, quizá no lejano, siguiendo su impulso actual, la Península ibérica quede convertida en un mosaico balkánico, en rivalidades y luchas armadas fomentadas por el imperialismo extranjero, sino que, por el contrario, debe tender a buscar la libre y espontánea reincorporación de Portugal a la gran unidad ibérica (pág. 40).

España tiene proporcionalmente menos población que Portugal y tres veces menos que Italia, país cuyas condiciones naturales son muy inferiores a las de España. Tomando los 132 habitantes que tiene Italia como punto de comparación con los 44 de España, se puede afirmar que la España de la decadencia ha enterrado en cada kilómetro cuadrado de terreno a 88 españoles (pág. 214).

Costa podría repetir que la mitad de los españoles se acuestan sin haber cenado. Hay una minoría que nada en la abundancia, que despilfarra, que vive espléndidamente, y una mayoría aplastante atormentada por el hambre y por la miseria. "Los que no son felices no tienen patria", había dicho Saint-Just. España -hoy- no es una patria (pág. 215).

Lo reaccionario en nuestros días sería el disolvente de España, la anti-España (pág. 224)

Un partido fascista necesita ser nacionalista rabioso, anticatólico, en el fondo, y partidario del capitalismo de Estado. El partido de Gil Robles no es nacionalista. Es agrario-católico, que es muy distinto.

El nacionalismo como fuerza, en un país como España, cuya unidad fue impuesta coactivamente por la Monarquía y la Iglesia, sólo puede alumbrarlo el proletariado (pág. 230).

La España de la decadencia, en la política internacional, se encuentra encallada entre dos escollos: Inglaterra y Francia. No puede salir de ahí. Francia e Inglaterra tienen encadenada a España desde hace largo tiempo, durante la Monarquía como en el período de la República (pág. 233).

A nuestro proletariado le corresponde llevar a cabo una tarea ampliamente nacional. ¿Estrechez nacionalista? ¿Contradicción con el internacionalismo socialista? Es posible que se pregunten los idólatras de las frases, eunucos ante la acción revolucionaria (pág. 240).

Libertadores de la juventud, atada hoy a un régimen moribundo que impide poner a prueba su fuerza expansiva, su intrepidez y su heroísmo.

La revolución no ha de ser para un partido, *ni aun para una clase*, sino para la inmensa mayoría de la población, que ha de considerarla como la aurora de un nuevo mundo más justo, más humano, más ordenado, más habitable, en suma (pág. 241).

El languidecimiento de la España burguesa, entre otras razones, es debido a que Inglaterra y Francia, cada una por su lado, han procurado que no resurgiera en la Península una nación poderosa, una gran potencia, que, de ocurrir, hubiera sido un rival peligrosísimo.

La monarquía absoluta, la monarquía constitucional, la dictadura y la República han seguido sin interrumpir una política internacional, no según las conveniencias de España, sino de acuerdo con los intereses de Francia e Inglaterra (pág. 247).

Los aliados naturales de España no son Francia e Inglaterra mientras estos países sean capitalistas. La línea lógica de alianzas sigue otro meridiano. Y es: Portugal-España-Italia-Alemania-Rusia. Un bloque tal sometería a Francia y a Inglaterra (pág. 248).

Ahí quedan esos textos. Nadie dudará de que respiran emoción nacional española. Maurín, aunque todavía es hombre joven, tiene una experiencia de veinte años de lucha en el movimiento obrero marxista. Aún sigue en sus filas como jefe de un partido no muy amplio, pero que dio luchadores destacados en Asturias, como el dirigente de Mieres, Manuel Grossi. El marxismo tiene en sus garras a españoles como Maurín, que sin sujeción a los lineamientos dogmáticos marxistas prestaría a España formidables servicios históricos. Pues es lo que aquí urge y falta: arrebatar la bandera nacional al grupo rabón que hoy la pasea sobre sus hombros y satisfacer con ella los anhelos de justicia que latén en la entraña de la inmensa mayoría de los españoles. *Sin lo nacional, no hay justicia social posible. Sin satisfacción social en las masas, la Patria seguirá encogida.*

España y Europa

Es bien notorio que España permanece ausente, desde muchas décadas atrás, de los hechos europeos decisivos. España, en realidad, ha sido una víctima de Europa, mientras Europa estaba representada por los imperialismos galo e inglés, enemigos esenciales de España y de su resucitación como gran potencia.

Pero esa Europa del inglés y del galo, vencedora en la gran guerra, es una Europa camino de la descomposición y de la ruina. Las últimas derivaciones del choque italo-inglés, y que tendrán lugar de modo inexorable dentro de muy pocos años -o quizá meses-, van a coincidir con el punto álgido de las dificultades europeas.

Hace crisis una concepción secular de Europa. Necesariamente cambiará el meridiano del poder europeo, que se desplazará de Francia e Inglaterra hacia el centro para luego, en definitiva, fijarse en las zonas meridionales del continente.

¿No supone todo ello la necesidad perentoria de que España se recobre, camino de sus nuevos deberes mundiales? Vuelve para nosotros la coyuntura internacional más ambiciosa y gigantesca. Para hacerle frente, lo primero que se precisa es recobrase nacionalmente. Independizarse de la tenaza franco-británica y poseer el vigor que requiere la existencia de los pueblos libres.

Puede decirse que, a lo largo de la Historia, sólo dos hombres han tenido en sus manos el timón de Europa, con la conciencia de ejercer sobre ella una proyección salvadora. Son Carlos V y Napoleón. El primero ejerció de hecho su imperio. El segundo -también un meridional, un corso- realizó su misión a medias, sin ser apenas comprendido por Europa, a través de su consigna formidable contra el imperio del inglés.

Sólo el triunfo en nuestra España de un movimiento nacional firmísimo pondrá a la Patria en condiciones de no pestañear ante las responsabilidades históricas, de carácter internacional, que se le echan encima. Sólo una España fuerte puede decidir las contiendas próximas de Europa, en un sentido progresivo y fecundo. Italia es pueblo demasiado poco vigoroso para tal misión, y si la emprendiese sola, se pondría rápidamente en las fauces del germano. Bien sabe esto Mussolini. El secreto de un nuevo orden europeo, que disponga de amplias posibilidades históricas, se resume en esta consigna que nos atañe: *Resucitación española*.

Las perspectivas inmediatas. ¿Los fascistizados?

Es evidente que, tanto el sistema como la situación política misma que hoy rigen en España, carecen en absoluto de raíces. Son cosas en el aire, sin dos horas lícitas de futuro por delante. Ni el Estado, ni las fuerzas que lo apoyan, ni los nortes ideales a cuyo servicio dice estar el sistema, tienen la menor consistencia, ni siquiera respetabilidad.

Es falso que las cosas en política admitan espera. No parece admitirla tampoco la encrucijada presente de España. Si no está dispuesto y maduro lo que es conveniente, triunfará y se interpondrá un sustitutivo, más o menos eficaz y duradero.

Nuestra tesis es que España está a punto para la ejecución de la revolución nacional (fascista, en la terminología que el lector sabe). Cuanto ha ocurrido en España desde hace tres años, es lo más adecuado y favorable que podía ocurrir para que fuese posible con rapidez y éxito la revolución nacional española. Lo primero era crear su instrumento político, es decir, la organización ejecutora de ese designio. La realidad actual es que ese instrumento (que empezó a forjarse en las J.O.N.S., colaboró en ello F.E., y luego, más tarde, proseguido por ambas organizaciones unificadas) no ha podido, por diversas causas, vigorizarse suficientemente. Es, desde luego, garantía de futuro, pues sus bases son las exactas que España precisa. Pero no nos referiremos ahora al mañana, sino al hoy presente e inmediato.

El problema fundamental es clarísimo, y sólo resoluble por una actitud fascista, de la índole de la que en estas páginas se diseña. Pues hay hoy en España dos cosas inesquivables, dos angustias, a las que dar expansión histórica gigantesca. Una, extirpar la poquedad actual de España, dar a los españoles una Patria fuerte y liberadora. Otra, satisfacer los anhelos de justicia de la gran mayoría de la población, que vive una existencia difícil y encogida, muchas veces miserable. Esos dos son imperativos de tal relieve, que su logro está y debe estar por encima de todos, presidiendo la empresa revolucionaria de los españoles, tras de su grandeza y liberación. Y para darles cara, se pisotea todo lo que haya que pisotear, desde la ordenación económica vigente hasta el tipo de vida melindroso y chato de las actuales clases directoras. Las palabras valen poco. Si esa empresa requiere que se verifique al grito de ¡Abajo el fascismo!, pues a ello. No hay dificultades. Aunque no por todas, es cierto que por muchas partes se va a Roma.

Parece evidente que en esta hora de España no existe una fuerza que decida el próximo futuro de la Patria y del pueblo con arreglo a esos imperativos primordiales. Este libro indicará y explicará al lector por qué no existe. El hecho es que su posibilidad victoriosa se ha aplazado y se ha desplazado de su hora, que es esta misma que vivimos.

No hay, pues, fascismo. Los que mejor lo saben son los antifascistas, y de ellos, los ejecutores de la revolución de octubre, que saben muy bien que sólo la ausencia del fascismo, del verdadero, les ha permitido recobrase.

Si no el fascismo, ¿harán frente a la situación los fascistizados? La empresa es tan sencilla y oportuna que habría que optar por suponer que sí. Los fascistizados son una realidad española fuerte, con posiciones ya conquistadas en el Estado y mucho que perder si el enemigo llega. Es, además, un factor impresionante la facilidad con que los proletarios clasistas se han enlazado de nuevo con el izquierdismo burgués republicano, encomendándole a Azaña una nueva misión rectora. Los fascistizados, ya se sabe, están hoy en lugares muy diversos; pero seguramente responderán con urgencia, el día que sea, al llamamiento del aldabonazo decisivo.

El sistema vigente está en ruinas. ¿Hay que decir que vive de la hipocresía de que todo régimen demoburgués tiene buen acopio? Pero llegará pronto un día -cosas de semanas o de meses- en que ese acopio se gaste, y que resulte ya difícil seguir diciendo a las gentes que viven en un régimen de libertad y democracia. Ese será el momento crítico, en que, o toman el Poder los elementos fascistizados a que nos venimos refiriendo, para ensayar un sistema nuevo, o se abre paso el frente azaña-marxista. Todos los afanes habilidosos, las cataplasmas centristas -que, como es sabido, están ya perfilándose- no podrán impedir que la situación española ande por las crestas, sin más posibilidad panorámica que esas dos escuetas vertientes.

¿Quiénes son los fascistizados? Empresa bien fácil y sencilla es señalarlos con el dedo, poner sus nombres en fila: Calvo Sotelo y su Bloque nacional. Gil Robles y sus fuerzas; sobre todo las pertenecientes a la J. A. P. Primo de Rivera y sus grupos, hoy todavía a la órbita de los anteriores, aunque no, sin duda, mañana. Sin olvidar, naturalmente, a un sector del Ejército, de los militares españoles.

Claro que esas fuerzas fascistizadas necesitan una acción militar convergente. Sin ella, en vez de Gobierno, quedaría reducido a Comité electoral de un bloque anti o contrarevolucionario, que comprenderá esos mismos grupos a que nos hemos referido. Muchos parece que prefieren esa vía, deseando transferir el pleito a las urnas. Les rebasará, sin embargo, la plenitud de la coyuntura histórica.

Las posibilidades para un Gobierno de fascistizados son muchas. Muy encogidos tendrán que ser los hombres que representan hoy esas posibilidades para no hacerse cargo de ellas. De ahí que semejante hipótesis apenas se sostenga. El camino para ellos está claro, con visibilidad perfecta y fácil recorrido.

Un régimen más o menos militar no está nada fuera de las características españolas. Casi siempre ha sido España gobernada de ese modo. Los llamados espadones del siglo XIX fueron lo único que de valor político produjo esa centuria española. Unificaron, como pudieron y les fue posible, el vivir de la nación. Siempre han actuado aquí las espadas un poco como resortes supletorios. ¿No estamos hoy ante la necesidad de suplir una fuerza nacional fascista, inexistente cuando es su hora exacta y propia?

Los equipos fascistizados tendrán que desarrollar su lucha, más que contra la inmediatez azaña-marxista (hoy sólo posible en el plano electoral), contra los valores centristas de la República, todavía en pie, contra la inconsciencia y la quietud de los que aún se muestran defensores de las formas demoburguesas y parlamentaristas. El izquierdismo revolucionario no tiene hoy posibilidades en el plano de la violencia. Sí las tiene en el plano electoral. Es cuanto necesitan saber los elementos fascistizados para el desarrollo de su estrategia política.

* * *

El autor de este libro es un nacional-sindicalista, y no renuncia a la más mínima partícula de su fe en España y de su fe en el pueblo. Que no renuncia tampoco a los imperativos en que la batalla jonsista ha de empeñarse algún día.

SEGUNDA PARTE

1. Los orígenes: La publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO

Un puro y radical comienzo | El perfil de los fundadores | Su actitud nacionalista y revolucionaria | La batalla al separatismo | Con la C.N.T. de flanco | Interferencia con la huelga telefónica | Peripetia policiaca | La quema de conventos. Testigos presenciales | Su signo histórico | Surgen las J.O.N.S.

Un puro y radical comienzo

El día 14 de marzo de 1931, justamente un mes antes de la proclamación de la República, comenzó a publicarse en Madrid un semanario político, LA CONQUISTA DEL ESTADO, en cuyos números se encuentran todos los gérmenes, las ideas y las consignas que luego, más tarde, dieron vida y nombre a las organizaciones y a los partidos de tendencia fascista que hoy conocemos.

El examen de las colecciones de ese periódico, que duró seis meses, es, por tanto, imprescindible para conocer los orígenes de los movimientos fascistas españoles, ya que viene a constituir, en el orden histórico, su primer antecedente, su primera manifestación, su primera semblanza.

Antes de LA CONQUISTA DEL ESTADO no pueden apreciarse esfuerzos de ninguna clase por propagar en España una bandera nacional y social, es decir, una bandera de signo fascista. (Había existido, sí, la gesticulación reaccionaria de Albiñana, al servicio descarado de la aristocracia terrateniente y de los núcleos más regresivos del país, y que quiso presentarse, desde luego, como émulo del *Duce* fascista de Italia. Los intentos de Albiñana, que pueden figurar en una historia del pintoresquismo político y picaresco de entonces, no tienen por qué ocupar aquí más larga referencia.)

Vamos, pues, a perfilar brevemente la vida de ese periódico, su nacimiento, el curso de su publicación, quiénes lo fundaron y con qué propósitos; las incidencias que le obligaron a desaparecer y, por último, la fecundidad que cabe adscribir a sus luchas.

LA CONQUISTA DEL ESTADO, repetimos, es un puro comienzo. No pueden señalársele antecedentes. Si acaso, la campaña, de índole exclusivamente literaria, y por tanto restringida, de Giménez Caballero en 1929, que postuló por primera vez en España una doctrina nacionalista moderna, social y vital, desenmascarando con eficacia lo que en el liberalismo demoburgués había de podrido, reaccionario y antisocial. Pero esta labor de Giménez Caballero apenas si es antecedente, puesto que él se incorporó también a LA CONQUISTA DEL ESTADO y siguió en este periódico aquella misma campaña.

El perfil de los fundadores

El grupo fundador estaba constituido por jóvenes recién llegados a la responsabilidad nacional, todos alrededor de los veinticinco años, e inició sus tareas apenas salida España de la dictadura de Primo de Rivera, período que había, naturalmente, desorientado y anulado la formación política de las juventudes. Este grupo, cuyos componentes eran de procedencia en extremo varia, destacó como director a Ramiro Ledesma Ramos, que representaba entre todos ellos, aparte de una garantía de tenacidad, el sentido de la acción política propiamente dicha.

Ramiro Ledesma tenía veinticinco años al ocupar la dirección de *La Conquista del Estado*, coincidiendo este momento con su irrupción en la política activa. Entrada verdaderamente extraña para quienes le conocían de antes, para quienes habían asistido a su primera juventud de metafísico, de estudioso de la filosofía y de la matemática, reflejada en sus trabajos de la *Revista de Occidente*. Esta publicación era la tribuna intelectual más prestigiosa de España en aquellos años, dirigida por Ortega y Gasset, maestro y orientador filosófico de Ledesma Ramos en su época de estudiante. La actividad periodística y política de Ledesma supuso para él el abandono radical de su actividad anterior, cuando se le abrían por ese camino las mejores perspectivas académicas. Es éste uno de los episodios de su vida que menos se explican sus amigos de entonces, y no tiene otra explicación que la profunda generosidad de este hombre, verdadera existencia de fundador, con una mística entrega a la revolución nacional que comenzó a presentir.

Giménez Caballero era ya entonces un prestigio literario, y, como hemos dicho, había presentado dos años antes, en 1929, a las juventudes, un índice intelectual de oposición al liberalismo burgués y de aspiración a una España imperial, sustentada en una doble mística social y heroica. Giménez Caballero ha alcanzado luego con sus libros *Genio de España* (1932) y *La nueva catolicidad* (1933) relieve europeo, como uno de los más profundos y sagaces interpretadores del fenómeno fascista.

Juan Aparicio. Semanas antes de la aparición de LA CONQUISTA DEL ESTADO conoció Ledesma a Juan Aparicio, que se debatía en la sima comunista, pugnando por entrar en ella, pero no pasando nunca de la puerta, en parte por su timidez de poeta y de escritor formidable, en parte también por las vacilaciones que originaba en él su magnífica sensibilidad de español y de patriota. Aparicio pasó a LA CONQUISTA DEL ESTADO como secretario de redacción, y fue hasta el final una de sus mejores plumas.

Ricardo de Jaspe procedía de la burocracia mejor acomodada con el régimen. Representaba en el periódico un *diletantismo* fascista, de joven que se permite el lujo de aparecer como descontento, inquieto por dotar a España de ese tipo de grandeza con la que sueñan todos los diplomáticos-Jaspe lo era-, que sirva un poco para hacer valer más su condición. Jaspe dejó el periódico a poco de llegada la República, se afilió al partido de Azaña, con tal fortuna e inteligencia que a los dos meses ascendía jerárquicamente en el Patronato de Turismo a uno de sus más altos puestos.

Bermúdez Cañete tenía a su cargo en el periódico la sección económica y financiera. Era la única aportación del catolicismo oficioso que figuraba en LA CONQUISTA DEL ESTADO. Algunas veces se le veía un poco vacilante y retraído, hasta que un día descubrió a la Redacción que don Angel Herrera, su mentor y maestro, los calificaba a todos de hegelianos empedernidos, estatólatras y una porción más de herejías. Con frecuencia se quejaba a Ledesma de ese espíritu del periódico; pero el director, que lo conocía bien, no se molestaba mucho en tranquilizarlo, encomendando esta función a la mecanógrafa de la Administración, que lo hacía a maravilla, con sólo ser puntual en la entrega de los 25 duros mensuales que percibía Cañete.

Francisco Mateos era el dibujante. Mateos es un excelente pintor, que une a su gusto artístico un gran sentido de lo popular. Había estado mucho tiempo en el extranjero y tenía un historial político fuertemente extremista. Admiraba mucho a Gross, titulándose su amigo, y a creerle, había sido un héroe comunista, junto a Ernesto Toller, durante las jornadas rojas de Munich, en 1919. Mateos, que frisaba los treinta y seis años, era el redactor de más edad, y ello, unido a su tendencia a la melancolía búdica, le proporcionaba ante los demás una gran autoridad. Dibujaba una sección, titulada *Comicidios*, de gran fuerza satírica. Pero Mateos, con gran sorpresa de todos, reveló de pronto una tendencia insuperable a escribir. El director, que admiraba mucho sus dibujos, arrinconaba, en cambio, las innumerables cuartillas que Mateos ponía en sus manos. Esto debió molestarle profundamente, y un día, a los dos meses escasos de estar en el periódico, aprovechó la ocasión de que Ledesma le pusiese reparos a un dibujo para abandonar LA CONQUISTA DEL ESTADO. A los pocos días comenzaba Mateos a dibujar en *La Tierra*, y también a publicar larguísimas informaciones y reportajes.

Alejandro Raimúndez, administrador del periódico y redactor también de temas económicos, era un gallego inteligente e irónico, un tanto escéptico como buen ateneísta, que luego, más tarde, creemos se afilió al lerrouxismo.

Iglesias Parga, universitario, antiguo lector de español en Suecia, destinatario en 1929 de una carta famosa de Giménez Caballero, formaba parte del grupo con un entusiasmo infantil, que demostró en las calles distribuyendo el manifiesto político que precedió a la salida del periódico. Iglesias era un muchacho grandullón, muy exaltado, que a los pocos meses se hizo comunista, y hasta, al parecer, atravesó un período de salud mental difícil en un sanatorio.

Souto Vilas, hoy catedrático, aportaba su firmeza de campesino celta. Propagó con todo entusiasmo en Galicia las consignas del periódico, y ha sido, y es aún, uno de los que con más honradez, capacidad y consecuencia defienden la bandera nacional-sindicalista.

Completaban el grupo: Antonio Riaño, hijo de un militar republicano a quien Azaña agregó a la Embajada en Londres, que era el redactor universitario. Escribano Ortega, muchacho muy piadoso, de educación medio integrista, monárquico enfadado, como decía a todas horas, que iba mucho por el periódico, aun mostrándose disconforme y en absoluto desacuerdo con él. Hernández Leza y Puértolas trabajaban como reporteros y traductores.

Tales fueron quienes redactaron LA CONQUISTA DEL ESTADO. A ellos se debe la primera piedra que puede identificarse en España como fascista. A última hora, en el mes de octubre, entró en la redacción Emiliano Aguado, teórico de buena formación intelectual, hoy editorialista en un periódico reaccionario.

Su actitud nacionalista y revolucionaria

El periódico estaba vinculado a dos consignas: era profundamente nacionalista y era profundamente revolucionario, social y subversivo. Conste que su filiación fascista se la damos ahora, al situarlo en la Historia, y, sobre todo, tanto por su posición patriótica y sindicalista de entonces como por las derivaciones finales del grupo. Pero ellos, en el periódico, nunca se llamaron fascistas ni se definieron como tales.

No hay que olvidar el momento de España en que apareció: marzo de 1931. Cuando culminaban las campañas electorales contra la Monarquía y ésta se tambaleaba radicalmente. El periódico, sin embargo, mostró en sus primeros números un soberano desprecio por la ola del republicanismo, aun sin defender, desde luego, para nada a la Monarquía agónica, basándose en que el movimiento republicano ligaba por entero su destino a las formas demoliberales más viejas.

LA CONQUISTA DEL ESTADO pretendía representar un espíritu nuevo, y tenía necesariamente que chocar con el republicanismo de 1931, en cuyas redes veía además caer a toda la juventud, generosa e inexperta. En realidad, la contraposición del periódico al espíritu predominante en los grupos triunfadores de abril era, y tenía que ser, absoluta. Pues quien recuerde sin pasión aquellas fechas -después de todo bien cercanas- advertirá que toda la propaganda del movimiento antimonárquico se hizo a base de ofrecer a los españoles las delicias de un régimen burgués-parlamentario, sin apelación ninguna a un sentido nacional ambicioso y patriótico, y sin perspectiva alguna tampoco de transmutación económica, de modificaciones esenciales que satisficieran el deseo de una economía española más eficaz y más justa.

Con formidable ímpetu, el periódico aceptó su destino en aquella hora, que consistía en estar frente a todo y frente a todos, dando aldabonazos para despertar una nueva conciencia juvenil, que por entonces no aparecía más que en el grupo redactor y en un centenar escaso de simpatizantes. Apenas proclamada la República, inició una oposición violentísima contra el Gobierno provisional, atacándole por su espíritu demoburgués, antimoderno, y por su indiferencia, por su insensibilidad ante los problemas históricos de signo nacional verdadero. A la vez, naturalmente, el periódico era anticomunista, si bien escrutando con toda fijeza las líneas que postulaban una salida social subversiva -por ejemplo, la C.N.T.-, en busca apasionada de coincidencias que le permitiesen enlazar con alguien sus esfuerzos.

El Gobierno provisional de la República no era capaz siquiera de conservar la adhesión entusiasta de sus mismas filas. Júzguese cómo se situaría ante él un grupo como el de LA CONQUISTA DEL ESTADO, que ambicionaba raer de toda la juventud las ilusiones liberal-burguesas, precisamente las que sustentaban y representaban aquellos gobernantes.

El periódico reflejó su profunda significación nacional y patriótica en una tenacísima y violenta campaña contra los separatistas catalanes. Y mostró asimismo sus afanes revolucionarios, su tendencia a una revolución social económica, vinculándose en muchos aspectos a la actitud de la C.N.T. y exaltando las actividades subversivas del comandante Franco.

Es importante fijar este doble perfil de LA CONQUISTA DEL ESTADO, donde radica su originalidad histórica, su carácter de primera publicación española que trata de nacionalizar el sentido revolucionario moderno, a la vez que de sustentar una bandera nacionalista sobre los intereses socioeconómicos de las grandes masas.

La batalla al separatismo

Su adscripción a una España unida, sin concesiones a los núcleos disgregadores de la periferia, principalmente de Cataluña, proporcionó al periódico las primeras persecuciones. Es bien conocido cómo los primeros gobernantes de la República estaban ligados con Maciá por fuertes compromisos. Una campaña como la que iniciaba LA CONQUISTA DEL ESTADO, moviéndose, no se olvide, dentro de la revolución, en pro de un aplastamiento revolucionario de los separatistas, tenía por fuerza que ser detenida por el Gobierno.

Maciá prohibió en toda Cataluña la circulación del periódico, excediéndose notoriamente en sus atribuciones. Pero por más protestas que se hicieron ante Maura, entonces ministro de la Gobernación, fue imposible su libre circulación en Cataluña. Unos cientos de ejemplares, en fajas vueltas y dirigidos a suscriptores, fueron los únicos que penetraron en Cataluña mientras se hizo la campaña antiseparatista, que puede decirse tuvo casi la misma duración que el periódico.

Pero no se trataba sólo de Maciá. Desde la Dirección General de Seguridad, a cuyo frente se encontraba entonces Galarza, también se dispusieron a desarrollar una acción gubernativa contra LA CONQUISTA DEL ESTADO, naturalmente más a fondo y peligrosa que la organizada por Maciá.

La campaña en pro de la unidad de la revolución y de la unidad de España hizo que aumentase la circulación del periódico, y además, que se acercasen a él algunos grupos de españoles deseosos de complementar su eficacia. Con ellos inició Ledesma los primeros pasos de una posible organización, destrozada por el Gobierno apenas nacida.

Estos grupos -no estarían formados por más de 18 ó 20 militantes- lograron por entonces su primer éxito, lo que dió con Ledesma en la cárcel. La cosa fue así: A los pocos días de las elecciones para las Constituyentes, anunciaron su llegada a Madrid, en tren especial y con todo estruendo, los diputados catalanes afectos a Maciá y a la *Esquerra* separatista.

Esto fue considerado en el periódico como una magnífica ocasión de manifestarse en la calle contra tales elementos. Cuatro días antes de la fecha señalada para su llegada, comenzaron los preparativos, y también las sospechas de la Policía, que puso vigilancia al periódico. El plan consistía en colocar en la estación del Mediodía dos o tres petardos, que debían precisamente estallar en unos coches del tren fronterizo a la vía por donde entrase el de los diputados. A la vez, a la salida de la estación, se esperaba poder situar grupos suficientemente numerosos para organizar una protesta lo más violenta posible. A este efecto, se redactaron unas hojas, invitando al pueblo madrileño a la manifestación, que contenían grandes ataques al separatismo.

Los petardos los preparó un entusiasta unitario, viejo lerrouxista, que veinticinco años antes había luchado en Barcelona contra el separatismo. Era un gran tipo, hombre de vida difícil, comisionista de pocas ventas, a quien demudaba el solo pensamiento de la disgregación española. Tenía más de cincuenta años, doblando, pues, casi la edad al más viejo de los del grupo. Entre sus jóvenes camaradas estaba muy orgulloso, satisfecho de representar un papel de militante neto, como uno más. El y otro compañero fueron los encargados de colocar los petardos en los departamentos del tren, con arreglo al plan que antes hemos dicho.

Las hojas clandestinas se tiraron en una pequeña imprenta, no sin que se enterase, por imprudencia de un redactor, el regente de la otra imprenta donde se hacía el periódico, en la calle de Martín de los Heros. Este regente vendía confidencias en la Dirección de Seguridad, y comunicó enseguida a Galarza el hecho de que se habían impreso gran cantidad de hojas clandestinas contra Maciá y sus diputados. Además, aderezó la confidencia con la afirmación de que había oído a los redactores de LA CONQUISTA DEL ESTADO que preparaban una purga de ricino al propio Galarza.

Este no necesitó más, naturalmente, para proceder contra el grupo. Encontró la Policía veinte mil hojas, que guardaba en uno de los sótanos de su casa Enrique Compte, uno de los primeros adheridos a la política del periódico. También, aunque no los descubrieron, pudo enterarse la Policía de que se habían fabricado petardos - ella suponía que bombas-, presumiendo, en fin, una terrible organización, dispuesta a la violencia contra los diputados separatistas.

Entonces ocurrió lo más pintoresco, y es que, a la vista de tales informes, dándose cuenta de lo desagradable y desastroso que sería para ellos el ser recibidos en Madrid con protestas, prescindieron del tren especial, abandonaron la pretensión de llegar y entrar en Madrid espectacularmente, conformándose con hacerlo en los expresos de viajeros, en dos o tres tandas y sin llamar mucho la atención. Fue, repetimos, el primer éxito de los grupos afectos al periódico, bastando sólo, como hemos visto, docena y media de militantes para impedir la arrogancia de los catalanistas triunfadores.

A consecuencia de ello, sin embargo, Galarza metió en la cárcel al director, y recrudeció la persecución policiaca contra el periódico.

Con la C.N.T. de flanco

En el verano de 1931, la única fuerza disconforme con el Gobierno provisional, que podía representar para éste un verdadero peligro, era la Confederación Nacional del Trabajo, la C.N.T. Del 10 al 14 de junio de ese año, a los dos meses de proclamada la República, celebró la C.N.T. un Congreso extraordinario en Madrid, en el antiguo teatro de la Princesa. Muchos asignaban a ese Congreso trascendencia decisiva para la revolución. La verdad es que, efectivamente, la C.N.T. representaba entonces y polarizaba entonces la ascensión revolucionaria; pero ese Congreso se realizó de un modo atropellado, y puso a la vez al desnudo la penuria táctica de ese formidable organismo. LA CONQUISTA DEL ESTADO, cuyo norte social y nacional difería en absoluto de las directrices cenetistas, vió, sin embargo, en la C.N.T. la palanca subversiva más eficaz de aquella hora, libre asimismo de influjos bolcheviques por la oposición anarcosindicalista a la doctrina del marxismo.

En muy variadas ocasiones demostró el periódico su afán de ayudar de flanco las luchas y las consignas diarias de los sindicalistas.

Así, por ejemplo, dedicó planas enteras a las sesiones del Congreso, publicó interviús con sus líderes más destacados, etc., etc. El número de LA CONQUISTA DEL ESTADO aparecido el día 13 de junio, en pleno Congreso sindical, estaba dedicado, por mitad, a la campaña antiseparatista y a la difusión y comentario de aquella asamblea.

Los redactores del periódico tuvieron ese día la satisfacción de asistir desde uno de los pisos altos a la sesión, y ver en la mayor parte de las manos de los congresistas ejemplares de LA CONQUISTA DEL ESTADO, que se vendía a la entrada. Ese hecho fue advertido por muchos, y comentadísimo en Madrid.

El propósito táctico de enlazar por su flanco, de un modo transitorio, las luchas del grupo con las desarrolladas por la C.N.T. era, pues, una realidad. Hay que advertir que por esta época el grupo redactor inicial había quedado reducido a la mitad, y se mantenían firmes en torno a Ledesma los de mejor temperamento y más alta calidad de luchadores políticos, entre ellos, el que durante toda la publicación del periódico fué su eficacísimo secretario de redacción, Juan Aparicio.

El incremento social del periódico era evidente, y esa evidencia llegaba también a la Dirección General de Seguridad, que forzó al mismo ritmo la acción gubernativa contra el semanario.

Interferencia con la huelga telefónica

Entonces, primera semana de julio, tuvo lugar la famosa huelga telefónica, primera acometida revolucionaria que se desencadenó contra el timorato Gobierno provisional. Pudo ser, en efecto, el camino de la toma del Poder por los Sindicatos y el ensayo, a fondo, de la revolución social española. LA CONQUISTA DEL ESTADO

encontró en la huelga motivo de agitación contra el pulpo capitalista yanqui, aposentado en la Compañía Telefónica. De ahí que no ahorrara esfuerzo alguno en favorecer la huelga, aun sabiendo de sobra el director que tras de ella existía un propósito y un plan subversivos para derribar al Gobierno provisional. Este, tanto por miedo a las represalias del capitalismo estadounidense como por miedo a dicha subversión revolucionaria, se encontraba nerviosísimo ante el desarrollo de la huelga.

Los sindicalistas que formaban el Comité encargado de dirigir el conflicto, tenían la seguridad de que su misión histórica era servir de él como palanca revolucionaria. A estos efectos, buscaban colaboraciones, armamentos, y recibían y aceptaban los ofrecimientos múltiples que se les hacían desde los más variados sectores, no el menor el de la misma Policía.

Pero la C.N.T. no contaba con un equipo de diez o doce hombres con capacidad de conductores ni de organizadores triunfales de la revolución, entonces ya casi madura, pues se daban las circunstancias favorables de un régimen sin constituir, ingenuo y con defensas fáciles de vulnerar por múltiples puntos. La C.N.T. no contaba más que con esa capacidad elemental y primitiva, muchas veces heroica, de sus militantes; pero sus hombres, por vicio o por defecto inexorable de la ideología anarcosindicalista, eran entonces, y lo han sido siempre, en absoluto incompatibles con una técnica revolucionaria eficiente.

El fracaso de la huelga telefónica marca el descenso o, por lo menos, la paralización revolucionaria de la C.N.T. en 1931. Muchos de sus dirigentes se convencer entonces de la impotencia cenetista para vencer al Gobierno provisional. Así lo confesaron, en la redacción del periódico, dos o tres de ellos.

Para LA CONQUISTA DEL ESTADO, dicha huelga supuso, asimismo, un grave quebranto. No de lectores ni de eficacia, que eso aumentó, sino económico y represivo. Económico, porque diversas acciones y actividades, con motivo de la huelga y de la campaña contra Telefónica, debilitaron la caja del periódico en unas cinco mil pesetas. Y represivo, porque, en vista de la violencia con que se efectuó esa campaña, enlazándola, naturalmente, con la traición del Gobierno, que favorecía de un modo lacayuno los intereses yanquis, se dispuso la Dirección de Seguridad a acabar con el semanario.

A más del encarcelamiento de Ledesma, lo que es lógico supusiese grave contratiempo, se recogía el periódico de una manera sistemática, llevándolo la misma Policía al fiscal. Cinco semanas seguidas fue procesado el director por diversos artículos, siempre relacionados con la Telefónica o con los separatistas.

Peripecia policíaca

La vida de LA CONQUISTA DEL ESTADO se hizo de este modo imposible. La Policía de Galarza no esperaba a que los ejemplares fuesen al Gobierno civil para sellar, sino que ella misma intervenía la edición en la imprenta. El último número que salió de este modo, correspondiente al 25 de julio, se hacía en una imprenta de la calle de Hernani, en los Cuatro Caminos, donde se presentó la Policía cuando iba la tirada por los dos mil ejemplares. Obligó a parar las máquinas, y llevó a la Dirección de Seguridad un par de ellos para que fuesen examinados. Dos agentes quedaron allí de vigilancia, para impedir que se sacasen los demás, y con tal rigor ejecutaban su consigna, que no permitieron llevar a nadie ni un solo ejemplar. En vista de ello, los grupos afectos al periódico entraron en la imprenta escalando una tapia por la parte trasera del edificio, que daba a unos desmontes, y por allí huyeron con los dos mil ejemplares, no sin reducir, primero, a los agentes, que callaron luego prudentemente la faena.

En esas condiciones, como es natural, la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO era a todas luces imposible.

El 25 de julio suspendió -nada voluntariamente, como hemos visto- su salida, que reanudó luego, en segunda etapa, el día 3 de octubre siguiente.

La quema de conventos. Testigos presenciales

LA CONQUISTA DEL ESTADO tenía establecida su redacción en la avenida de Dato, número 7. Ello hizo que los redactores fuesen testigos presenciales, durante la mañana del día 11 de mayo, del incendio del famoso convento jesuítico llamado de la Flor, situado en la misma avenida, a unos cien metros del periódico.

Aproximadamente a las diez, un grupo de doce o quince individuos, coreado por otro que no pasaría tampoco de veinte, comenzó a vocear ante el edificio, lanzando alguna que otra piedra. Inmediatamente rociaron la puerta con gasolina y empezó a arder, facilitándolo un haz de astillas que llevaban ya dispuesto.

En aquel mismo momento llegó una sección de Seguridad, que dispersó a los incendiarios, retirándose éstos hacia la calle de San Bernardo. Desde la esquina de esta calle con la de Dato, donde está la sucursal del Banco de Vizcaya, cuatro o cinco de aquéllos hicieron sobre los guardias unos diez disparos.

El incendio entonces no pasaba de la puerta y del pequeño haz de astillas. A los cinco minutos, todavía levísimo el fuego, apareció un coche de bomberos, que, ante la no muy acalorada presión de los grupos, se retiró

sin actuar. También se retiró la sección de guardias. Entonces, dueños ya en absoluto del terreno, los grupos atizaron el fuego, que al poco tiempo alcanzaba proporciones enormes.

Medio Madrid -de un Madrid pasivo, espectador y al margen, para quien, sin embargo, aquel espectáculo no dejaba de tener formidable interés- llenó toda la ancha Gran Vía contemplando el incendio. Cuando las llamas alcanzaron la cúpula y salían de ésta hacia arriba, delimitadas geométricamente por su redondez, la visión tenía, en efecto, una fuerza arrebatadora.

En la redacción del periódico se percibió enseguida el carácter de los incendios, de cosa urdida, preparada y efectuada por una minoría, y con la complicidad evidente del Gobierno provisional. Y de tal modo era una ínfima minoría la ejecutora que, desde luego, los redactores de LA CONQUISTA DEL ESTADO afirman que hubiese bastado la intervención, en contra de los incendiarios, de dos o tres docenas de individuos para haber impedido el de la Flor, que fue el incendio más resonante. Y del mismo modo hay que suponer que todos los demás.

No faltó en el periódico quien propusiese intentarlo. No, naturalmente, por excesiva simpatía a la Iglesia, pues LA CONQUISTA DEL ESTADO lo era todo menos clerical; sino por oposición a la actuación odiosa de las turbas. Pero se desechó en el acto. Pues lo mismo que tiene sus doctores, debe tener también sus defensores, ya que no son pocos los que medran y se cobijan políticamente en sus banderas. Además, LA CONQUISTA DEL ESTADO culminaba entonces su táctica de estruendo popular, de acercamiento a las consignas de la revolución contra el Gobierno provisional, y su intervención en aquel pleito, después de todo no ligado a ella de una manera demasiado directa, hubiera reducido al periódico y al grupo a la impotencia.

El sábado anterior a los incendios de conventos había publicado LA CONQUISTA DEL ESTADO, a toda plana, una carta revolucionaria, dirigida al comandante Ramón Franco. En ella se le incitaba a proseguir su ruta por el camino de la revolución, si bien para extraer de ésta tanto su dimensión social como la dimensión nacional española, la grandeza de la Patria.

Esa carta, con gruesas titulares, ocupaba toda la primera plana del periódico, dándole un aspecto sensacional.

La tarde del día de los incendios, llena la Gran Vía de masas revolucionarias y de enormes multitudes, creyeron los redactores que era una ocasión magnífica para propagar el número, aprovechando su oportunidad. La cosa tenía, sin embargo, algún riesgo, porque ya LA CONQUISTA DEL ESTADO era calificada por muchos de *fascista*, sobre todo por los comunistas y su Prensa.

No obstante, y como no se encontraron con rapidez vendedores, salió la propia redacción en pleno, con la mecanógrafa administrativa y el conserje, y en menos de una hora vendieron cerca de cinco mil ejemplares sin el más mínimo incidente.

La acción de los incendiarios el día 11 de mayo produjo, naturalmente, cierto estupor en muchos sectores. A los dos o tres días, en parte orientados por la carta a Franco, y en parte buscando en la organización que postulaba el periódico una posible bandera, se presentaron a hablar con Ledesma unos cuantos aviadores, entre ellos Ruiz de Alda, el capitán Iglesias -actual organizador de la expedición al Amazonas-, Escario y algún otro. Mostraron, y hasta firmaron, su adhesión a la política del periódico, pero sin más consecuencias.

Su signo histórico

¿Bajo qué signo histórico cabe apreciar y enjuiciar la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO? Ya hicimos alusión a las circunstancias en que nació y tuvo que desenvolverse. Ante la avalancha demoliberal de 1931 ese periódico, que aparecía totalmente inmunizado contra toda bandera liberalburguesa, se dio cuenta de que le estaban vedadas las eficacias de carácter inmediato. Ledesma Ramos decía por ello, frecuentemente, a sus camaradas, los redactores, que debían tener conciencia clara de que, por el momento, las ideas de LA CONQUISTA DEL ESTADO no podían plasmar de un modo victorioso. Y que el destino del periódico, en tal coyuntura, sería el de batirse en guerrilla e incluso perecer como publicación. Pero que tiempos vendrían, en fecha no muy lejana, recogiendo el espíritu y la eficacia de sus luchas.

La situación dramática del periódico y del grupo consistía en que, permaneciendo, desde luego, en oposición al viejo Estado monárquico, entonces agonizante, estaba asimismo en radical disconformidad con el espíritu que informaba a las fuerzas republicano-socialistas encargadas de sustituirlo.

LA CONQUISTA DEL ESTADO significaba el auténtico nacimiento de un espíritu político y social nuevo en la juventud española. Como toda cosa recién nacida, tenía delante un posible período de vacilaciones, de equivocaciones, de provisionalidad, si se quiere.

Lo primero que hoy advertimos, repasando su colección, es ese carácter suyo, de cosa aún no madura, que busca precisamente llegar a desarrollarse con el máximo de lozanía en el futuro.

Es evidente que, en cualquier otro momento histórico que hubiese surgido habría encontrado una atmósfera más propicia, menos inclemente. Pero nacer en una coyuntura como la que ofrecía España en abril de 1931,

estando en desacuerdo con el régimen que se extinguía y en desacuerdo también con los que lo derrocaban, equivalía, naturalmente, a desplazarse del plano de las eficacias inmediatas.

El periódico, sin embargo, no abandonó su misión. Pudo haberse embarcado con alguna de las tendencias que entonces existían o, por lo menos, seguir el mismo destino de los grupos a quienes ayudó y sirvió de flanco. Pero tuvo la honradez y la conciencia histórica de no hacerlo. Sostuvo, sí, campañas convergentes con los sindicalistas, con las actividades revolucionarias de Franco, etc., mas no se identificó -ni podía identificarse, a menos de traicionar su signo- con ellos, ni tuvo el menor propósito de extraer del río revuelto revolucionario la más mínima ventaja a costa de su propio ser.

Que, en efecto, llevaba dentro eficacias considerables, y que representaba de veras, con su adscripción a la doble empresa nacional y social, fusionadas y fundidas en una sola, una voz de gran futuro, lo demuestran los hechos posteriores, ya que es innegable que este periódico constituye el foco inicial de los movimientos luego señalados y destacados como fascistas. Y lo demuestra también que hoy su mismo vocabulario y las organizaciones a que dio vida predominen en la juventud y vayan extendiéndose a otras zonas sociales más amplias.

Surgen las J.O.N.S.

En uno de los últimos números de LA CONQUISTA DEL ESTADO, el correspondiente al 10 de octubre de 1931, se anunciaba la próxima organización de las J.O.N.S. (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista), y en un artículo de su director, luego impreso como manifiesto del nuevo grupo, se indicaban las orientaciones y tácticas de las JUNTAS.

Es así como, incluso sin solución de continuidad, se enlaza con el periódico el nacimiento de la primera organización conocida en España como influida por el fascismo: las J.O.N.S.

2. De la fundación de las J.O.N.S. a la aparición de EL FASCIO

Nueve jóvenes quieren salvar a España | El líder marxista Fernando de los Ríos descubre el haz de flechas y el yugo | El grupo de Valladolid | Los tiempos duros. Atmósfera glacial en torno | Una conferencia resonante | La insurrección del 10 de agosto | Una coyuntura favorable | La aparición de EL FASCIO

Nueve jóvenes quieren salvar a España

Dijimos que en los últimos números de LA CONQUISTA DEL ESTADO se anunciaba la organización de las J.O.N.S. Realmente éstas surgían para que, al desaparecer el periódico, víctima de la represión policiaca, no se diseminaran los diversos grupos de juventudes que en Madrid y provincias aparecían influidos por sus propagandas.

Las J.O.N.S., al nacer, recogían la experiencia de LA CONQUISTA DEL ESTADO, y en su programa-manifiesto disponían ya de una línea más segura y firme que la que informaba las campañas iniciales del periódico.

Encontraron su denominación *nacional-sindicalista*, concepto que aparecía en ellas por primera vez, recogido más tarde en Portugal por Rolao Preto en su fallido empeño de crear una organización fascista.

Desde luego, el nacimiento de las J.O.N.S. significa para sus fundadores el abandono de las tácticas de aproximación a los intentos subversivos de los sindicalistas. Un afán de crear la propia doctrina. Quieren la unidad intangible de España. Postulan el respeto a la tradición religiosa. Llamán de modo preferente a las juventudes, no admitiendo en su seno sino a los españoles menores de cuarenta y cinco años. Manifiestan su incompatibilidad radical con el marxismo. Y presentan una demanda imperiosa de revolución social-económica, a base de la sindicación obligatoria, la intervención nacional de la riqueza y la dignificación plena de los trabajadores.

El espíritu de las J.O.N.S., si bien respondía a una profunda inquietud social, a una actitud nacionalsindicalista, encerraba ciertas concesiones a lo que pudiera llamarse el espíritu de las derechas, y, en parte, para batir al marxismo, buscaba en sus medios el apoyo necesario.

No obstante, en su más íntimo y verdadero propósito, las J.O.N.S. querían recoger la desilusión rápida de la revolución de abril, el fraude que el desarrollo de la misma significaba para las juventudes y para la verdadera liberación social del pueblo.

La fecha de presentación de los primeros estatutos jonsistas en la Dirección de Seguridad es la del 30 de noviembre de 1931.

Los fundadores, en la fecha de aprobación de los estatutos, no llegaban a diez. En la asamblea de constitución estuvieron presentes nueve camaradas, ante la extrañeza atónita del agente de la autoridad, a quien sin duda le parecían muy poca cosa aquellos nueve jóvenes para iniciar la salvación de España.

El nombre de Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (J.O.N.S.) fue propuesto por Ramiro Ledesma. Se adoptó como emblema jonsista el haz de cinco flechas cruzado por un yugo. Este fue un gran acierto, pues además de su sencillez geométrica, de su belleza, está ligado a los momentos históricos en que España hizo su unidad y simboliza a la perfección las consignas fundamentales del jonsismo.

El líder marxista Fernando de los Ríos descubre el haz de flechas y el yugo

Por cierto que la elección de ese emblema contiene una anécdota curiosa. Se proponían varios. Unos, un león rampante. Otros, un sol con una garra de león dentro. Etcétera. Entonces, Juan Aparicio, que había estudiado Derecho en la Universidad de Granada, recordó ante el grupo que don Fernando de los Ríos, el líder socialista, explicando un día en su cátedra de Derecho político una lección sobre el Estado fascista, después de hacer alusión al emblema lictorio del hacha y de las vergas, dibujó en la pizarra el haz de flechas y el yugo, diciendo que éste sería el emblema del fascismo, de haber nacido o surgido en España.

Unánimemente fue reconocido por todos como el símbolo profundo y exacto que se necesitaba. Y no deja de tener interés esa especie de intervención que corresponde al profesor marxista en el hallazgo de un emblema magnífico para los fascistas españoles.

Pues a pesar de que las flechas y el yugo constituían el sello de los gloriosos Reyes Católicos, y de figurar, por tanto, como emblema real, en multitud de edificios de aquella época, da idea del abandono en que los partidos y organizaciones de espíritu tradicionalista tienen a los mejores símbolos de la Historia española, el hecho de que nadie comprendiese el sentido del emblema adoptado. Así ocurrió que el grupo de camaradas de

Valladolid, cuyos fundadores eran todos de formación reaccionaria, al recibir de Madrid el emblema lo mirasen, asimismo, como cosa rara, a pesar de que en el castillo de la Mota, en un patio del famoso convento de San Gregorio, y en cien sitios históricos más de Valladolid, existen yugos y haces de flechas con profusión.

El grupo de Valladolid

Después de fundarse las J.O.N.S., en Madrid, una de las primeras ciudades donde adquirió desarrollo su funcionamiento fue Valladolid. Se publicaba allí un periódico, *Libertad*, al que LA CONQUISTA DEL ESTADO saludó con simpatía en uno de sus últimos números, pues aunque aquél estaba situado entonces en una zona ultraderechista, destacaba, sin embargo, en sus páginas una inquietud nacional nueva, diferente a la que suele existir en los medios de donde procedía.

Al frente de ese periódico, y acaudillando el grupo de Valladolid, estaba Onésimo Redondo, un joven nada desprovisto de talento, antiguo discípulo de los jesuitas -con los que seguía en íntimo contacto-, buen orador, lleno de ambiciones hispánicas y con verdadera inquietud social por los destinos y los intereses del pueblo.

Este grupo no ofrecía muchas garantías de fidelidad al espíritu y a los propósitos de las J.O.N.S., pues estaba compuesto, en su mayoría, de antiguos «luises», y con una plena formación reaccionaria. Pero Ledesma y los demás fundadores jonsistas, deseosos de ampliar el radio de la organización y de utilizar en lo posible el máximo de colaboraciones, en la creencia de que más tarde llegaría la formación jonsista de los militantes, no mostraron inconveniente en gestionar el ingreso de este grupo en las J.O.N.S., ofreciendo, además, a Onésimo Redondo, un puesto en la dirección nacional del Partido.

Los tiempos duros. Atmósfera glacial en torno

Durante todo el año 1932, la actividad de las J.O.N.S. fue casi nula. La organización estaba en absoluto desprovista de medios económicos. En el mes de mayo de ese año tuvo incluso que abandonar su domicilio en Madrid, una modestísima oficina de cien pesetas mensuales en la Avenida de Dato. No llegaban a 25 los militantes inscritos, y apenas si podía el Partido tirar unas hojas de propaganda, cuyo importe lo satisfacía ese pequeño grupo, no sin grandes sacrificios, pues todos ellos eran pequeños funcionarios, estudiantes y obreros. El domicilio oficial para las autoridades se fijó en el despacho del militante Enrique Compte, en la calle de San Vicente. Pero las reuniones las celebraba el grupo en un pequeño café de la Gran Vía, los domingos por la tarde.

Silenciosamente se crearon, sin embargo, varios grupos en provincias, a base de antiguos lectores de LA CONQUISTA DEL ESTADO, distinguiéndose el de Valencia, organizado por Bartolomé Beneyto, y el de Zafra, formado con gran pujanza, a base de campesinos, por Bernardino Oliva. Y desde luego, el de Valladolid, de que ya hemos hecho mención especial, que desarrolló algunas luchas victoriosas en las calles, con la consigna jonsista de oposición al Estatuto de Cataluña, entonces a discusión en las Constituyentes.

Una conferencia resonante

El día 2 de abril de ese año organizaron, sin embargo, los jonsistas, en Madrid, un acto singular: Una conferencia en el Ateneo, a cargo de Ramiro Ledesma, y con el título de *Fascismo frente a marxismo*. La cosa era de una audacia insólita. Considérese lo que es y representa el Ateneo. El centro más calificadamente enemigo de las ideas que iban a ser defendidas por el conferenciante. Y por si era poco la oposición radical de la mayoría de los socios, se congregó en el salón una representación nutridísima del Partido Comunista, con la intención que es de suponer.

Ramiro Ledesma se presentó en el Ateneo con sus 25 camaradas. El salón estaba completamente lleno de enemigos. El jefe de las J.O.N.S. llevaba, para más gravedad, una camisa negra y una corbata roja, prendas que por entonces pensaban adoptar los jonsistas.

El acto fue, naturalmente, resonante. El público, organizado y preparado para eso, interrumpía al orador a cada segundo, y éste, renunciando a la exposición razonada y discursiva del tema, se dedicó exclusivamente a combatir con las frases más crudas las ideas marxistas del auditorio. Era, pues, una lucha de uno contra 2.000, y que duró, sin embargo, más de media hora.

La Prensa comentó ampliamente el suceso. He aquí dos ejemplos. Dijo el ABC al siguiente día:

En el Ateneo dio ayer tarde una conferencia sobre este tema don Ramiro Ledesma Ramos, viéndose el salón atestado de público, en el que desde el comienzo de la disertación se notaba cierto espíritu de controversia.

El orador se manifestó como portavoz del nuevo partido J.O.N.S., afirmando que la mayor parte de las ideas que pensaba exponer no iban a ser bien recibidas por el auditorio. (Esta confesión inicial es acogida con grandes aplausos.) Añade que va a hablar contra los principios informadores de los partidos políticos de la República, pero que no se le podrá tachar por ello de monárquico, pues no lo es. Va a

combatir las influencias marxistas, poniéndolas frente al fascismo. (El orador viste camisa negra y ostenta en ella la nota violenta de una corbata roja.) Censura las violencias marxistas que han arruinado a las democracias. Que han matado el patriotismo. Que especulan con el hambre de las masas. El marxismo es antinacional y desaloja del alma de las clases populares el sentimiento que corresponde a éstas de modo más directo: la fidelidad a la Patria. El marxismo es enemigo declarado de la nación. Destruye la nación. Presenta la adhesión a la Patria como una bobería burguesa. Sólo en la subconsciencia -o en la conciencia, mejor dicho- de un judío como Marx pudo fraguarse la destrucción de los valores nacionales, asegurándose la colaboración de las masas.

Explicó las características peculiares del Estado fascista, calificándolo de totalitario, es decir, que obliga a la colaboración activa en las tareas del Estado, no sólo a una respetuosa pasividad. «Hay algo donde el espíritu crítico y la frivolidad de la inteligencia individual deben detenerse: ante la majestad del Estado. Sólo contra un Estado artificioso, antinacional, detentador, incapaz, es lícito y obligado indisciplinarse. No hay espacio alguno en la vida del Estado nacional para la disidencia contra el Estado.» (Cada afirmación del conferenciante es acogida con principios de alboroto entre los sectores de distinta ideología.)

Continúa el orador manifestando que la violencia de los rojos hay que combatirla con análogas violencias.

El ambiente de contradicción en que se desenvuelve la conferencia se agudiza, y un miembro de la Directiva interviene pidiendo calma para que la disertación pueda desarrollarse.

Pero como no consigue que reine el silencio para que el orador pueda ser oído éste desiste de acabar su discurso, invitando a los de ideas contrarias a controvertir en cualquier otro lugar.

El Socialista, no sin seria preocupación, oculta en su tono irónico, dedicó a la conferencia un editorial. Helo aquí:

«Una camisa negra, y en ella el violento grito de una corbata roja. Esta combinación *luciférica* no es más que un espantajo contra Marx, aunque el espantajo, en absurda victoria contra toda libertad y razón, afirme donde fuere su poder. No por eso legitimará su origen ni asentará la licitud de su existencia. Lo negro es reacción extrema, y el rojo lo usan también los que se llaman de la última izquierda; ambos extremos se unen contra Marx; no representan nuestra afirmación, tampoco pretenden expresar otra cosa que su odio común. El odio es quien anuda esa corbata roja sobre esa camisa negra. Nosotros, socialistas, nos explicamos perfectamente esa *toilette*. El que la lleva la merece. Nuestras banderas, sencillamente rojas, no tienen nada que ver con los pendones abasidas ni con los velos inquisitoriales.

La confraternidad universal, y la unión de los proletarios de todos los países para afirmarla, no se perdona a Marx por los que no comprenden la vida del Estado si no es limitada y encajada dentro de la frontera; y alimentada, además, del recelo hacia afuera y el egoísmo hacia dentro. A esto se le llama "patriotismo" por los que, en tal camino, empujan a su patria a la guerra y a la ruina. La guerra no es marxista tampoco, pero es la consecuencia del nacionalismo exagerado. El caso es que a la Humanidad inteligente y dueña de su ritmo ni se la explota ni se la tiraniza; pero, dividida en compartimentos estancos, es bien distinto. Las grandes burguesías son por eso fascistas; y el señuelo de la grandeza patria, los destinos de la raza y el ejemplo de Julio César, los mejores fundamentos líricos de un buen nacionalismo. Para eso no es preciso ser monárquico; se puede ser republicano, como Catilina, y hasta demócrata, como Napoleón, antes de su coronamiento. Con tales actitudes y consideraciones, un histrión cualquiera contradice a Marx, y se hace la ilusión de que desbarata el internacionalismo. Sin embargo, le queda un sentido económico que vencer: la evidencia de la explotación del hombre por el hombre tiene una fuerza tal, que es invencible; y por eso ni se la niega ni se la evita: se la acepta, robándosela al propio Marx. Es la razón de la corbata roja en la camisa negra; y a la combinación se la llama nacional-sindicalismo. Hemos llamado cómico a quien lo explique y lo pregone, y en ello no hay ofensa, porque la médula del sermón que predica es una comedia. A los hombres, consignémoslo con pesadumbre y con vergüenza, los han oprimido y gobernado también cómicos apetecibles y a veces espantosos; pero siempre tiranos; y lo terrible son tumbos históricos que a veces llevan los pueblos a las farsas injustas y sangrientas.

Una conferencia en el Ateneo, ahogada entre denuestos y puños, nos inspira lo dicho. Trátase de afirmar la férrea condición del Estado imperial: huelga el monarca, pero importa el sentido; y se excita hasta la máxima tensión el sentimiento nacional. El enemigo es Marx; pero a Marx le da la razón todo un fracaso histórico. La historia es realidad; el razonamiento para llegar a un hecho histórico es muchas veces la comedia; y en ésta, ¡qué frecuentemente una frase feliz salva una situación y arrastra el éxito! ¿Por qué entonces no derrotar con una frase a Marx? Ahí va la frase, por ejemplo: "Sólo en la mente de un judío como Marx puede fraguarse el internacionalismo..."

Por qué no contestarle "¿Sólo en el corazón de un judío como Jesús pudo haber el cristianismo?"

Bien es verdad que todos éstos, en el fondo del corazón y el pensamiento, repugnan a los dos judíos: a Marx y a Cristo. Son de estirpe romana, como Poncio Pilato y Polichinela.»

Aparte los gritos y las protestas verbales, los comunistas no desarrollaron otro género de violencia. Sin embargo, hubo algunos golpes. El estudiante jonsista Luis Batllés dio un fuerte porrazo a un comunista, precisamente el que más se distinguía en su vocerío, y que, por cierto, se afilió años más tarde al fascismo. Luis Batllés, al huir, se dio con la cabeza contra los cristales de la puerta, hiriéndose y deteniéndolo los guardias. No hubo más incidentes.

La insurrección del 10 de agosto

En agosto tuvieron lugar las jornadas insurreccionales de Sanjurjo. Naturalmente que las J.O.N.S. permanecieron al margen, en absoluto al margen, de ese episodio, realizado por los monárquicos en alianza con el sector republicano enemigo del Gobierno Azaña, y en realidad histórica para oponerse tanto al Estatuto de Cataluña como a la reforma agraria y demás leyes sociales.

Ledesma fue, sin embargo, detenido. Se le retuvo en prisión unos veinte días, y puesto en libertad sin que nadie le tomase declaración.

A consecuencia del 10 de agosto, la acción política posterior, y más para organizaciones débiles y nacientes como las J.O.N.S., era muy difícil. En Valladolid parece que los jonsistas, o por lo menos algunos de ellos, estuvieron un tanto ligados a los sucesos, y Onésimo Redondo emigró a Portugal, donde permaneció catorce meses. Su ausencia de Valladolid significó asimismo el empaldecimiento de la sección. Cosa análoga puede decirse de los demás grupos. También en Madrid y en el resto de España la actividad de las J.O.N.S., durante el medio año siguiente a los hechos de agosto, fue en absoluto nula.

Una coyuntura favorable

A fines de enero de 1933, fue detenido Ramiro Ledesma, para cumplir una condena de dos meses, a causa de un artículo publicado hacía casi dos años contra el separatismo catalán.

A los pocos días de estar en la cárcel, el día 30, tomó el poder en Alemania Adolfo Hitler, lo que supuso en el mundo entero una enorme conmoción política.

En España coincidió ese hecho con la hora en que el Gobierno azaña-marxista entraba, después de Casas Viejas, en su etapa de descomposición. Se produjo, pues, en la política española un formidable cambio de clima, que aprovechó el jonsismo para iniciar su época de crecimiento.

Hasta entonces, parte por las ilusiones que en muchos despertaba la actitud supuestamente enérgica y nacional de Azaña, parte también por la dificultad de que bajo un régimen de procedencia revolucionaria, en su período ascensional y constituyente, se organizaran y actuaran fuerzas radicalmente enemigas, la empresa de las J.O.N.S. había sido por fuerza un propósito ilusorio.

En el próximo capítulo hablaremos de la expansión, crecimiento y consolidación definitiva del movimiento jonsista a todo lo largo del año de 1933, desde su mes de marzo.

La aparición de EL FASCIO

Aquí reseñaremos ahora un episodio que tuvo bastante resonancia, y al que le corresponde, naturalmente, en este libro, una alusión en cierto modo amplia. Nos referimos a la aparición de *El Fascio*, semanario del que no salió más que un número, recogido casi íntegramente por la policía.

El episodio es sintomático; pero en realidad fue una formidable ventaja que el Gobierno suspendiese aquella publicación, que en medio de algunos aciertos suponía para el movimiento nacional una posición falsísima y errónea. (Por ejemplo, su misma denominación, *El Fascio*, título que no tenía por que decir nada al alma española, era la primera contradicción grave.)

La idea de la fundación de *El Fascio* corresponde íntegra a Delgado Barreto, entonces, y creo que todavía ahora, director de *La Nación*. Se le ocurrió, naturalmente, a la vista del triunfo de Hitler, cuando la enorme masa española, que comenzaba a estar de uñas con el Gobierno Azaña, asistía con admiración a las gestas del fascismo alemán.

Delgado Barreto, con su formidable olfato de periodista garduño, vio con claridad que en un momento así, en una atmósfera como aquella, si un semanario lograba concentrar la atención y el interés de las gentes por el fascismo, tenía asegurada una tirada de 100.000 ejemplares. Barreto no se engañaba en esta apreciación. Era un hombre que no tenía, posiblemente, del fascismo más que ideas muy elementales, y hasta incluso falsas; pero sabía a la perfección el arte de hacer un periódico fascista para el tendero de la esquina, para el hombre de la calle. Lo que es, desde luego, un valor.

Indudablemente, tras de Barreto estaba ya José Antonio Primo de Rivera. No se olviden las relaciones de Delgado Barreto con el general. Y ahora, ante la empresa fascista, operaba de acuerdo con los propósitos

políticos del hijo, de José Antonio, que en estas fechas comenzó a soñar con un partido fascista del que él fuese el jefe. No obstante, Delgado Barreto daba ya entonces la sensación de que no le dominaba una fe absoluta en cuanto a la capacidad de José Antonio, y con mucha prudencia eludía jugarlo todo a la carta exclusiva de éste.

Se formó un consejo de redacción, para el que fueron requeridos los jonsistas. Estos se prestaron de malísima gana, porque les horrorizaba verdaderamente el título del periódico y porque no veían garantías de que aquello no se convirtiese en una madriguera reaccionaria. Pero el afán de destacar su labor y de popularizar en lo posible al movimiento jonsista pudo más que todo, y convinieron entrar en aquel Consejo, si bien bajo el compromiso de que ellos, los de las J.O.N.S., redactarían dos planas, que de un modo exclusivo estarían con integridad dedicadas al jonsismo.

El Consejo de redacción, además del director, que era Barreto, lo formaban: Giménez Caballero, Primo de Rivera, Ramiro Ledesma, Sánchez Mazas y Juan Aparicio.

Con anterioridad a su salida, *El Fascio* fue profusamente anunciado. Ello hacía que pudieran percibirse las reacciones de la gente, y también que aumentasen de día en día los pedidos de los corresponsales, que a última hora rebasaban los 130.000 ejemplares.

El Gobierno asistía con bastante inquietud a esta realidad. Pero más aún que el Gobierno, los socialistas, a quienes una salida así, descarada y desnuda, de un periódico fascista, al mes y medio escaso de ser batida por Hitler la socialdemocracia alemana, les parecía intolerable.

Al mismo ritmo que aumentaba la expectación de la gente crecía la inquietud del Gobierno, que se disponía a movilizar su aparato policíaco.

En esto, de modo apresurado y espectacular, se reunieron las directivas del partido socialista y de la U.G.T. El acuerdo consistió en anunciar que ambas organizaciones se disponían por sí, y con todas sus fuerzas, a impedir la publicación y venta de *El Fascio*, si las autoridades no se adelantaban a suspenderlo gubernativamente.

El periódico estaba listo y se disponía a arrostrar cualquier vendaval. Desde luego, y después de la actitud coactiva de los socialistas, era segura la intervención del Gobierno, y muy probable el encarcelamiento de los redactores más destacados. El día antes de la salida no faltaba más que el artículo de Sánchez Mazas, hombre al parecer no muy provisto de heroísmo, que, ante la inclemencia del temporal, con diversas excusas, no escribió el artículo y se fue a pasar el día fatídico a El Escorial.

Giménez Caballero hizo todo un plan programático de bastante interés, si bien quizá demasiado severo, intelectual y seco. Primo de Rivera escribió un artículo teórico contra el Estado liberal, que firmó con la inicial E. Ledesma y Aparicio llenaron las dos planas jonsistas. Y Barreto, periodista fecundo, escribió innumerables cuartillas haciendo llamamientos, perfilando la futura organización, etc.

El Fascio apareció el día 16 de marzo y sólo pudo venderse en un corto número de poblaciones. Fue rigurosamente recogido por la policía. En Madrid se incautó de una camioneta con más de 40.000 ejemplares.

Repitamos que fue una gran ventaja que la aventura de *El Fascio* terminase apenas nacida. Se iba desde él a una segunda edición del antiguo upetismo, que, naturalmente, para quienes representaban un sentido nuevo, nacional-sindicalista y revolucionario, hubiera significado el mayor de los contratiempos.

Hubiera representado, asimismo, la renuncia a hacer del movimiento una cosa propia, una cosa de la juventud nacional, con su doctrina, su táctica y sus propósitos, en absoluto desligados de la carroña pasadista y superviviente.

Los jonsistas, a la vista de aquella gente, y después de alegrarse de la suspensión, volvieron a sus tiendas, pues comenzaba para ellos su mejor etapa, la que los convirtió en señaladores y orientadores innegables del nuevo movimiento.

Por primera vez conocieron entonces a Primo de Rivera, del que justo es decir no se mostraba tampoco muy conforme con aquella virgolancia de *El Fascio*, pues aunque nada provisto de cualidades de caudillo, es hombre inteligente y de buen sentido. En aquella ocasión, como luego en muchas otras, se dejaba, sin embargo, llevar.

3. La expansión jonsista

La expansión jonsista | La revista mensual teórica | Agitación y lucha | La sola presencia jonsista | Preocupación ofensiva y defensiva | El asalto a las oficinas de los Amigos de Rusia | El Gobierno azañomarxista se organiza un complot | En el penal de Ocaña | Primera noticia de lo que fueron planes para un tremendo acto terrorista | Apremios de la Internacional | La caja del Partido, vacía | Tarea y resultados de la revista JONS | Los focos de la organización jonsista

La expansión jonsista

El año de 1933 es el verdadero año de las J.O.N.S. Durante él, se convirtieron en la bandera innegable de la juventud nacional, llevando a ésta a sus mejores luchas en pro de la Patria, de la liberación social del pueblo y contra el marxismo.

¿Cómo se desarrolló y tuvo lugar semejante hecho?

Ya dijimos que a fines de enero de ese año entró Ramiro Ledesma en la cárcel, a causa de un antiguo artículo. Permaneció en ella un mes, hasta fines de febrero. También dijimos que por esas fechas la organización jonsista atravesaba una vida canija, difícil, sin éxito. Pero en la cárcel recibió Ledesma la visita de un grupo de diez o doce estudiantes, algunos de ellos antiguos comunistas, que deseaban ponerse bajo su dirección política y organizar las J.O.N.S. en la Universidad.

Al frente de ese grupo, como más destacados, figuraban José Guerrero, Aparicio López y Ortega, tres jóvenes de gran entusiasmo y actividad. Ledesma les dio instrucciones para los primeros trabajos, les explicó con brevedad las consignas del jonsismo revolucionario, y como pensaba quedar libre a los pocos días, los dejó citados para entonces, al objeto de estudiar un plan de irrupción jonsista en la Universidad.

En efecto, hacia el 10 de marzo, con motivo de unos disturbios estudiantiles, se produjo en la Facultad de Derecho un gran alboroto, en el que los escolares manifestaron a grandes gritos sus filiaciones políticas, dividiéndose entre ellos en dos grupos: uno, que vitoreaba al marxismo y cantaba la Internacional, y otro, que vitoreaba a las J.O.N.S., a España y cantaba himnos nacionales.

Tras del choque producido entre ambos, quedaron en absoluto dueños de la Universidad los jonsistas. A la semana siguiente, había ya inscritos en las J.O.N.S. más de cuatrocientos estudiantes madrileños.

Fue preciso buscar un domicilio. El Partido alquiló entonces un tercer piso en la calle del Acuerdo, 16, local que no pudo ser apenas utilizado porque la Policía lo intervenía constantemente y dificultaba todos los trabajos. Comenzó así para las J.O.N.S. un período de vida semilegal, teniendo que pasar a la clandestinidad toda la organización de grupos.

En vista de las grandes perspectivas que se abrían ante las J.O.N.S., pues comenzaban a afiliarse grupos proletarios además de los estudiantes, lo que daba al Partido la verdadera base inicial que requería -estudiantes patriotas y sindicalistas nacionales-, Ledesma se dispuso a desarrollar el máximo de actividad.

La revista mensual teórica

El día 5 de abril se trasladó a Lisboa, donde permanecía exilado Onésimo Redondo, dirigente de la sección de Valladolid, de quien ya hemos hablado. Ledesma estaba firmemente decidido a acentuar el carácter nacional-sindicalista y revolucionario de las J.O.N.S., pues veía que ésta era, además de la misión jonsista, la ruta que conducía a la movilización triunfal de las juventudes. Onésimo, de fuerte educación católica, herreriana, mostraba gran número de resabios derechistas; pero, a pesar de ello, su adscripción a formas patrióticas de signo social era impecable.

Cambiaron largas impresiones en Lisboa, y Ledesma regresó a Madrid a los dos o tres días, anunciando para primeros de mayo la aparición de una revista teórica, mensual, orientadora de los esfuerzos jonsistas. Era la revista *JONS*, bien conocida más tarde.

Con aportaciones de afiliados y algunos donativos logró reunir el Partido unas dos mil pesetas, con las que hizo frente a los gastos de un local clandestino, a la factura del primer número de la revista y a la impresión de gran cantidad de hojas, manifiestos y circulares, que sembraron las universidades españolas de propaganda nacional-sindicalista.

Muchos son los estudiantes que recuerdan la llegada de esa propaganda a los centros universitarios. Dos años después, en estas semanas mismas en que escribo, algunos de ellos, que hoy tienen terminadas sus

carreras, nos han relatado la atención y la emoción que despertó entre los estudiantes la prosa caliente patriótica y sindicalista nacional de los primeros manifiestos jonsistas.

El éxito del primer número de la revista *JONS* fue asimismo enorme. A pesar de su elevado precio para las economías de los estudiantes y de los obreros -una peseta-, se vendió con profusión y rapidez. Obsérvese que las J.O.N.S., en esta época de la primavera de 1933, ponen todo su afán en la conquista de las juventudes universitarias. Era ése su primer objetivo.

En todas las universidades surgieron grupos compactos de jonsistas, con sus jefes y triunviratos, con arreglo a la organización jerárquica del jonsismo. Se distinguieron Valencia, Granada, Santiago y Valladolid. Pero también se formaron núcleos en Zaragoza, Salamanca y Barcelona.

Agitación y lucha

No transcurría semana alguna sin que los estudiantes jonsistas hiciesen acto de presencia y chocaran de algún modo con los afectos al marxismo.

La venta en la Universidad de Madrid del primer número de la revista *JONS* originó un choque de consecuencias graves. El grupo jonsista se vio atacado por los rojos, y tuvo que defenderse con gran violencia. El camarada Fernando González, muchacho de gran valor, les hizo frente con una pistola, hiriendo gravemente a un destacado antifascista y a dos más, no sin recibir el mismo de los rojos fuertes golpes de matraca.

Esas luchas enardecían más y más a los camaradas estudiantes, a pesar de las innumerables detenciones. En Granada, donde los universitarios jonsistas tenían un jefe de gran entusiasmo y movilidad, Gutiérrez Ortega, los éxitos se sucedían día por día. El gobernador les puso dos multas de mil pesetas, que lograron pagar entre todos a base de pequeños donativos. *El Defensor de Granada*, periódico local, escribía con suma indignación el día 6 de mayo frases como estas:

El Gobierno de la República, con evidente acierto, ha prohibido la propaganda del fascismo en España. A pesar de tal prohibición, esos elementos organizan su propaganda, y en la Universidad casi todos los días se reparten manifiestos de las J.O.N.S. Esto entra de lleno en el terreno de lo intolerable.

En esas líneas puede advertirse la actitud represiva del Gobierno, lo que obligaba a las J.O.N.S., como antes dijimos, a una actuación semiclandestina; pero entiéndase bien, nunca secreta. La revista teórica era legal y llevaba firmas, a la cabeza la del camarada dirigente Ramiro Ledesma. Pero aun la publicación de la revista, a pesar de su aspecto teórico, ofrecía grandes dificultades, y arrancar el sello al Gobierno Civil costaba siempre batallas.

Si el desarrollo de las J.O.N.S. en las universidades, en vez de iniciarse en abril y mayo, ya vencido el curso, se hace en los meses de noviembre y diciembre, con seis meses por delante, la agitación jonsista en los centros universitarios hubiera alcanzado en el seno del país una resonancia y una trascendencia enormes.

Con fecha 30 de mayo, y como final de la agitación, publicó el Triunvirato Ejecutivo Central -y con la firma de Ledesma, el único triunviro que actuaba- un manifiesto a los estudiantes jonsistas, que transcribimos para que se advierta el espíritu que presidía las luchas:

CAMARADAS: Finaliza ahora el curso universitario, y ello os dispersa a vuestras provincias, os vuelve al círculo familiar, a las amistades antiguas y a la calma de las vacaciones. Pero el Partido vigila la marcha y estima de gran interés orientar la actividad de los camaradas estudiantes en los próximos meses del verano.

Ha tenido lugar en las últimas semanas la presencia de las J.O.N.S. como bandera rotunda de la juventud nacional. Os habéis unido a ella con entusiasmo fervoroso, dispuestos a nutrir las avanzadas del Partido en su lucha con los enemigos de la paz, la prosperidad y la grandeza de España. Pusisteis voces y gritos nacionales en los recintos donde hasta aquí triunfaban las inconsciencias traidoras y los vejámenes marxistas contra la Patria. Cumplisteis las consignas del Partido con decisión, coraje y tenacidad. Algunos, en Madrid, con valor insuperable. ¡Bien por los camaradas estudiantes de las J.O.N.S.!

Ahora, camino de vuestras ciudades y pueblos, os encomendamos otro género de tareas que requieren asimismo amor al Partido, cumplimiento riguroso de su disciplina; pero que se diferencian de las que hasta aquí habéis realizado honrosamente, porque consisten en una labor aislada, de captación y propaganda, en medios y lugares donde quizá hoy es todavía desconocida la existencia misma del Partido.

Vuestro deber de «jonsistas» jóvenes y tenaces es vigorizar el conocimiento doctrinal de las J.O.N.S., desarrollando una labor de captación eficaz en los círculos familiares o amistosos, donde transcurran vuestras vacaciones. Hay que sembrar España de núcleos afectos al Partido, fieles a su disciplina, que garanticen en todo momento la defensa de nuestra dignidad de españoles frente a la barbarie y la traición de las organizaciones marxistas. ¡Que una blasfemia contra la Patria no quede ya

nunca sin la réplica justa de un español auténtico! Esto, camaradas, ha de conseguirlo nuestro Partido, el único, como sabéis, que de un modo revolucionario y violento nace dispuesto a conseguir, cueste lo que cueste, la grandeza y la dignidad de España.

Hay que estar atentos, camaradas, al espíritu que informa a las J.O.N.S., porque en este terreno las confusiones serían grandemente perturbadoras y nocivas. Somos una organización de masas, que necesita y busca el apoyo moral y material del pueblo. Vamos en pos de la PATRIA el PAN y la JUSTICIA. Tres cosas de que está hambriento y exhausto el pueblo español. Hoy, España es una nación deshecha, y no tienen pan ni justicia las masas españolas. Esta verdad tremenda es la que os corresponde extender por el país, con la noticia justa de que ya aparece en las luchas políticas una bandera de salvación y de triunfo: las J.O.N.S. Conseguiremos todo eso que nos falta -la Patria, el Pan y la Justicia-, y sangre jonsista lo garantizará así en batalla permanente contra quienes hoy o mañana nieguen a los españoles esos tres logros supremos.

Entrad en contacto con los Triunviratos más próximos, que a la vista del carnet del Partido os orientarán y darán facilidades. Esperamos de vuestra tarea grandes eficacias.

Todos, pues, a conseguir:

- 1) Que en octubre haya en vuestras ciudades y pueblos núcleos jonsistas poderosos.
- 2) Que los obreros y gentes del campo conozcan los propósitos justos del Partido.
- 3) Que nadie confíe en la democracia liberal-parlamentaria, como medio de aniquilar el poder marxista y de conseguir la paz y prosperidad nacional.
- 4) Que todos los jóvenes en quienes aliente un deseo de derrotar al marxismo se den cuenta de que ello se logra militando en nuestro Partido, aceptando nuestra consigna de «Revolución nacional española frente a la revolución socialista» y abandonando esas pacíficas organizaciones desde las que ancianidades con careta juvenil les recomiendan paciencia, prudencia y cursos de electoral sabiduría.
- 5) Que se extienda con pulcritud y pureza la significación del Partido, evitando esos confusionismos con que hoy se nos calumnia, y reafirmando tenazmente nuestro absoluto desdén hacia las personas y los grupos que levantan fuera de las J.O.N.S. bandera de reivindicación nacional, con espíritu reaccionario y baldío.
- 6) Que sean las J.O.N.S. quienes en toda ocasión y momento desarrollen la máxima violencia contra la barbarie comunista.

En fin, camaradas, recomendamos, como siempre, la necesidad de mantener con intransigencia un espíritu de partido, firme y radical, frente a otros grupos, por muy afines que parezcan. Levantemos y glorifiquemos nuestro sentimiento de facción, de partido activo y militante, que gusta de la verdad plena y sin mácula.

¡VIVAN LAS J.O.N.S.! ¡VIVA LA REVOLUCIÓN NACIONAL ESPAÑOLA!

Por el Triunvirato Ejecutivo Central, vuestro camarada *Ramiro Ledesma Ramos*.

Madrid, 30 de mayo de 1933.

Esta circular fue recogida por la Policía, lo que hizo que llegasen a su destino pocos ejemplares. Pero la dificultad fue suplida en alguna Universidad, como la de Santiago, de un modo magnífico: clavaron los jonsistas dos hojas en la puerta, formando luego una guardia permanente para que nadie impidiese que fueran leídas por todos los estudiantes.

La sola presencia jonsista

En el mes de junio, y concluida la propaganda en las Universidades por haber finalizado el curso, iniciaron las J.O.N.S. los primeros trabajos para convertirse en una verdadera organización combatiente.

Un detalle de cómo las J.O.N.S. iban alcanzando en aquellos días personalidad lo revela el hecho siguiente: Los elementos derechistas -agrarios, Acción Popular, etcétera- habían organizado para el día de la Ascensión un mitin en la plaza de toros de Valladolid, al que querían dar gran resonancia. Asistirían 30.000 espectadores, campesinos de Castilla, e iban a hablar Royo Villanova, Martínez de Velasco y Gil Robles. Los jonsistas creyeron que era una buena ocasión para influir en aquellas masas campesinas, entregadas de buena fe a los derechistas, y se dispusieron a hacer acto de presencia en el mitin, no naturalmente de un modo hostil, pero sí desligados de los organizadores. Ledesma se trasladó con ese motivo a Valladolid, pues en esta sección no había entonces propiamente jefe, ya que Onésimo Redondo continuaba en su destierro de Portugal.

El acto, por la gran propaganda que le había precedido, tenía pendiente la atención de toda España, y el Gobierno vacilaba entre suspenderlo o no, presionado por las organizaciones obreras socialistas que amenazaban con la huelga. Por fin, horas antes, el ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, decretó la

suspensión, y en unas declaraciones a los periodistas -el 25 de mayo- manifestó que ésta obedecía «a que el acto era fascista, pues se habían mezclado y pensaban influir en él los de las J.O.N.S.».

Preocupación ofensiva y defensiva

Además de penetrar en zonas sociales más amplias, preocupaba al Partido conseguir una efectiva capacidad para la violencia, y ello, tanto por constituir la acción directa y la acción revolucionaria uno de los postulados tácticos del jonsismo, como por propia y elemental necesidad defensiva.

A fines de junio, esos propósitos estaban en Madrid resueltos. Ramiro Ledesma, con un lugarteniente eficaz, el camarada Ramón Ruiz, logró organizar y seleccionar un centenar de militantes, en patrullas de a cinco, que ofrecían todas las garantías apetecibles para la acción. Eran, pues, veinte grupos, algunos de ellos de formidable ímpetu y poder agresivo. Todos sus componentes eran estudiantes, funcionarios jóvenes y antiguos legionarios de África. Estas tres procedencias estaban muy niveladas en los grupos, y eran, evidentemente, las más adecuadas para su función.

Únase a esa cualidad la de que casi todos militaban por vez primera en una organización política, siendo, por tanto, desconocidos como tales en la Dirección de Seguridad. Se reunían una vez a la semana, por grupos. Los jardines de la plaza de España constituían el lugar más preferido, por su amplitud y carácter céntrico.

El éxito de una tal organización no tardó en hacerse visible. Como se estaba ya en pleno verano, la atención del Partido residía realmente por entero en esos grupos, ya que la base de militantes estaba desplazada en su gran mayoría, y la fecha era poco oportuna para la propaganda.

El asalto a las oficinas de los Amigos de Rusia

El día 14 de julio una de esas patrullas jonsistas realizó un hecho que tuvo gran resonancia y preocupó considerablemente al Gobierno. Los diputados de la mayoría azaña-marxista, con gran nerviosismo, mostraban y comentaban el hecho como una prueba de la potencia fascista, y pedían graves sanciones.

La cosa fue así:

Dicho día 14, a las once de la mañana, tres individuos penetraron, pistola en mano, en la oficina que los titulados Amigos de la Unión Soviética tenían establecida en la avenida de Dato, número 9.

Se trataba de uno de tantos centros y asociaciones como, so capa de cultura y admiración apolítica por la U.R.S.S., crean los comunistas, siendo en realidad centros de agitación y propaganda bolchevique.

Parece que los jonsistas sabían que en esa oficina había documentación importante acerca del plan para la jornada comunista del próximo 1.º de agosto, a más de un magnífico archivo y pruebas de los propósitos de la Internacional comunista con relación a España.

El asalto se hizo con una perfección y una audacia insuperables. Los jonsistas se mostraron violentos, pero sin efusión innecesaria de sangre. En el interior de la oficina se encontraban entonces el conocido dirigente comunista y profesor Wenceslao Roces y un secretario. Ambos fueron atados a las sillas y amordazados por dos de los asaltantes, mientras el tercero se apoderó de todo el archivo, ficheros y documentación oficial de la entidad, a más de pulverizar todo el mobiliario.

No hay que olvidar que la oficina de los Amigos de la U.S. se hallaba en un tercer piso, de acceso peligroso por una escalera bastante estrecha, y que en la casa hay más de cien oficinas. Sin que se supiese de fijo qué patrulla jonsista realizó el hecho, aquellas semanas circuló por el Partido una versión detallada de él, así como de todas sus incidencias. Parece que mientras destruían los muebles y ataban a los que se encontraban dentro, el jefe comunista Roces mascullaba protestas, entremezcladas con frases de verdadera preocupación religiosa, como: «¡Ay, Dios mío, éstos son fascistas y nos matan!» No les hicieron, sin embargo, el menor daño, a no ser el formidable susto de las pistolas al pecho, presionándoles con fuerza si iniciaban el menor propósito de gritar.

El plan para el 1.º de agosto fue, en efecto, hallado. También documentación de suma importancia, más tarde utilizada por el Partido.

Semejante hecho, repetimos, alcanzó gran resonancia, tanto por la audacia de los realizadores como porque delataba tener estos detrás una organización fuerte y poderosa.

El periódico *Ahora*, al día siguiente, fecha 15, publicó, como el resto de la Prensa, una nota que revela cuanto decimos. Hela aquí:

Después de la sesión acudieron al despacho de ministros del Congreso, donde se entrevistaron con el señor Casares Quiroga, los diputados señores Hidalgo, Gomáriz, Menéndez (don Teodomiro) y Balbontín, y los señores Montilla y Roces, de la A. Amigos de la U. S. Según manifestó a la salida don Diego Hidalgo, habían hecho ver al ministro de la Gobernación que la actitud en que se han colocado las J.O.N.S. es una cuestión puramente política, y que es necesario terminar con ese brote fascista.

La Policía se puso a actuar con frenesí. Las altas autoridades gubernativas exigían la detención rápida de los autores. Durante una semana fueron detenidas más de cien personas como sospechosas de participación, teniendo luego que ser puestas en libertad al no ser reconocidas por los asaltados. Entre esas cien, apenas había dos jonsistas, lo que prueba el hecho de que antes hicimos mención, el de que los militantes de las J.O.N.S., por ser jóvenes y no figurar en libros de socios ni en ninguna parte, eran en casos tales de identificación casi imposible.

En vista de que no encontraban socios de las J.O.N.S., los agentes detenían a todos los que figuraban en la Dirección de Seguridad como activos y calificados derechistas. Palos auténticos de ciego.

El Gobierno azaño-marxista se organiza un complot

El entonces ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, a la vista de la agitación producida, encargó al director de Seguridad, señor Andrés Casaux, que en el término de tres días le presentase un *dossier* acerca de la verdadera realidad y situación de las fuerzas fascistas.

Digamos aquí, en breves líneas, que por entonces, a más de las J.O.N.S., había otros grupos que se llamaban «fascistas», seguidores del periódico *El Fascio* muerto, como vimos, el mismo día que nació, y que venían dedicados infantilmente a extender hojitas y pasquines, de redacción bastante ingenua, que circulaban profusamente por Madrid y provincias. Estos trabajos eran ya dirigidos por Primo de Rivera y Ruiz de Alda, circulando tales hojas entre elementos de antiguo ligados a la dictadura, militares retirados y terratenientes de las provincias. De todos modos, su actividad se reducía a eso, al reparto de hojas, que llevaban como membrete un recuadro con las iniciales F.E. (Fascismo Español).

Pues bien, la Dirección de Seguridad elevó el «dossier» al ministro, y a consecuencia de él, como satisfacción a las protestas y al miedo que en los sectores marxistas había ocasionado el asalto a los Amigos de Rusia, una buena mañana se dijo a los periódicos que se acababa de descubrir un terrible complot fascista contra el régimen, en el que aparecían complicados la F.A.I., las J.O.N.S. y los fascistas. Nada menos.

Se hicieron en toda España más de 3.000 detenciones, desde el 19 al 22 de julio. No hay que decir que a los verdaderos autores del asalto, causantes directos de todo aquel barullo, no se les detuvo.

Véanse los titulares de Prensa de aquellos días:

El día 23: ¿Se teme de madrugada un complot contra el Gobierno?

El día 25: *El complot, abortado.*

El día 26: *Según parece, se trata de destruir en sus comienzos una organización de tipo fascista.*

Estos titulares están tomados del periódico *Ahora*, y, desde luego, el último de ellos revela con toda claridad el carácter imaginario y represivo del tal complot.

En el penal de Ocaña

Con los detenidos en Madrid se hizo una selección y por la noche, a las tres de la madrugada, en coches celulares, fueron llevados al penal de Ocaña unos noventa. De ellos, cuarenta y un anarquistas, el cristianosocial Padre Gafo, y el resto, un conglomerado de monárquicos, fascistas de Primo de Rivera y el grupo de las J.O.N.S. Entre estos últimos, Ramiro Ledesma, el secretario de redacción de la revista *JONS*, Juan Aparicio, y el antiguo militante Enrique Compte.

El famoso complot era, pues, anarco-jonsista-fascista. Los propósitos del Gobierno no eran nada difíciles de descubrir. Pensó hacer del penal de Ocaña un verdadero campo de concentración para sus enemigos políticos. Lo prueba el que días antes de ser enviados, el director de prisiones se enteró de si allí podían permanecer 2.000 detenidos.

El Gobierno, vacilante, no se atrevió a eso. No se olvide que esto ocurría cuatro o cinco semanas antes de caer la situación Azaña. Así, pues, a los ocho días, llegaron al penal unos magistrados, que pusieron en libertad a los anarquistas y al Padre Gafo, procesando a todos los demás por un delito sumamente raro y no sé si conocido por los juristas, el «de confabulaciones punibles».

La vida en el penal de Ocaña no dejaba de tener perfiles divertidos. Los anarquistas son, por lo común, gente sociable, y no les disgusta dialogar y razonar hasta con sus mayores enemigos. Puede decirse que los 41 que había allí eran los más destacados faístas madrileños, Melchor Rodríguez, los hermanos González Inestal, etc.

Espíritu de grupo sólo se advertía en los anarquistas y en los de las J.O.N.S. En los demás, detenidos como derechistas, se advertía un guirigay pintoresco. Era gente varia, sin ninguna o muy poca ligazón de partido. De ellos, unos doce pertenecían a la organización que por entonces trataba de fundar Primo de Rivera, con el nombre -nos parece recordar- de M.E.S. (Movimiento Español-Sindical). El resto eran derechistas indefinidos, monárquicos, antiguos sindicalistas libres, albiñanistas (de éstos, el secretario particular de Albiñana, Felipe

Simón, un buen chico) y un conocido pistolero del libre, León Simón. Este era el único con el que no hablaban los anarquistas.

-Muchos compañeros nuestros ha asesinado -se decían unos a otros, refiriéndose a este último Simón.

Entre los de Primo de Rivera, estaba José Gómez, antiguo chófer de confianza del general. Parecía muy fiel y admirador del hijo, de José Antonio, y aunque bastante tosco, no dejaba de mostrar buenas cualidades de militante. El levantaba la moral de muchos de sus compañeros, que poco o nada acostumbrados a la persecución política, se deprimían con gran frecuencia, armando entre sí altercados y peloterías. Había entre ellos, por ejemplo, un valenciano que reclamaba a la organización no sé cuántos miles de pesetas por los trastornos -decía- que le ocasionaba la estancia en el penal, y se los reclamaba al que lo había captado para el partido primorrriverista, creo que un señor Marquina, antiguo torero.

Todo esto, presenciar esto, era para los jonsistas muy divertido.

Primera noticia de lo que fueron planes para un tremendo acto terrorista

Había allí también un tipo de cierto interés, antiguo servidor o ayuda de cámara de Alfonso XIII. Se llamaba creo que Alonso. Relató a dos o tres compañeros de penal, con quienes adquirió confianza, un hecho, quizá hasta hoy que lo vamos a contar aquí, absolutamente desconocido, y que pudo haber tenido consecuencias históricas incalculables.

Es sabido que, después de llegar la República, muchos de los antiguos servidores del Rey siguieron algunos meses en sus puestos, habitando en Palacio y prestando allí servicios. Pues bien, uno de los primeros banquetes oficiales, celebrados por el Gobierno provisional de la República en el comedor de gala de Palacio, fue servido por los mismos criados del Rey.

Cuando éstos, ocho o diez días antes de la fecha, tuvieron noticia de ello, comenzó a surgir, en su imaginación de servidores fieles a los Reyes, la idea de preparar una venganza terrible contra quienes los habían vencido y expulsado de España.

Júzguese la imprudencia del Gobierno republicano, entregándose inerte a las reacciones resentidas de los antiguos criados del Rey, para quienes aquellos ministros eran poco menos que representantes directos de Lucifer.

Pues bien, los cinco o seis más exaltados organizaron un plan, que fue luego aprobado por el resto de sus compañeros. Se basaba en el conocimiento exacto que ellos tenían del interior de Palacio, y en la situación, al parecer aislada de las guardias, que ocupa el comedor de gala. Pensaban cortar los timbres, y a una señal, pistola en mano, los veinticinco o treinta servidores, ayudados por algunos elementos extraños introducidos previamente, obligar a los comensales a descender por una escalera que conduce, sin casi advertirlo, a un foso interior. Introdujeron en Palacio las pistolas, y tenían perfectamente urdido el plan, que «no se llevó -decía- a la práctica, por la defección de tres o cuatro asustadizos», que deprimió a los demás y, al parecer, los asustó también. (Claro que esto no tiene que extrañar mucho, pues no se olvide que se trataba de criados, de domésticos, y, desde luego, el hecho monstruoso que tramaban hubiera requerido -¿no era el acto terrorista más siniestro de la historia?- para su ejecución una sangre fría y una audacia nada propias de ayudas de cámara.)

Apremios de la Internacional

Al salir de Ocaña, llegó a las J.O.N.S. la noticia de que la Internacional comunista, muy indignada por el asalto a los Amigos de Rusia, exigía una represalia inmediata y severa, con la amenaza, en otro caso, de cortar las subvenciones. Con este motivo, un grupo de comunistas anduvo algún tiempo tras de los dirigentes jonsistas, buscando ocasión de descargar sus pistolas, sin encontrar la ocasión, aunque sí muchas veces a los dirigentes.

La caja del Partido, vacía

El movimiento jonsista tenía entonces, y puede decirse que tuvo siempre, planteada una dificultad grave: su absoluta carencia de medios financieros. No se olvide su carácter de organización combativa, minoritaria, en la que, por tanto, sus ingresos de cuotas eran necesariamente muy reducidos. Además se advertía la necesidad de extender la propaganda, de que viajasen los dirigentes, de «equipar» los grupos, de crear, en lo posible, Prensa.

En tal situación, apenas salió del penal de Ocaña, hizo Ledesma un viaje a Bilbao y San Sebastián, donde tenía algunas amistades, que le conocían y estimaban desde la publicación de LA CONQUISTA DEL ESTADO. Allí pudo lograr de media docena de jóvenes de la alta burguesía que gestionaran algún auxilio económico para las J.O.N.S. Reunieron unas 10.000 pesetas, cifra no muy alta, pero que puso al Partido en franquía, le permitió tener un local amplio y aumentar enormemente el ritmo de la propaganda.

* * *

A fines de agosto fue Ledesma a San Sebastián, donde veraneaban los elementos que, fuera y alejados de las J.O.N.S., venían desde algunos meses antes tratando de organizar una fuerza fascista: Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Valdecasas. Tuvo con los tres una entrevista larga, a la que asistió también José María Areilza. (Un joven ingeniero bilbaíno, muy amigo de Ledesma, de gran sensibilidad nacional y capacidad política.)

Durante los meses anteriores, la relación de las J.O.N.S. con los proyectos de esos elementos a que nos referimos había sido muy escasa. Los jonsistas no creían en la seriedad de sus trabajos, ni les atribuían mucha importancia.

En esa entrevista de San Sebastián, Ledesma pudo apreciar que seguían dispuestos a organizar algo, y que desde luego estaban muy deseosos de contar con los jonsistas. Pero pudo también apreciar que se movían entre grandes vacilaciones, que sus planes eran cosa en exceso fría y calculada, y, sobre todo, que estaban decididos a no dar publicidad a sus propósitos hasta que no aconteciese la caída de Azaña. Ledesma se mostró con ellos quizá demasiado intransigente, encerrado en su trinchera de las J.O.N.S., y no volvió a verlos hasta pasados dos meses, ya celebrado el mitin de la Comedia.

Al regresar a Madrid, y en vísperas de reanudarse, después del verano, la acción política normal, los jonsistas se dispusieron a incrementar la extensión del Partido. En el mes de septiembre puede decirse que todos los focos de la organización estaban a punto para desarrollar una actividad intensa. Fue entonces cuando ingresó en las J.O.N.S. un grupo compacto de sindicalistas, desilusionados de la C.N.T. y deseosos de una disciplina nacional, de una bandera nacional-sindicalista.

La revista mensual duplicó su tirada y aparecieron en diversas provincias semanarios jonsistas, que divulgaban la doctrina de aquélla y contribuían a ensanchar la base del Partido ⁴.

En octubre, se produjo en la política nacional un hecho de suma trascendencia: la disolución de las Cortes Constituyentes. Se convocaron nuevas Cortes, y entró España, por tanto, en un apasionante período electoral, en el que nada tenían que hacer las J.O.N.S., tanto por su carácter de organización incipiente y juvenil, como por su despegue hacia la acción parlamentaria.

En las incidencias electorales, sin embargo, y en el interior de un salón donde se celebraba un mitin socialista, fue muerto un camarada, Ruiz de la Hermosa, jonsista de Daimiel. En esta ciudad manchega, y gracias a la actividad de los hermanos Galiana, dos jóvenes entusiastas, lectores antiguos de LA CONQUISTA DEL ESTADO, se había organizado un magnífico grupo de las J.O.N.S., luego, más tarde, desviado de un modo lamentable.

Las elecciones distrajerón la atención del país durante dos meses. En este tiempo, los jonsistas vigorizaron la cohesión de sus grupos, fortalecieron su disciplina y perfeccionaron su formación teórica.

Tarea y resultados de la revista JONS

La revista mensual *JONS* cumplía su misión orientadora de un modo magnífico. Su colección -se publicaron 11 números y duró año y medio, siendo suspendida gubernativamente dos o tres veces- es hoy la única referencia teórica y la única fuente donde aparecen explicadas las consignas del jonsismo.

Puede decirse que el movimiento jonsista salió íntegro de la revista. En ella surgieron tanto el vocabulario como las ideas, los gritos y la bandera que han sobrevivido a todas las peripecias internas del Partido, y que hoy constituyen la única sustancia sugestiva, fresca y nueva, incorporada por los grupos fascistas.

A pesar de su carácter mensual y teórico, cumplió también una misión de agitación, utilizando un estilo polémico, directo y combativo.

He aquí la presentación que hizo Ledesma, al frente de su primer número:

Las J.O.N.S. lanzan su revista teórica, es decir, sus razones polémicas frente a aquellas de que dispone y maneja el enemigo. El Partido dará así a la juventud nacional española una línea de firmeza inexpugnable. No sólo la consigna justa, la orden eficaz y el grito resonante, sino también las razones, el sistema y las ideas que consigan para nuestro movimiento, prestigio y profundidad. La revista *JONS* no será para el Partido un remanso, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y «razonable». No. La revista será justamente el laboratorio que proporcione al Partido la teoría revolucionaria que necesita. No hará, pues, un camarada nuestro el gesto más leve, la acción más sencilla, sin que sirva con rotundidad a una teoría revolucionaria, a unos perfiles implacables, que constituyen nuestra fe misma de españoles, nuestro sacrificio, nuestra entrega a la España nuestra.

Aquí aparecerán, pues, justificadas con cierta rigidez, con cierta dureza, las orientaciones del Partido. A ellas han de permanecer sujetos los propagandistas y los organizadores locales, que hoy piden al movimiento bases teóricas, doctrina jonsista. Porque las *Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista* no

⁴ *Libertad*, en Valladolid; *Revolución*, en Zaragoza; *Unidad*, en Santiago; *Patria sindicalista*, en Valencia.

disponen solo de un estilo vital, es decir, de un modo de ser activo, militante y revolucionario, que es el alma misma de las juventudes de esta época, sino que a la vez disponen de una doctrina, de una justificación, en el plano de los principios teóricos.

Ahora bien, ya tiene razón -sin más razones- nuestro movimiento cuando declara estar dispuesto a combatir violentamente a las fuerzas marxistas. Para hacer esto, basta permanecer fiel a algo que es anterior y primero que toda acción política, que toda idea y que toda manifestación: el culto de la Patria, la defensa de nuestra propia tierra, de nuestro ser más primario y elemental: nuestro ser de españoles. Quede esto dicho con claridad, en primera y única instancia: Para combatir al marxismo no hacen falta razones, mejor dicho, huelgan las razones.

Pero el movimiento J.O.N.S. es antimarxista y otras cosas también. Lo necesitamos todo. Pues las organizaciones que nos han antecedido de modo inmediato nos hacen entrega de una herencia exigua. Algún hombre aislado, de gran emoción nacional y de gran talla. Pero ningún lineamiento seguro, ningún asidero firme en que apoyarnos. Todo hemos de hacerlo y todo lo haremos. Buscando, frente a las ausencias inmediatas, las presencias lejanas, rotundas y luminosas del gran siglo imperial, y también de los años mismos en que aparecieron por vez primera nuestros haces, nuestras flechas enlazadas: la unidad nacional, la realidad histórica de España, los signos creadores y geniales de Isabel y de Fernando.

El movimiento de las J.O.N.S. es el clamor de las gentes de España por recuperar una Patria, por construir -o reconstruir- estrictamente una nación deshecha. Pero también la necesidad primaria del pueblo español en el orden diario, el imperativo de una economía, el logro de pan y justicia para nuestras masas, el optimismo nacional de los españoles.

En fin, camaradas, al frente de este primer número os pido fe en las J.O.N.S., fe en las consignas justas del Partido, fe en España y fe en el esfuerzo de juventud nacional. Pues con ese bagaje haremos la revolución y triunfaremos.

En la revista colaboran asiduamente, sobre temas doctrinales y tácticos, los camaradas más destacados. En ella aparecían también los manifiestos, circulares y noticiarios de la organización.

Ledesma desarrolla en sus artículos las consignas que luego servían para la propaganda y la actividad diaria del jonsismo. Así, por ejemplo, señaló y justificó como aspiración revolucionaria de éste la conquista de la Patria, el Pan y la Justicia. Y otra vez la de que «el jonsismo sitúa la lucha antimarxista, no en el plano de la reacción, sino en el de la rivalidad revolucionaria». Etcétera, etc.

Onésimo Redondo escribió unos trabajos luminosos sobre el problema histórico de España, la interpretación de Castilla y los posibles cimientos de una doctrina nacional.

Juan Aparicio hizo una amplia labor en la revista. Le corresponde por entero cuanto apareció en ella sobre la resucitación y la valoración del gran Imperio español del siglo XVI, la figura del César Carlos y los mitos fecundos de ese gran momento de España.

José María Areilza, a quien he citado ya en páginas anteriores, desarrolló bastante actividad, al lado de Ledesma, en los primeros florecimientos jonsistas. Escribió en *JONS* sobre nacional-sindicalismo y sobre la unidad nacional. Areilza no permaneció mucho tiempo en el hogar jonsista. Pues su condición social en Bilbao, su fidelidad monárquica y el gran prestigio que su juventud inteligente le proporcionó en Vizcaya lo han convertido en orientador y organizador de las fuerzas unitarias y patriotas a que dan vida en esa región extensos sectores de la alta burguesía vasca.

Otro frecuente colaborador era *Francisco Bravo*. Bravo es un periodista de Salamanca, al que su buen temperamento y su patriotismo habían apartado de viejos coqueteos con el marxismo. Coincidió con las J.O.N.S. en una aspiración cardinal: la de arrebatar al pseudorrevolucionarismo de las izquierdas la bandera catilina, subversiva y liberadora, poniéndola al servicio del pueblo y de la Patria; es decir, asentándola sobre los revolucionarios verdaderos. Bravo entendía con claridad esto, que, de otra parte, aparecía como aspiración estratégica jonsista desde los primeros manifiestos. Sus artículos, breves y esquemáticos, fustigaban la tendencia reaccionaria, que él veía o creía agazapada en algún grupo del Partido. (Esto no le impidió, al advenir mucho más tarde la crisis de tendencias, identificarse con la tendencia sectarista y reaccionaria.)

El camarada *Cordero* tenía a su cargo una sección de política internacional. Cordero es un joven irónico e inquieto, particularmente apto para los problemas internacionales, muy informado y desde luego provisto de una fidelísima emoción jonsista.

Montero Díaz, de quien hablaremos luego, publicó un eficazísimo alegato en pro de la unidad nacional, lo que, unido a su labor organizadora en Galicia, lo convirtió en uno de los jonsistas más prestigiosos.

También colaboraron: Giménez Caballero, Emiliano Aguado, García Blázquez, Salaya, Bedoya, etc.

La revista, que al principio, por las dificultades de recaudación de las ventas, era un sacrificio económico para el Partido, tenía a los pocos meses una caja propia, que le permitía satisfacer todos sus gastos. A ello contribuyó, sin embargo, la labor de José Ignacio Ramos, jonsista del primer cupo, que hizo un viaje de negocios a la

Argentina y trajo para la revista cerca de 1.500 pesetas en suscripciones protectoras, hechas por españoles residentes en Buenos Aires.

La revista *JONS* adquirió en el Partido un prestigio enorme. Siguió publicándose hasta después de la unificación con F. E., hasta agosto de 1934, y como no ha vuelto a salir revista alguna de su significación, es hoy la única fuente de doctrina y de explicación teórica con que cuentan las fuerzas llamadas fascistas en España.

Los focos de la organización jonsista

A fines de 1933, ya fundada Falange Española, tenían las J.O.N.S. en sus manos los resortes del sector juvenil más vivaz, más revolucionario y más patriota. Habían creado la bandera nacional-sindicalista, y las flechas yugadas sobre los estandartes rojo y negro constituían el orgullo de esa juventud, que veía todo eso como algo propio y suyo.

Pasemos brevemente revista a la situación y actividad de los focos del Partido hacia el mes de diciembre del año 1933, el año jonsista.

Madrid

En Madrid, según ya dijimos, entró en las J.O.N.S. un grupo de antiguos militantes de la C.N.T. Entre ellos, algunos significados, Sotomayor, Salaya, Olalla; otros de la base, combativos, como Pascual Llorente, que luego se distinguió por su jonsismo violento, siempre amigo y partidario de la trifulca armada. La sección madrileña había adquirido el aire y la solera propios de esta clase de movimientos. La formaban estudiantes inquietos y patriotas, sindicalistas deseosos de un orden nacional firme, pequeños burgueses y empleados con una esperanza española en el corazón y profundos afanes sociales de justicia.

El Triunvirato Ejecutivo Central publicó un manifiesto dirigido a los trabajadores, con las orientaciones sindicales jonsistas, que circuló mucho y fue comentadísimo entre los obreros. Su difusión la hicieron directamente los jonsistas en las obras, los talleres y las fábricas, a pesar de que por aquellos días estaba la clase obrera bastante soliviantada contra el fascismo, debido a las primeras intervenciones públicas de F.E.

Valladolid

En Valladolid la sección jonsista logró un amplio desarrollo y merecido prestigio entre los demás centros del Partido. Onésimo Redondo, después de catorce meses de exilio en Portugal, regresó a España en octubre, publicando de nuevo el semanario *Libertad* e incrementando de modo considerable la acción jonsista. Los afiliados eran en su mayor parte estudiantes de la Universidad y pequeños grupos de obreros huidos del marxismo. Además se extendían las J.O.N.S. por los pueblos de la provincia, en busca del pequeño labrador y de la emoción campesina de Castilla. Redondo tenía en Valladolid dos auxiliares magníficos: el estudiante Javier M. de Bedoya, buen periodista político y orador, y Gutiérrez Palma, proletario, de gran capacidad para la agitación y la lucha. La sección de Valladolid y su periódico *Libertad*, aun representando en el jonsismo una marcada tendencia hacia las formas del catolicismo político, prestaron grandes servicios al movimiento, logrando en Castilla adeptos fervorosos para la bandera nacional-sindicalista.

Barcelona

En Barcelona inició la propaganda jonsista un grupo de camaradas, modelo de disciplina, seriedad y preparación. Lo formaban Ildefonso Cebriano, José Maluquer, Berenguer, Poblador y Vegas, todos ellos antiguos lectores de *LA CONQUISTA DEL ESTADO*. En poco tiempo, y con la consigna acertada de combatir a los separatistas por burgueses y a los partidos burgueses por separatistas, lograron dar al grupo, a más de importancia numérica, personalidad política y prestigio.

Bilbao

En Bilbao, entre la tenaza del nacionalismo vasco y del marxismo, se formó un interesante núcleo jonsista, que dio en ocasiones prueba de combatividad y entusiasmo. Ledesma puso a su frente a Felipe Sanz, jonsista muy exaltado y, aunque no de mucha inteligencia, patriota y activo.

Zaragoza

En esta ciudad publicaban los jonsistas el semanario *Revolución*, y dirigidos por J. Casafranca, un muchacho de juventud increíble, hicieron con éxito las primeras propagandas.

Valencia

Las J.O.N.S. se extendieron con rapidez en Valencia, apenas llegaron los primeros manifiestos. Toda la ciudad mostraba en sus muros, a las pocas semanas, señales del entusiasmo y del fervor propagandístico de los jonsistas. Publicaron un periódico, *Patria Sindicalista*, que alcanzó justo prestigio en el Partido. Los trabajos jonsistas en Valencia fueron dirigidos por Maximiliano Lloret.

El jonsismo en Galicia. Montero Díaz

Montero Díaz comenzó a publicar en Galicia un periódico, *Unidad*, al objeto de obstruir el Estatuto autonómico que preparaba la confabulación gallega separatista-caciquil. Esa campaña, proseguida en discursos y conferencias, puso a Montero en plena movilización política, convirtiéndose pronto en el adalid de la juventud gallega patriota y nacional-sindicalista. Entonces ingresó en las J.O.N.S., y el Triunvirato Ejecutivo Central puso en sus manos la organización entera de Galicia.

Montero Díaz había sido comunista, si bien de un comunismo lleno de resonancias y apetencias nada bolcheviques. Cuando se publicaba LA CONQUISTA DEL ESTADO, Montero era comunista, creo que incluso afiliado en el partido y directivo de sus juventudes. Escribió una larga carta polémica a Ledesma, que éste publicó en el periódico, pues advirtió enseguida en ella la verdadera y profunda filiación de Montero Díaz, en quien la posición comunista obedecía a una sugestión falsa. La carta, bien escrita y combativa, denunciaba ya lo que en realidad era Montero y lo que le llevó más tarde a las J.O.N.S.: un patriota revolucionario, un subversivo contra el desorden nacional y la poquedad española, es decir, un nacional-sindicalista.

Se hizo cargo de la labor jonsista en Galicia, y muy pronto los grupos, que hasta entonces vivían desconectados y con poco aliento, se convirtieron en los más activos, disciplinados y entusiastas de España. Montero rigió las J.O.N.S. gallegas, hasta el momento mismo de la fusión con F. E. Ya hablaremos más adelante de su actitud con relación a esa fusión.

* * *

Las J.O.N.S., al terminar el año 1933, habían desarrollado en toda España una labor de presencia entre las juventudes, que colocaba a la organización en el plano de los mejores augurios para el porvenir.

Copiamos a continuación la circular de fin de año, representativa del espíritu y de la ambición nacional que en esa fecha dominaba a los jerarcas del Partido.

CAMARADAS: Al finalizar el año 1933, se presenta al Partido un panorama de nuevos esfuerzos y responsabilidades. Aunque las JUNTAS caminan con el ritmo de crecimiento que les presta su carácter de estar vinculadas a la ascensión histórica de las juventudes, urge hoy, sin embargo, acelerar las etapas y conseguir para en breve eficacias más rotundas. Han de ser las tareas jonsistas de 1934. Las J.O.N.S. disponen ya de todo lo necesario para convertirse en pocos meses en un amplísimo y poderoso movimiento nacional. Pues tenemos una doctrina, una red firme de juventudes a su servicio, una labor callada y lenta de organización, una experiencia magnífica a prueba de dificultades; y, sobre todo, la seguridad optimista de que sólo nosotros representamos el ansia voluntariosa de salvarse con que aparecen hoy equipadas las juventudes españolas.

En 1934 tienen que conseguir las J.O.N.S. uno de los objetivos más difíciles: hacer una brecha en el frente obrero marxista. Es decir, conseguir la colaboración, el apoyo y el entusiasmo de un gran sector de trabajadores. La ruta del Partido está suficientemente provista de espíritu social para que sea lícita, posible y cercana esa pretensión nuestra, que, por otra parte, resulta imprescindible a los propósitos jonsistas de movilizar masas nacionales.

Está, pues, bien clara la consigna para 1934: Pasar de los trabajos internos de organización a una realidad polémica al aire libre, superar la situación de pequeños núcleos entusiastas por la captación y conquista de cuadros numerosos.

Esperamos de todos los camaradas que prosigan con ardor su actuación jonsista, ateniéndose a las normas que siguen, únicas que pueden proporcionar al Partido la victoria que creemos corresponde en 1934:

1) Necesitamos que todos los militantes robustezcan su sentido de la acción. Pues no hemos nacido para una labor educativa y lenta, sino para realizaciones diarias. Y sólo presentando a los españoles un ejemplo de sacrificio, actividad y desinterés pueden conseguirse los éxitos que busca y necesita el Partido.

2) Las J.O.N.S. tienen que evitar que se adscriba su acción a una política de derechas o de izquierdas. Nos repugnan por igual quienes se sitúan en esas zonas, que viven a base de alimentar y fomentar la discordia española, desconociendo la urgencia de que en España no haya sino dos frentes de lucha: Primero, el de los que afirman su realidad como nación y tratan de servir esa realidad, uniendo su destino moral y económico al destino moral y económico de España. Y segundo, el de todos los que la niegan y se desentienden traidoramente de ella. Así de sencilla es la concepción jonsista, y a nadie está permitido complicar nuestra bandera con raíces o motivos diferentes. Las propagandas tienen, pues, que hacerse sin olvidar esa amplísima concepción nacional de las J.O.N.S., para que sólo los inconscientes o los traidores queden fuera de la órbita nacional del Partido.

3) Hay que dotar a las J.O.N.S. de una ancha base proletaria. Afirmamos que es un extraño a nuestra época quien crea lícito mantenerse contra la hostilidad de todos los trabajadores. Nadie confunda el jonsismo con una frívola y vana tarea de señoritos. Interpretamos profundamente una

posición social que se identifica en muchos aspectos con los intereses de la clase trabajadora, y por eso estamos seguros de que si nuestros camaradas propagandistas agitan con inteligencia y coraje la bandera jonsista entre los trabajadores obtendrán formidables eficacias. Para ello, para favorecer y orientar la propaganda en los sectores obreros, han lanzado a las J.O.N.S. el manifiesto a los trabajadores, donde aparecen las consignas justas que deben utilizarse.

4) La disciplina jonsista ha de ser, desde luego, ejemplar. Pero todo lo contrario, sin embargo, de una sumisión ciega que impida la fuerza creadora de las organizaciones. Dentro de las J.O.N.S. habrá grupos especiales -ya de hecho han comenzado a formarse las Patrullas de Asalto con un espíritu así-, donde la disciplina rígida y férrea exista. Pero el Partido, en esta etapa de crecimiento que se avecina, debe lanzarse con denuedo a la acción y a la propaganda, sin estar pendiente cada hora de la actitud de los dirigentes. Bien se nos entenderá esto que decimos. Hay, en los próximos meses, que actuar y que crecer, sea como sea.

5) No puede olvidarse la realidad española. El ochenta por ciento de nuestros compatriotas vive insatisfecho, postergado ilícitamente en sus pretensiones justas. Ello emana de la anarquizada vida moral y social en que se ha debatido España los últimos tiempos. Las J.O.N.S. deben y pueden ser el cauce único donde confluyan los esfuerzos de esos compatriotas por salvarse con dignidad y eficacia. La bandera jonsista puede ofrecer a los desasistidos injustamente, a los lícitamente insatisfechos, a los postergados por los privilegios abusivos de una minoría rapaz e inepta, un cobijo salvador, una victoria común. He ahí el camino y los objetivos inmediatos de la propaganda. ¡Todos a salvarse con y por España!

¡VIVA EL NACIONAL-SINDICALISMO! ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA LA REVOLUCION JONSISTA!

No obstante, ya se había producido un hecho, la fundación de Falange Española, que provocó una situación radicalmente decisiva en la ruta jonsista.

4. Falange Española. Su nacimiento y sus primeros pasos

El mitin de la Comedia | Falange Española | Desaparece Valdecasas | Rasgos de la nueva organización | El marxismo se da por enterado | La violencia de los rojos | Agentes de Monipodio en el fascismo | Los colaboradores directos | Militantes jóvenes | La publicación del semanario F.E.

El mitin de la Comedia

El día 29 de octubre de 1933 celebraron un mitin en el teatro de la Comedia, de Madrid, Valdecasas, Ruiz de Alda y Primo de Rivera. Hacía ya dos meses que había caído el Gobierno Azaña, bajo cuyo mando ese mitin no hubiera podido celebrarse. Pero en esa fecha ya estaba el país en pleno período electoral, y el Gobierno de Martínez Barrios se disponía a asistir con buenos ojos a la debilitación del marxismo.

El mitin de la Comedia fue radiado a toda España, y además muy protegido por la fuerza pública. Esto originó que Giménez Caballero, hombre alerta, aunque quizá marre algunas veces la mirada, extendiese la creencia de que la masonería —entonces en el Poder—no sólo favorecería el mitin a que aludimos, sino que además, merced a una amplia intriga, se disponía a controlar el movimiento fascista que de él había de derivarse. El juicio era desde luego temerario, y en opinión nuestra desprovisto de veracidad.

La expectación producida en torno al mitin era en su inmensa mayoría procedente de las zonas derechistas y reaccionarias del país. Algún que otro grupo de muchachos sintió quizá curiosidad, pero el grueso del ambiente que se movilizó, y que se dispuso, una vez celebrado, a adherirse a la nueva bandera, estaba constituido por sectores nada virginales en la política nacional.

La revista teórica de los monárquicos, *Acción Española*, publicó llena de alborozo el discurso íntegro de Primo de Rivera. *La Nación*, antiguo órgano de la Dictadura, dedicó medio número al mitin, publicó los textos taquigráficos de los discursos y, en su editorial de primera plana, señaló el acontecimiento como uno de los tres de más importancia nacional que cabía destacar en el presente siglo. Los otros dos, según el periódico, habían sido: uno, la presencia de Maura en la política española; otro, la dictadura del General Primo de Rivera, padre del nuevo protagonista.

Como se ve, las derechas, en su más extrema representación, se adscribieron al mitin, desde luego sin violentar mucho los textos. Y los oradores, Valdecasas, Ruiz de Alda y Primo de Rivera, no le pusieron a esa adscripción reparo alguno visible. Año y medio después han sobrevenido las rectificaciones, la de las derechas, no sintiéndose representadas por el fascismo de Primo de Rivera, calificándolo de movimiento enteco y sin brío, y la de Primo de Rivera no aceptando como única la filiación derechista.

Falange Española

A los pocos días del mitin anunciaron sus organizadores la fundación de F.E., Falange Española. Fácilmente se advierte en esta denominación el deseo de no abandonar las iniciales F.E., que desde meses antes, como iniciales de Fascismo Español, venían ya utilizando en sus hojas de propaganda.

A Falange Española llegó en las primeras semanas una verdadera avalancha de adhesiones. Renació el entusiasmo de los viejos grupos upetistas que se conservaban fieles a la memoria del General, de todos los añorantes de la Dictadura, de un cierto sector de señoritos muy ricos, de los militares en retiro por la ley Azaña, de los terratenientes de las provincias, etc., etc. No vacilamos en afirmar que la gran masa adherida en los primeros días a Falange era en gran parte mercancía política averiadísima, sin capacidad ni brío para poner sobre sus hombros una empresa como aquella con que soñaban, sin duda, los fundadores.

Tan sólo un grupo de estudiantes, de jóvenes, ingreso en F.E. con propósitos de acción eficaz y verdadera. Ellos, realmente, dieron al movimiento la poca o mucha savia de que dispuso en los primeros meses, y de ellos salió, asimismo, la lista de los primeros mártires.

En aquella fecha, recién salida España, como hemos dicho, de la experiencia azañista, los iniciadores de un movimiento abierto y descaradamente fascista tenían garantizada una inmediata repercusión en el país. Sobre todo si, como en este caso del mitin de la Comedia acontecía, esos iniciadores disponían asimismo de una plataforma resonante. Pues los españoles, quizá por nuestro despego o incapacidad para la tarea crítica, no fijamos realmente la atención, sino en lo que aparece ante nosotros provisto de algún abalorio especial que lo resalte. Actitud de papanatas, de perezosos.

Los tres fundadores de F.E. disponían de ese ingrediente favorable, de esa plataforma adecuada para que los españoles fascitizantes se sintiesen convocados por ellos desde el primer minuto. Valdecasas había sido diputado en las Constituyentes, y tenía, pues, tanto el interés de ser en algún aspecto protagonista del período

abrilero —en los primeros meses de la República desempeñó un alto cargo— como el de ofrecer un nombre de intelectual joven, de universitario y profesor. Ruiz de Alda era el héroe popular del vuelo a América, el hombre, además, a quien rodeaba un rumor público de intrepidez, serenidad y altas cualidades organizadoras. Por último, Primo de Rivera arrastraba esa curiosidad del hijo de un personaje histórico, tan cercano y visible como el General, su padre.

No es ningún secreto, y aquí lo reseñamos con veracidad comprobada, que al dirigirse al mitin ninguno de los tres dejaba voluntariamente el paso a los otros dos. Pero en el mitin destacó considerablemente el discurso de Primo, que dio tono al acto, e incluso en algún aspecto lo salvó de que hubiese resultado un acto político fallido.

Desaparece Valdecasas

A los quince días escasos, Valdecasas, obedeciendo nadie sabe a qué motivos, desapareció de la órbita de F.E. sin dejar rastro. Parece que hizo un gran matrimonio con una marquesa y, dejando a un lado sus propósitos de salvación nacional, estiró su luna de miel por el extranjero durante más de seis meses. Fue, desde luego, un percance para F.E., porque Valdecasas tiene un talento claro y eficaz, ingrediente del que no anduvo nunca muy sobrada la organización fascista.

Quedaron, pues, como dirigentes únicos Ruiz de Alda y Primo de Rivera. En torno a ellos mariposeaba como consejero, como teórico o como proveedor de retórica, el escritor Sánchez Mazas, y se mantenía más a distancia, aunque les mostrase públicamente su adhesión, Giménez Caballero.

Rasgos de la nueva organización

En la fundación de Falange Española hay que tener muy en cuenta dos características, que influyeron decisivamente en su futuro inmediato.

Y son:

Una, que apareció desde el primer día como un movimiento de inspiración mimética, descaradamente fascista; es decir, como la organización que se proponía, sin más, conseguir en España una victoria análoga a las de Italia y Alemania. Ello suponía, pues, como primer objetivo el machacar a las organizaciones marxistas; el dar en realidad la batalla al partido socialista en el plano de la violencia. No se olvide que José Antonio habló en su discurso de «una dialéctica de los puños y las pistolas», y Ruiz de Alda expresó su juicio de que considerarían a los marxistas «como a enemigos en pie de guerra».

Otra, que al nacer vinculada a esas dos figuras, no era dable pensar que se tratase de un juego infantil, sino que sus propósitos serían en efecto esos, provistos para ello de medios financieros considerables y dispuestos a victorias de signo rápido.

Esas dos características, y la réplica que se les dio por el marxismo proporcionaron a F.E. los primeros percances graves. Situándola, incluso, en trance de perecer, apenas nacida.

Ocurrió que la presencia de F.E. se hizo con excesivos optimismos y gesticulaciones. Hay que ser más parvos en el vocabulario de la violencia, sobre todo cuando no se puede dar cumplimiento a sus frases, o cuando hay la casi seguridad de que el enemigo las va a creer al pie de la letra.

En efecto, ambas circunstancias se daban en este caso. Pues ni F.E. ni nadie puede desarrollar, a los ocho días de nacer, una fuerte acción, máxime cuando los propósitos y las preocupaciones primeras de los organizadores consistían no en dar vida a una facción minoritaria y violenta, sino en la adhesión de grandes masas. Y de otra parte, los marxistas creyeron al pie de la letra todas las amenazas, veladas o expresas, que la nueva organización les lanzaba al rostro.

El marxismo se da por enterado

La victoria de Hitler en Alemania llevó al ánimo de los socialistas la necesidad de defenderse contra el fascismo. Pues aquel hecho suponía el derrocamiento absoluto de la sección más firme y segura con que contaba la II Internacional: La social-democracia alemana.

En la reunión de la Internacional que examinó la derrota de los marxistas germanos, fueron aprobadas unas cuantas consignas para los países donde el fascismo no tuviese aun incremento. Por ejemplo, España. Nuestro país, además, desde la proclamación de la República y la participación socialista en el Gobierno, ascendió en el seno de la II Internacional a un plano de primera preocupación.

Las consignas a que nos referimos pueden resumirse en esta frase: «En los países donde aún no esté organizado el fascismo, debe cortársele de raíz en su período inicial, en sus primeros pasos.»

El nacimiento de F.E. aconteció, además, recién celebradas las elecciones, en las que el marxismo sufrió su primer percance por el flanco parlamentario, lo que vino a constituir un motivo más de irritación.

La táctica contra F.E. siguió dos veredas: Una, el asesinato de militantes suyos, por el solo hecho de serlo. Otra, el recrudecimiento de una campaña antifascista, el conseguir llevar a la conciencia de las masas la creencia de que el fascismo significa el aplastamiento de los obreros por una tiranía de señoritos ricos, que organizan bandas armadas al servicio de los explotadores. Esta campaña hizo entre las masas el efecto que apetecían los dirigentes marxistas, y les favorecía mucho para ello que F.E. naciese bajo la advocación de Primo de Rivera, de José Antonio, cuya personalidad llegaba a las capas populares como típicamente representativa del señorito rico, heredero y tiránico, opinión que aceptaba luego, sin crítica, toda la ancha zona de las clases medias, lo que era aún más grave.

Falange Española, a los dos meses escasos de surgir, se encontró en una encrucijada. Cosa, por otra parte, bien previsible.

Tuvo que asistir, semana tras semana, al espectáculo de ver cómo caían asesinados en las calles militantes suyos; y ello, sin poder luchar eficazmente contra las bandas ejecutoras. Se vio envuelta, además, en el peligro de no poder elegir su propia táctica, es decir, en este absurdo dilema: O seguir la propia del enemigo, derivando la lucha armada a una contienda criminal, a base de la caza pistolera del hombre, lo que era gravísimo, infecundo y peligroso. O, si no, seguir sufriendo con impavidez el plomo marxista, lo que ofrecía el riesgo de convertirse en un movimiento bobalicón e inane, en un fascismo de burla, en un «franciscanismo», como en tal coyuntura, antes incluso de que se repitiesen los asesinatos, lo denominó en *ABC*, con gracia roedora, el día 18 de noviembre, el escritor Fernández Flórez.

La violencia de los rojos

La ofensiva se desencadenó con motivo de la aparición del semanario *F.E.* Los quioscos públicos y los vendedores profesionales se negaron a intervenir en su difusión, teniendo, pues, que realizar la venta los propios militantes del partido. Ahí estaba, por tanto, la ocasión semanal que necesitaban los rojos para organizar en las calles el paqueo artero contra las huestes fascistas.

He aquí, escuetamente, los primeros resultados:

El día 11 de enero fue muerto a tiros, en la calle de Alcalá, el joven Francisco Sampol, que terminaba de adquirir el periódico.

Días antes había sido herido gravísimamente, en Zaragoza, el estudiante Baselga, afiliado a F.E.

El día 27 de enero fue muerto, asimismo a tiros, en la calle del Clavel, el capataz de venta del semanario *F.E.*, Vicente Pérez.

El día 3 de febrero, en la Gran Vía, resultaron heridos de bala dos estudiantes de F.E. que vendían el periódico.

El día 9 fue asesinado a tiros, por la espalda, el joven Matías Montero, uno de los estudiantes más activos y fervorosos de que disponía Falange Española. Regresaba a su casa, después de haber intervenido en la venta del semanario.

Hay que advertir que esas violencias no tenían sentido alguno de represalia. Pues, en ese tiempo, F.E. no dio ocasión para ello. Poner una bandera con el grito de «¡Viva el Fascio!» —grito, digamos de paso, horrible e insoportable en una voz nacional española— y romper unos muebles de la FUE en la Universidad, aun resultando herido en la colisión un fueísta, no disminuyen un ápice la categoría de los crímenes mencionados.

Júzguese la situación de ánimo que correspondería, tanto a los dirigentes como a los afiliados de una organización batida de ese modo por la violencia enemiga, e imposibilitada de tomar medidas reparadoras y eficaces.

Algunos publicistas de las derechas comenzaron entonces a insinuar sus críticas, con ironía excesivamente severa. La misma mañana del día en que fue enterrado el joven Montero, un colaborador de *ABC*, comentando la actuación de Falange, escribía: «...la opinión pública esperaba algo más que la *enérgica protesta* de rigor en los periódicos; unas represalias inmediatas... y nada.» Luego añadía que un fascismo así no era más que literatura, sin que constituyese «riesgo alguno para los adversarios».

Primo de Rivera, en su breve discurso del cementerio, contestó dolidamente esas críticas, entre otras, con esta frase: «Es muy fácil aconsejar.»

A su vez, el mismo colaborador de *ABC* escribía el día 13, contestando a ese discurso, unos renglones, no exentos de dureza polémica: «...mi asombro, que en eso coincide con el de muchas gentes, al ver la indefensión en que F.E. deja a sus animosas juventudes.»

El ambiente se enrareció un tanto en torno a F.E.⁵, y en esa coyuntura, la organización fijó su táctica en una nota publicada por la Prensa, a la que pertenece este párrafo:

Por otra parte, Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes, ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba.

Esas primeras violencias contra F.E. procedían del campo socialista, siendo incubadas y preparadas en sus Juventudes, que de este modo, diez meses antes de la revolución de octubre, comenzaron a presumir de capacidad para la lucha armada. Nada más falso, sin embargo, que creer en la intervención directa de las Juventudes socialistas como ejecutoras de esa violencia. No. Se limitaban a sostener una banda, cuyos componentes no eran generalmente miembros de ellas. El asesino de Montero, al que se le encontró correspondencia sostenida con el presidente de la juventud socialista madrileña, pertenecía a ese género de extremistas que perciben sueldo por sus intervenciones.

* * *

La realidad, un tanto adversa, que se atravesaba en el camino de F.E., originó las primeras discrepancias entre sus dirigentes, Ruiz de Alda y Primo de Rivera. Este declaraba, confidencialmente, que la fundación de F.E., como organización concreta y visible, había sido un gran error, y que con arreglo a la situación española, lo más oportuno era haber continuado la propaganda después del mitin de la Comedia, con análogo sentido generalizador y abstracto. La tarea de hacer organización, de crear una disciplina política, quedaría para más tarde.

Ruiz de Alda, por el contrario, defendía el hecho de haber procedido, inmediatamente después del mitin, a la fundación de Falange, creyéndolo eficazísimo para recoger, preparar y encuadrar con rapidez las adhesiones numerosas que llegaban. Se mostraba, pues, conforme con la creación de F.E., y en la medida que lo permitían su no mucha experiencia política y su capacidad para estas actividades, procuraba ir haciendo cara, con buen ánimo, a todos los conflictos.

Ruiz de Alda presentaba, en apoyo de su opinión, la realidad diaria del enorme volumen de altas en el partido. Primo señalaba, en apoyo de la suya, la impotencia frente a los asesinatos y la organización confusoria a que obligaba la aglomeración misma de militantes.

Pues no se olvide que las adhesiones primeras que en número considerable llegaron a Falange, no lo eran a ésta como tal, sino que eran adhesiones al fascismo, que en aquel año, 1933, interesaba en España a grandes zonas de opinión. Ahora bien, el fascismo era interpretado por cada uno con arreglo a su propio criterio, resultando así que se afiliaban e inscribían en F.E., influyendo en ella desde el primer día, sobre todo en las provincias, gentes con una rudimentaria y falsísima idea de los objetivos que perseguían los fundadores.

Claro que ello era una consecuencia obligada de la forma en que se hizo la propaganda, así como del perfil externo que adoptó la nueva organización. En un todo se sujetaba al molde fascista italiano. En un todo aparecía como inspirada y dependiente de sus ideas, objetivos y estilos.

Falange Española llegó incluso a redactar una especie de cartilla, algo así como las primeras verdades reveladas del fascismo, en estilo seco, intelectual y frío. Esa cartilla se titulaba *Puntos iniciales*, y se difundió mucho por toda España.

Aparte de las ideas, el ritual y el marchamo fascista (ya en cierto modo internacionalizado), F.E. no lograba incorporar apenas nada nacional y sugestivo. Ni bandera, ni vocabulario, ni agitación profunda en torno a angustias verdaderas de los españoles. (De todo eso se proveyó tres meses más tarde, al unificarse con las J.O.N.S., el movimiento nacional-sindicalista de las flechas yugadas, al que sostenía un mito juvenil brioso y una inquietud social fecundísima.)

Primo de Rivera y Ruiz de Alda tenían, entonces, la confianza de las derechas, sobre todo de los monárquicos. Ya hicimos notar el éxito que en esos sectores tuvo el discurso de Primo en el teatro de la Comedia. Ellos financiaron los primeros meses de F.E. con unas cien mil pesetas. Se comprende que fuese así, porque los monárquicos estaban convencidos de que sin el auxilio de alguna otra idea que la monárquica, capaz de arrastrar multitudes, les sería difícilísimo reforzar sus posiciones. Esa era, desde luego, una observación inteligente; y la estrategia de interferir con los movimientos fascistas, en absoluto favorable para sus intereses.

Agentes de Monipodio en el fascismo

Los jefes de F.E. se encontraron no sólo con las dificultades de la realidad exterior, sino también con otras de distinto linaje; es decir, interiores. Señalemos dos de ellas: una, la ausencia de colaboradores eficaces; otra, que en torno a la alta dirección, excesivamente candorosa e inexperta, se formó una red invisible de agentes de Monipodio, encargados de la invariable faena de absorber los fondos especiales del nuevo partido.

⁵ La chirle tendencia madrileña al ingenio fácil hizo circular por entonces, con evidente mal gusto, que esas iniciales correspondían al rótulo Funeraria Española.

Esto último es grave, pero exacto. Se comprende con suma facilidad que una organización como F.E. no nació precisamente sin pañales, y que no conoció escasez alguna económica en sus primeros tiempos. Pues bien, se comprende, con la misma evidencia, que son muchas las cosas de que una organización así necesita proveerse con rapidez. Desde materiales de oficina hasta los instrumentos ofensivos y defensivos propios de su sexo.

A espaldas de Ruiz de Alda y Primo de Rivera, la red de proveedores monopodistas, adoptando las más varias formas, triunfó en su empeño de reducir la potencia económica de F.E. por bajo del cero. Hubo observador cercano que afirma que esa red tenía entre sí una organización perfecta, y que actuaba con arreglo a un plan de unidad.

Los colaboradores directos

Los seis u ocho militantes que ocupaban los cargos de inmediata confianza de los dirigentes, eran de un nivel deficientísimo. Señalemos aquí unos ejemplos, en rápida ojeada de *cinema*:

El señor ALVARGONZÁLEZ, militar retirado por la ley Azaña, tenía, además de un apellido romancesco, una barriga considerable y una manía aún más voluminosa que su vientre: la manía de escribir, sin ton, ni son, ni límite. Atrapó un cargo de los de más relieve, con una denominación que era la envidia de los otros altos dignatarios: Jefe de provincias. Toda España era, pues, su ínsula Barataria, que gobernaba sentado a una formidable mesa, con cubierta de cristal, y un gran mapa de la Península extendido entre el cristal y la mesa. El partido le proporcionó, para el desempeño de su alta misión, que consistía en llevar la correspondencia y orientar los grupos provinciales que se iban formando, una mecanógrafa, lo que colmó la satisfacción de Alvargonzález, ya que éste se sentía el hombre más feliz del mundo al poder contestar cada día 50 cartas, de a pliego y medio cada una. Júzguese el resultado de su literatura castelarina, ampulosa, adobada con su mentalidad del siglo XIX, reaccionario y de poquísimas luces, al ser, como era, el orientador de toda la organización de las provincias. Ruiz de Alda descubrió pronto sus manías, pero Alvargonzález era fidelísimo de Primo de Rivera, como lo había sido también del padre, del general, y además tenía otra condición favorable, la de que no era gravoso, pues sus buenas rentas le permitían dedicar gratuitamente diez horas diarias a la correspondencia del partido.

Otro alto colaborador era el señor TARDUCHY, también antiguo hombre de confianza del padre de José Antonio, y que, como Alvargonzález, se distinguía por su devoción al hijo del General. Tarduchy desempeñaba funciones de gran misterio, y escudado en las características delicadas del sector social que tenía a su cargo, mostraba una cautela tan exagerada al dar cuenta de sus trabajos, que, con razón, los dirigentes calibraban éstos como casi nulos. El señor Tarduchy, pequeñito y canoso, era en F.E. otro representante del pasadismo primorriverista, ortodoxamente fiel a la memoria de la Dictadura.

F.E. organizó desde el primer momento unas milicias. Su jefe era ARREDONDO, comandante del ejército y también retirado por la ley Azaña. Este hombre no tenía la más leve idea de su misión. Pues el primer problema, el fundamental problema que se le plantea a un organizador de milicias políticas, es el de hacer de un simple afiliado, de un adherido a una idea política, un verdadero militante, un combativo, un soldado de la revolución a que su partido aspire. Arredondo, con todo su buen propósito, no advirtió esto nunca. Creía que el partido, F.E., le entregaba ya soldados, y que él, como si aún mandase unas compañías en el ejército, no tenía que hacer sino dirigirlos y mantener su disciplina.

No hay necesidad de seguir con más ejemplos. Los primeros meses de F.E. tuvieron ese signo, de organización llena de residuos, de gentes maduras, antijuveniles y añorantes.

Militantes jóvenes

Los mejores militantes de F.E. en su primera hora estaban en el grupo estudiantil, en la juventud universitaria. Seis u ocho de ellos eran y son muchachos fervorosos, eficaces y dinámicos. Crearon una organización universitaria, afecta a F.E., el S.E.U., que aún subsiste. Citemos aquí a Valdés, organizador del S.E.U. Guitarte, antiguo comunista y revolucionario, de buen temperamento y capacidad para la violencia. Aguilar, organizador de las primeras escuadras juveniles de F.E. Allanegui, joven arquitecto, con la fina intuición nacional del aragonés, y bien penetrado del norte revolucionario del partido. También Matías Montero, entre todos ellos el de inquietud histórica más sensible, muy joven, y como ya vimos, uno de los primeros mártires. Desde luego, sólo este grupo universitario tenía en F.E. el sentido histórico que correspondía, o que debía corresponder, al movimiento: el sentido revolucionario, social, antiburgués. Por eso, el patriotismo subversivo de los jonsistas, que tanto repugnaría más tarde al enorme sector reaccionario y upetista de F.E., encontró, sin embargo, en el grupo universitario de Falange la comprensión y estimación propias de camaradas de igual signo.

La publicación del semanario F.E.

Uno de los mayores errores de F.E. en su primera época fue la publicación del semanario. Cuando sectores extensos de España esperaban que el periódico de Falange los orientase políticamente con consignas eficaces y certeras, se encontraba todo el mundo con un semanario retórico, relamido, en el que se advertía el sumo propósito de conseguir una sintaxis académica y cierto rango intelectual. El movimiento perdió en aquellos meses una de sus mejores oportunidades de penetrar, de un modo profundo y fértil, en zonas amplias de la ciudad y del campo.

Resultaba absurdo y triste percibir la gran difusión del periódico, cómo era esperado por las masas y cómo circulaba en los pueblos españoles, para darse cuenta del tremendo error que suponía redactar en tales condiciones una revista de pulcritud literaria, en la que se hablaba de Roma, de Platón, y se abordaba la política con mentalidad, estilo y retórica de aficionados a las letras.

El semanario *F.E.* lo controlaba personalmente Primo de Rivera, que imponía esas características. Su razón fundamental para ello era que por ningún concepto quería que nadie lo presentase como dirigente de un movimiento sin doctrina, seriedad y pulcritud. Que nadie creyese que con él se repetía el ensayo mostrenco de Albiñana. Y, sobre todo, pesaba en el ánimo de José Antonio una preocupación que lo acompaña constantemente, y es piedra crucial de su juicio sobre la dictadura de su padre: el afán de contar con los intelectuales, de halagarlos y apoyarse en ellos. (Preocupación errónea, porque el verdadero creador político — ejemplo histórico, Napoléon, y ejemplo actual, Mussolini— tiene siempre y encuentra siempre la constelación de intelectuales, cuya misión no es de vanguardia, sino de retaguardia, justificando con retórica y conceptos lógicos los triunfos *activos* del político.)

Pero, en fin, esa preocupación de Primo de Rivera puede ser, en cierto modo, respetable, si bien le desorbitaba en absoluto la misión del periódico.

En aquellos momentos, y puede decirse que en todos mientras el período de lucha exista, F.E., como cualquier movimiento revolucionario, necesitaba, más que un periódico de educación, de formación y de aprendizaje (cosas propias de una revista teórica), un periódico de agitación, un periódico combatiente. A Primo le asustaban estas últimas características, porque creía que agitar y combatir equivalía por fuerza a la campaña violenta, personal e injuriosa contra este o aquel político. Ello le irritaba. Pero es que un periódico de agitación y de combate no tiene, necesariamente, que ser un libelo, ni proyectarse sobre éstas o aquellas personas. Su papel propio, y más teniendo y disponiendo de una organización seria a su espalda, consiste en destacar de la realidad diaria los motivos de agitación eficaz, para robustecer y vigorizar sus propias líneas.

* * *

Como se ve, el panorama que ofrecía F.E. en el momento de su unificación con las J.O.N.S., hecho ocurrido a mediados de febrero de 1934, a los tres meses de existir, tenía, junto a algunas dimensiones valiosas, fallos y defectos de volumen enorme.

Y entramos en el nuevo período de las organizaciones, que se abre con la unificación de F.E. y de las J.O.N.S.

5. Las J.O.N.S. y Falange Española se unifican

Después de perfilados en las páginas anteriores los contornos de ambas organizaciones, extrañará a muchos que pudiesen llegar a un acuerdo de fusión.

Las J.O.N.S. habían levantado y creado una bandera, el nacional-sindicalismo. Habían descubierto y adoptado los símbolos históricos, las flechas yugadas, y manejaban un vocabulario antiburgués, un patriotismo social.

F.E., en tanto, vacilaba en sus nortes, influida en gran parte por la tradición política reaccionaria de la mayoría de sus militantes, influida también por el apellido de su dirigente más destacado, Primo de Rivera, que, naturalmente, enlazaba a la organización de modo automático con el período de la Dictadura.

Sin embargo, la unificación se hizo, aunque no sin vencer dificultades, y en realidad había muchas razones objetivas en favor de ella. En primer lugar, los enormes defectos que se advertían en F.E. eran, quizá, de signo transitorio, podrían ser anulados y vencidos. En cuanto a aquella masa de aluvión, carecía de vigor y de una conciencia histórica unida, por lo que no había de resultar difícil desplazarla de las zonas de dirección. De otra parte, las J.O.N.S., manejando la resonante plataforma de F.E., podían conseguir con relativa facilidad la popularización de sus consignas.

No se olvide que la fundación de F.E., acaecida, como se sabe, cuando las J.O.N.S. comenzaban a ganar popularidad y prestigio, polarizó la atención del país hacia ella como organización del fascismo. Más tarde, los incidentes repetidos en la calle con motivo de la venta del semanario y los asesinatos a que ya nos hemos referido, contribuyeron a mantener en torno a F.E. la expectación, viéndose, en cambio, las J.O.N.S. un tanto desplazadas y luego paralizado su avance.

Aun así, los jonsistas no vacilaron, siguiendo fieles a su bandera; pero el ingreso de nuevos militantes, la ruta ascensional de las J.O.N.S., encalló visiblemente a raíz de la fundación de F.E. Claro que ello podía ser, y lo era sin duda, un fenómeno transitorio, que se da con frecuencia en todas las organizaciones políticas ante la novedad de grupos afines. Y que desaparecería en cuanto pasasen dos o tres meses, al tropezar F.E. con las primeras dificultades. Pero de otra parte, los dirigentes jonsistas sabían que Primo de Rivera y Ruiz de Alda deseaban la unificación y mostraban una marcada tendencia a favorecer las consignas jonsistas, que podrían así imponerse y ser adoptadas por todo el movimiento.

En efecto, Ruiz de Alda, joven, de gran sentido popular, podía sin violencia alguna mostrarse conforme con el nacional-sindicalismo jonsista. Y Primo de Rivera, desde los tiempos inmediatamente postdictatoriales de sus propagandas ultraderechistas de la Unión monárquica, en 1930-31, venía evolucionando cada día más hacia una interpretación revolucionaria del fascismo, que facilitaba la inteligencia con las J.O.N.S.

Los días 11 y 12 de febrero de 1934 se reunió en Madrid el Consejo Nacional jonsista. Entre los temas a tratar figuraba éste: Actitud de las J.O.N.S. ante el grupo F.E.

En aquellos días, con motivo de un registro policíaco en el local jonsista de la calle de los Caños, en el que se habían encontrado unas pistolas, no fue autorizada la celebración del Consejo; y, además, se dictó, por la Dirección de Seguridad, orden de detención contra Ramiro Ledesma, que había de presidirlo.

El Consejo se reunió, clandestinamente, en el despacho de un militante, en un ático de la Gran Vía. Lo componían: Gutiérrez Ortega (Granada), Sanz (Bilbao), Montero Díaz (Galicia), Onésimo Redondo (Valladolid), Bedoya (ídem), Candial (Zaragoza), Oliva (Zafra), Cebriano (Barcelona), Lloret (Valencia) y Juan Aparicio, Sotomayor, Giménez Caballero, Guerrero y Aguado (Madrid).

En relación a la táctica con F.E. fueron examinadas dos tendencias. Una sostenía la necesidad «de que las J.O.N.S. afirmen su desconfianza ante ese grupo, declarando a sus dirigentes y a las fuerzas sobre que apoyan sus primeros pasos como los menos adecuados para articular en España un movimiento de firme contenido nacional y sindicalista». La otra estimaba «que el movimiento F.E. encierra algunas calidades valiosas y que sus dirigentes pueden, sin dificultad, interpretar una actitud nacional-sindicalista. Apreciamos, sin embargo, en su táctica y actuación anterior graves errores, que pueden ser corregidos, y, desde luego, creemos que las J.O.N.S., antes de denunciarlos y combatirlos, deben intentar influir en aquellos medios para lograr su rectificación posible. A este efecto, defendemos que las J.O.N.S. deben invitar solemne y cordialmente a F.E. a que se desplace de sus posiciones rígidas, situándose en un terreno nuevo, donde resulte posible la confluencia, unificación y fusión de ambos movimientos. Y si fracasa la invitación a que aludimos, creemos corresponde apoyar y aprobar la primera tendencia».

Triunfó la segunda por mayoría de opiniones. En el acto, se invitó a Ruiz de Alda y a Primo de Rivera para que, si lo creían oportuno, aclarasen ante el Consejo la posición de F.E., en relación a varios extremos de doctrina y de táctica. Y una vez perfiladas y aceptadas las bases del acuerdo, procedieron a firmarlo, Primo de Rivera por Falange Española, y Ramiro Ledesma, por las J.O.N.S.

Este hecho fue luego muy discutido entre los jonsistas. Los militantes de F.E. lo acogieron de muy distinta manera, según los sectores. El sector anciano, tradicional y upetista, con profundo recelo, pues consideraba a los jonsistas elementos «petroleros» y subversivos, hombres peligrosos. En cambio, la mayoría de los jóvenes de Falange, recibieron la unificación con profunda alegría.

El calificado jonsista Montero Díaz discrepó del acuerdo, dimitió sus cargos y se dio de baja en la organización, baja que reservó Ledesma concediéndole unas vacaciones. Ofrecemos aquí prueba documental de su actitud, mediante una carta suya dirigida a Ledesma, y en circular, a los camaradas de sus secciones gallegas:

Querido camarada Ledesma: *Las J.O.N.S. no se desvían*, decían los números 5 y 6 de nuestra revista, refiriéndose a F.E.

Y cuando ingresé en las J.O.N.S., llevando un compacto grupo de militantes conmigo, hice de esta plataforma una consigna. Manteníamos el sentido patriota y revolucionario de las J.O.N.S. como nuestra bandera de combate más diáfana.

Llegó el Consejo Nacional, al que no pude asistir. Ya conoces la opinión que os remití. Centuplicar nuestras actividades, aclarar nuestra actitud; no fundirnos con un movimiento cuyas *limitaciones derechistas* eran bien patentes.

Y las J.O.N.S. se desviaron.

Yo, por la campaña que hice en toda Galicia contra la F.E., basándose en aquellas circulares vuestras; porque sé que, a pesar de todas las declaraciones verbalistas en contrario, las gentes, el contenido y las maneras políticas de la Falange están en abierta oposición a la revolución nacional, y siguen estándolo, me encuentro totalmente desplazado dentro de un movimiento que quiere unir dos tendencias en realidad tan distintas como las primitivas J.O.N.S. y la Falange.

Y los revolucionarios de envergadura española os sentiréis también desplazados muy pronto.

Aquella campaña mía me inutiliza en Galicia para militar bajo la doble advocación de F.E. de las J.O.N.S., cuya irreductibilidad mantuve a capa y espada.

Mi íntima convicción de que, *malgré lui*, los contingentes falangistas están muy lejos de entender y sentir los objetivos reales de nuestra revolución, me impide prestar la disciplina inquebrantable y fanática que necesito dar al Partido.

Por esto, camarada, y en congruencia con mi tajante opinión, remitida al Consejo Nacional, prefiero situarme voluntariamente fuera de la nueva disciplina.

Entiende bien —te lo digo a ti porque ni un solo momento reconozco otro jefe político— que mi fe nacional-sindicalista no ha sufrido ni sufrirá el más mínimo quebranto. Pero mi colaboración bajo otros jefes, que sé que representan otro concepto de la revolución, es imposible.

Se llamará *izquierdista* a esta actitud. Y no lo es. Es, en cambio, *derechista* la esencia misma de la Falange. Esa esencia se conserva a pesar de la unión. Y se impondrá, por desgracia, camarada Ledesma. Algún día te darás cuenta de ello.

Y si ese día decides recobrar la independencia del movimiento o crear uno nuevo bajo las mismas orientaciones que las primitivas J.O.N.S., «planteando la lucha con el marxismo en el plano de la *rivalidad revolucionaria*, me volverás a tener incondicionalmente bajo tu jefatura.

Si ese día no llega, o mientras no llegue, puedes tener la seguridad de que mi retirada de toda actividad política será radical y definitiva. Pondré en mi silencio la misma energía que me has visto poner en la acción jonsista en Galicia.

Salud, camarada, y hasta que tú quieras.— Santiago Montero Díaz. 12-3-34.

Montero Díaz tenía, en cierto sentido, razón al calificar así el perfil falangista. Pero su actitud prescindía de circunstancias muy calificadas, que aconsejaban, a pesar de todo, la unificación. Es evidente que las J.O.N.S., aun sacrificando aparentemente su predominio, lograron incrementar considerablemente su radio de acción.

Había, además, en el seno de las J.O.N.S. una corriente que postulaba el acercamiento a F.E. También los jefes falangistas lo deseaban, y al ver las dificultades —no se olvide que transcurrieron más de tres meses desde el mitin de la Comedia hasta la fecha histórica del acuerdo—, unos y otros, maliciosamente, señalaban como una de las trabas el posible afán de Ledesma de no perder la jefatura jonsista. El error era patente. Este camarada, en cuanto creyó oportuna y beneficiosa la unificación, se mostró partidario de ella, con toda generosidad y desprendimiento personal.

Es notorio que los objetivos supremos y fundamentales de las J.O.N.S. eran éstos dos: la lucha por la revolución nacional-sindicalista y la lucha contra el marxismo, rival revolucionario y enemigo peligroso. Si se percibía, en efecto, algún peligro para el carácter decididamente antiburgués y patriótico-social del jonsismo,

había también la posibilidad de robustecerse, sobre todo si en el seno de la nueva entidad, F.E. de las J.O.N.S., se maniobraba con algún talento, capacidad y audacia.

El día 16 de febrero se hizo pública la noticia en la Prensa, mediante la siguiente nota:

Ha sido firmado el documento por el cual las J.O.N.S. y Falange Española forman una organización única.

El nombre oficial del movimiento será Falange Española de las J.O.N.S.

Se ha establecido como imprescindible que el nuevo movimiento insista en mantener una personalidad que no se preste a confusión alguno con los grupos derechistas. Las jerarquías superiores de F.E. y de las J.O.N.S. han constituido una Junta única de mando. En todos los grados nacionales y locales de la organización la fusión se realiza con el mismo criterio de totalidad. Todos los mandos serán encomendados a militantes más jóvenes de cuarenta y cinco años.

El emblema del movimiento ha de ser las cinco flechas y el yugo de las J.O.N.S. En el programa aparecerán siempre mantenidas las bases fundamentales en que ya existía perfecta coincidencia: unidad patria, acción directa, antimarxismo, antiparlamentarismo, revolución económica que instaure la redención de la población campesina, obrera y de todos los pequeños productores.

Puede presumirse el efecto que, en ciertos núcleos falangistas, produciría la nota. Sobre todo, la base que fijaba en cuarenta y cinco años la edad para desempeñar puestos de mando. Pues la mayor parte de las Secciones provinciales de F.E. estaban dirigidas por gentes que sobrepasaban esa edad.

Para F.E., la unificación con las J.O.N.S. supuso un respiro formidable. Era su primer éxito, después de una etapa tremenda, en la que no había cosechado sino víctimas. Después de la fusión, y con motivo de ella, la organización nueva cobró una moral más fuerte y mejores ánimos para la lucha.

Nos parece oportuno publicar aquí pruebas oficiales acerca de cómo fue recibida la unificación y el espíritu con que se hizo por unos y otros. Dos son suficientes: el artículo del semanario *F.E.*, por el que se dio cuenta a la Falange Española del hecho, y la circular de los dirigentes jonsistas a sus camaradas.

He aquí el primero, publicado en el número de *F.E.* correspondiente al día 22 de febrero:

Desde la pasada semana F.E. y J.O.N.S. forman una organización única, con una Junta única de mando, con una perfecta fusión en todos los grados nacionales y locales de la jerarquía, con una entrañable fraternidad en todas las masas de afiliados. No podía ser de otra manera. No es una unión lo que se ha logrado, sino una hermandad lo que se ha reconocido. Por eso, no nos ha costado un solo minuto la discusión programática, y luego, en toda la práctica labor de acoplamiento de mandos, la generosidad y buena voluntad han sido tales por ambas partes que ninguna dificultad ha surgido en las deliberaciones y resoluciones de la superioridad, cuyo solo criterio ha sido el de dar el máximo incremento a nuestra empresa común de redención de España y de constitución del nuevo Estado. Sirva de ejemplo a todas las Juntas provinciales. F. E. y J.O.N.S. eran dos movimientos idénticos, procedentes de un mismo estado de espíritu ético y patético, con raíces intelectuales comunes, nacidos de una misma escueta autenticidad española. Uno y otro estaban y están puestos al servicio de las mismas grandes invariantes de la historia patria y nutridos de la misma actualidad técnica y universal frente a la vicisitud de los tiempos. Además, las gentes de F.E. y de las J.O.N.S. estaban ligadas por amistades verdaderas y por un exacto y mutuo conocimiento, que tenía que sobreponerse de una vez para siempre a toda superficial diferencia y a toda competencia circunstancial. Este último momento de F.E. como entidad separada de las J.O.N.S. es necesario que aprovechemos para levantar el elogio que dentro nos cantaba de siempre a estos camaradas que ya son unos con nosotros, no ya solamente en la fe y en el combate desde siempre comunes, sino en la disciplina, en el destino de cada momento, bajo ese claro símbolo imperial de las flechas y el yugo, que tomamos desde hoy como nuestros, y que siempre sentíamos, como nuestros, insustituibles. Con las J.O.N.S. en hermandad única y nueva vamos a reponer en el escudo, en el cuadrante solar de las Españas, yugo y haz; equilibrio perfecto de la pastoral y la epopeya. Esa es nuestra meta de combate, camaradas de la que hoy se llama para siempre Falange Española de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. *Nuestros hermanos de las J.O.N.S., guiados por Ramiro Ledesma, fueron los primeros en abrir la brecha difícil.* Fueron la primera guerrilla del estilo nuevo, los gallos de marzo que cantaron escandalosos y aguerridos la gentil primavera de las Españas, la que hoy nos da ya por todas partes su brote irresistible de verdor. Y no podía ser, decimos, de otra manera. Dos movimientos, con una finalidad idéntica, afianzados, además, en el principio inmovible de la unidad y la abolición de los partidos, no tenían otro remedio sino aniquilarse uno a otro, lo cual hubiera sido inhumano, ininteligente y absurdo, o fundirse en uno solo apenas demostrada la ya demasiado evidente vitalidad de entrambos. Hecha la unión, en todo nos ha sonreído la fortuna.

El movimiento de las J.O.N.S. había sobre todo insistido en una cierta crudeza de afirmaciones sindicales, que en nosotros habían quizá retardado su virtud operante y expresiva, aunque estuviesen bien dibujadas en nuestras entrañas. Con las J.O.N.S. hoy todavía más que ayer, al formarnos en un solo haz de combate somos rotundamente «ni de izquierdas ni de derechas», o sea, de España, de la

Justicia, de la total comunidad de destino, del pueblo como integridad victoriosa de las clases y de los partidos.

Uno de los primeros efectos que la superioridad había previsto como resultado inmediato de la unión era la seguridad de que nuestro movimiento aumentaría poderosamente sus capacidades de atracción. El mismo día de firmado el pacto este resultado previsor se producía en gran escala, no sólo por mayor afluencia de adhesiones, sino por la incorporación en bloque de núcleos importantes, que daremos a conocer en breve. Saludemos todos esta unión fraternal, absoluta y sin reservas, camaradas de F.E. y de las J.O.N.S. Al escribirse este artículo es la última vez ya que se verán separados nuestros nombres. Nos hemos unido por arriba, como seres nobles y generosos, para defender abnegadamente a la Patria, y no por subalternos intereses particulares, que unen a los partidos de clase bajo máscaras de grandes principios. Nosotros no tenemos intereses subalternos de clase, y quien nos conozca y quien nos mire de cerca y en lo hondo, lo sabe. Nos hemos unido no sólo por lo más alto y noble, sino por la emoción, aún más que por la inteligencia. La sangre de nuestros muertos nos ha unido, y ella es la que ha sellado nuestro pacto. Aquí abajo nos abrazamos nosotros en un solo haz; pero allá arriba, sobre el cielo azul de las Españas, se dan hoy un abrazo estrecho José Ruiz de la Hermosa y Matías Montero. Ante nuestras filas cerradas, ellos están presentes.

No es difícil percibir, a través de la retórica de este artículo, el estado de espíritu de quien recibe con toda oportunidad un auxilio considerable. He aquí ahora el documento jonsista, la circular publicada en la revista *JONS*, mediante la cual se comunicó a todos los camaradas la noticia de la fusión:

Nos apresuramos a informar a todas las Secciones jonsistas acerca de la situación creada al Partido con motivo de nuestra fusión o unificación con Falange Española.

Ante todo, hacemos a nuestros camaradas la declaración de que tanto el Consejo Nacional como el Triunvirato Ejecutivo decidieron la unificación de las J.O.N.S. con Falange Española para fortalecer y robustecer la posición nacional-sindicalista revolucionaria que nos ha distinguido siempre. No hemos tenido, pues, que rectificar nada de nuestra táctica, y menos, naturalmente, de los postulados teóricos que constituían el basamento doctrinal de las J.O.N.S. Los amigos de Falange Española seguían un camino tan paralelo al nuestro que ha sido suficiente el contacto personal de los dirigentes de ambas organizaciones para advertir y patentizar totales coincidencias en sus líneas tácticas y doctrinales.

Vamos a constituir, pues, un movimiento único. En él tenemos la seguridad de que los camaradas de los primeros grupos jonsistas destacarán sus propias virtudes de acción y movilidad, influyendo en los sectores quizá algo más remisos, para que se acentúe nuestro carácter antiburgués, nacional-sindicalista y revolucionario.

A continuación os exponemos las líneas generales que presiden nuestra fusión con Falange Española, y que habrán de completarse con instrucciones concretas, dirigidas particularmente a cada Triunvirato local, a los efectos de que en el más breve plazo, con absoluta disciplina, tengan en cuenta todos los jerarcas y camaradas jonsistas las siguientes bases del acuerdo:

1) Todas las Secciones locales del nuevo movimiento se denominarán Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de... (J.O.N.S. de...) y la integración nacional, la denominación total del Partido será *Falange Española de las J.O.N.S.* Las J.O.N.S. actualmente constituidas permanecen y las Secciones locales de F.E. pasarán a ser J.O.N.S., rigiéndose unas y otras por los nuevos estatutos que se están elaborando.

2) Falange Española de las J.O.N.S. tendrá al frente una Junta de Mando, formada por siete miembros, funcionando en su seno un Triunvirato Ejecutivo: los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.

3) El emblema y bandera del nuevo movimiento son los mismos de las J.O.N.S. Nuestros camaradas no tienen, pues, que modificar en lo más mínimo las insignias que hoy poseen, y esperamos que constituya en el futuro una ejecutoria y un orgullo disponer de los primeros modelos jonsistas.

4) Exactamente a como ya ocurría en nuestras *Juntas*, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud y regirá en su organización el principio de recusar para los mandos a camaradas mayores de cuarenta y cinco años.

5) F.E. de las J.O.N.S. elaborará un programa concreto, que afecte a las inquietudes económicas de las grandes masas, interpretando la actual angustia de los trabajadores y de los industriales modestos.

En fin, camaradas, os repetimos como última orden nuestra que nutráis en bloque, con todo entusiasmo, las nuevas filas, que desde luego, son las mismas nuestras anteriores. Y que, en vez de interpretar este hecho de nuestra fusión como una rectificación o una política de concesiones a nuestros afines, os reafirméis en la línea jonsista de siempre, disponiéndoos a ser más nacional-sindicalistas y más revolucionarios que nunca.

¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVAN LAS J.O.N.S.! *El Triunvirato Ejecutivo Central.*

Madrid, febrero de 1934.

6. La lucha por el nacional-sindicalismo

La lucha por el nacional-sindicalismo | El Triunvirato dirigente | Un mitin resonante en Valladolid | Nuevas violencias rojas en Madrid | Ansaldo en el Partido | Concentración de escuadras en un aeródromo de Carabanchel | Otro manojo de violencias.— Los «chíbiris» | No se admite a Calvo Sotelo | El problema de la revolución | Se debilita la propaganda | Favorable coyuntura social | El conflicto con la Generalidad de Cataluña | Impaciencia en los grupos combativos | Persecución gubernativa y episodios de la cárcel | Crisis de personas y de tendencias | Antecedente parlamentario | Ansaldo polariza el descontento | ¿Organización de masas o secta restringida? | Tramitación de la crisis interna | Los jonsistas movilizan a los parados | Dos atentados gravísimos en San Sebastián | Una campaña folletinesca de MUNDO OBRERO. El ex legionario Calero

La lucha por el nacional-sindicalismo

Después de la unificación, comenzó a señalarse como norte del movimiento la revolución nacional-sindicalista. En todas las consignas, discursos y declaraciones aparecía esa invocación, incorporada evidentemente por el jonsismo.

El primer contacto de los jonsistas con la organización de Falange Española les produjo una impresión lamentable. Se dieron cuenta inmediata de que, sobre todo en las secciones provinciales, el falangismo se nutría de gentes poco valiosas.

En tales condiciones, los jonsistas, después de la fusión, sabían que tenían delante dos frentes de lucha: uno, el enemigo exterior, el que constituía su justificación como combatientes, y otro, el ancho sector pasadista, quieto, inerte, al que había que vigilar para que no tomase las riendas e hiciese imposible la victoria.

A pesar de eso, durante las primeras semanas el optimismo de los jonsistas fue absoluto. Los antiguos dirigentes de F.E., Ruiz de Alda y Primo de Rivera, aceptaron la consigna del nacional-sindicalismo revolucionario, y aunque quizá se reservaban su interpretación de ella, bastaba esa actitud para que los jonsistas desarrollasen libremente su actividad.

El Triunvirato dirigente

El nuevo movimiento, Falange Española de las J.O.N.S., estaba regido por un Triunvirato Ejecutivo Central: Primo de Rivera, Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma. Estos tres fueron los dirigentes únicos de la organización desde el 15 de febrero, fecha de la fusión, hasta septiembre del mismo año de 1934.

Este período, en que tuvo efectividad el Triunvirato Alda-Primo-Ledesma, coincide con la etapa culminante del Partido, y es en él cuando tuvo mayor intervención en la política nacional, consiguiendo asimismo inspirar temor a las organizaciones enemigas.

Un mitin resonante en Valladolid

No tardó en advertirse lo que suponía, en realidad, para el robustecimiento del Partido, la unión de ambas organizaciones. A los quince días escasos, el día 4 de marzo, se celebró en Valladolid un gran mitin, primer acto nacional-sindicalista de masas.

Valladolid era, como sabemos, una población de significación jonsista.

El mitin tuvo una resonancia enorme en toda Castilla. Asistieron unos diez mil jóvenes que después del acto demostraban la gran alegría de haber encontrado su bandera de lucha. Pronunciaron discursos Ruiz de Alda, Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma y Primo de Rivera. Antes, dijeron unas eficaces palabras de saludo Gutiérrez Palma y Bedoya; el primero, por los obreros jonsistas de Valladolid; el segundo, por los estudiantes.

A la salida del mitin, presentaron batalla los rojos. Este hecho contribuyó a dar al acto mayor resonancia, pues hubo en las calles encuentros de gran violencia, con muertos y heridos. La jornada del 4 de mayo en Valladolid puso de relieve tanto las posibilidades del movimiento como la entrada efectiva en el camino de su realización. Y también el decidido predominio del espíritu jonsista, que se manifestó rotundamente a los gritos de *¡España, una, grande, libre!*, utilizados desde antiguo por las J.O.N.S. como gritos de combate.

Nuevas violencias rojas en Madrid

Los elementos marxistas se dieron cuenta, por los sucesos de Valladolid, de que la organización fascista se disponía a aceptar la lucha armada en las calles.

A los pocos días, su réplica en Madrid volvió a consistir en el asesinato, con motivo de la venta del famoso y malaventurado semanario *F.E.* El papel de los rojos era bien sencillo. Su táctica, facilísima. Pues aunque los grupos de vendedores iban protegidos, se comprende que siempre eran los agresores quienes disponían de la iniciativa, de la sorpresa. Observaban a los grupos de la venta, los seguían invisibles, como transeúntes, y, cuando lo estimaban oportuno, promovían la agresión disparando sus pistolas.

De este modo, el día 9 de marzo, a los cuatro días del mitin de Valladolid, fue asesinado Angel Montesinos, un obrero del Partido. Este hecho lo realizó en la calle de Fuencarral un grupo de comunistas, que inauguró así la intervención de su partido en la lucha antifascista violenta. Parece que el organizador de ese grupo, así como el que influyó decisivamente en el partido comunista para el desencadenamiento de la violencia, incluso en la forma de atentados, fue Francisco Galán, el hermano del capitán de Jaca.

La necesidad defensiva obligó entonces a F.E. y de las J.O.N.S. a organizar unos grupos especiales integrados por los camaradas de mejor disposición y ánimo para desarrollar la violencia más extrema. Enseguida se constituyeron, integrando la que se llamó Falange de la sangre.

Ansaldo en el Partido

Por esta época, fines de abril, ingresó en el movimiento Juan Antonio Ansaldo, militante intrépido y audaz, que intervino con eficacia en la organización y dirección de esos grupos. Merced a éstos, no quedó ya más ninguna agresión sin réplica, y pudieron incluso planearse objetivos de gran importancia estratégica para el Partido.

Ansaldo controlaba ya, a las pocas semanas, la organización militarizada del movimiento. Sobre todo, los grupos de más capacidad para la violencia. Ansaldo era, sin más complicaciones ideológicas ni matices, un monárquico. Procedía de los núcleos que con más fidelidad y dinamismo habían defendido hasta última hora al Rey. A pesar de eso, de su poquísima compenetración doctrinal —él era, después de todo, un exclusivo hombre de acción—, su presencia en el Partido resultaba de utilidad innegable porque recogía ese sector activo, violento, que el espíritu reaccionario produce en todas partes como uno de los ingredientes más fértiles para la lucha nacional armada. Recuérdese lo que grupos análogos a éstos significaron para el hitlerismo alemán, sobre todo en sus primeros pasos.

Claro que la intervención de esos elementos resulta sólo fecunda cuando no hay peligro alguno de que consigan influir en los nortes teóricos y estratégicos. Es decir, cuando hay por encima de ellos un mando vigoroso y una doctrina clara y firme. Si no, son elementos perturbadores y nefastos.

Concentración de escuadras en un aeródromo de Carabanchel

El Partido iba adquiriendo densidad y volumen. Los cuadros provinciales iban también recayendo en manos jóvenes, merced a la presión continuada de los jonsistas.

La base adquiría asimismo forma y afloraban muchachos de magnífico espíritu, españoles de corazón firme y gentes que comenzaban a percibir el panorama social del movimiento. Junto a éstos, buena cantidad de hombres a la intemperie obreros en paro, antiguos legionarios de África, ex anarquistas, etcétera, que daban a las milicias un gran porcentaje de luchadores.

El día 3 de junio se llevó a cabo, por sorpresa, una concentración de milicias en un aeródromo de Carabanchel. Asistieron unos dos mil escuadristas. Una empresa de autobuses impidió, retirando a última hora sus coches, que estuviesen presentes unos doscientos más. (A las pocas horas ardían dos coches de esa empresa.)

Las escuadras carecían entonces casi por completo de capacidad combativa y aun de la necesaria disciplina interior. Mostraban su valor humano de hombres dispuestos a la disciplina y al combate. Pero había, naturalmente, que dotarlos de jefes y de organizadores. Ese era el problema. Unas milicias que carecían de himnos, de cánticos, es decir, de música, y que, además, no efectuaban nunca marchas, excursiones, etcétera, tenían que carecer por fuerza de eficacia militar y combativa. Sin marchas ni música no hay ni puede haber milicias.

La concentración de Carabanchel produjo bastante alarma en ciertos sectores de izquierda. La Dirección de Seguridad sabía, desde luego, a qué atenerse y restó importancia al hecho. Pero como en el orbe de la política lo de menos, en general, es *ser*, sino *parecer*, el Gobierno, presionado por las protestas, impuso multas de 10.000 pesetas a los dirigentes Primo de Rivera, Ruiz de Alda, Ledesma, Fernández Cuesta y Ansaldo.

El periódico republicano de izquierdas, *Luz*, publicó a toda plana y con fotografías una información sensacional acerca del acto de Carabanchel, que contribuyó, sin proponérselo el periódico, a que la concentración lograra mayor éxito.

Por cierto que en esa información hay unos párrafos que aluden a la influencia de los jonsistas en el seno del Partido, y que transcribimos porque revelan, con un texto nada sospechoso, la trascendental misión que cumplían estos elementos:

Al amparo de la frivolidad o de la inhibición del Poder público, Falange Española de las J.O.N.S., que después de la fusión *ha sido nutrida por el espíritu revolucionario de los jonsistas*, está propagándose y reclutando adeptos, sobre todo entre los jóvenes. Lo que ayer pudieron llevar a cabo hubiera parecido absolutamente imposible hace muy pocos meses. (4 de junio.)

Otro manojo de violencias.— Los «chíbiris»

El domingo siguiente, día 10, tuvo lugar en El Pardo un terrible suceso. Los comunistas asesinaron a pedradas y navajazos a un joven de Falange. En este hecho no corresponde a los comunistas otra condenación que la de haber dado al adversario una muerte tan salvaje. Pues fue a consecuencia de un choque de grupos, a campo abierto y a plena luz. Medio centenar de fascistas, de excursión por El Pardo, llegó a las cercanías donde acampaba una colonia dominguera roja, precisamente una de las que más se distinguían por la combatividad y saña que sus miembros desarrollaban en la lucha contra el fascismo.

El choque fue inevitable, y como el grupo fascista vacilase, por creer a los rojos en mucho más crecido número, y no aparecer los refuerzos que esperaban, huyeron, no sin que uno de sus camaradas, Cuéllar, cayese en manos de los comunistas, que lo asesinaron del modo más bárbaro. (Uno de los agresores fue «el Rojo», que un año después mató de un tiro a un agente de Policía en Cuatro Caminos.)

Por la noche, ese mismo día, tuvo lugar la agresión armada contra un grupo de «chíbiris», de excursionistas rojos, resultando muerta una muchacha y heridos muy graves dos miembros más de las juventudes socialistas. El entierro de la víctima, Juanita Rico, sirvió a los rojos para hacer un alarde de fuerza y de unidad proletaria. A la misma hora del entierro, un grupo de las juventudes socialistas pasó en un taxi a gran velocidad por la puerta del local de Falange, haciendo unos veinte disparos, que hirieron a dos militantes.

Los «chíbiris» eran llamados así por la tendencia que mostraban a musicalizar sus gritos con esa canción popular y chabacana. Se trataba de excursionistas rojos que inundaban los domingos los alrededores de Madrid, principalmente la Casa de Campo y El Pardo, con sus gorrillos americanos, su pantalón blanco y, por último, su gran pañolón rojo, como filiación marxista.

Salían y regresaban a la ciudad en grupos numerosos, con cierto regusto militar y afanes de impresionar a la población burguesa.

No se olvide que en ese verano de 1934 se incubaba y preparaba a toda marcha la revolución socialista, y los llamados «chíbiris», por medio de sus organizaciones deportivas, contribuían a dar milicianos para los cuadros de choque de la revolución.

No se admite a Calvo Sotelo

La situación del movimiento fascista era a comienzos del verano relativamente vigorosa. Despertaba interés en la opinión del país, disponía ya de cierta experiencia e iba perfeccionando y localizando sus metas finales.

Era en muchos aspectos un movimiento confusionario, cuyos adictos respondían a los más diversos móviles; pero ello, si bien sería perjudicial como hecho permanente, entonces, etapa transitoria de amplificación, era hasta fértil y beneficioso.

En mayo, al regresar Calvo Sotelo a España, después de la amnistía, quiso entrar en el Partido y militar en su seno. Primo de Rivera se encargó de notificarle que ello no era deseable ni para el movimiento ni para él mismo. Parecerá extraño, y lo es, sin duda, que una organización como Falange, que se nutría en gran proporción de elementos derechistas, practicara con Calvo Sotelo esa política de apartamiento. Y más si se tiene en cuenta que éste traía del destierro una figura agigantada y que le asistían con su confianza anchos sectores de opinión.

Calvo Sotelo aparecía como un representante de la gran burguesía y de la aristocracia, lo que chocaba desde luego con los propósitos juveniles y revolucionarios del Partido, así como con la meta final de éste, la revolución nacional-sindicalista. En ese sentido, Primo, que se iba radicalizando, tenía, sin duda, razón. Ruiz de Alda se inclinaba más bien a la admisión, guiado por la proximidad de la revolución socialista y la necesidad en que se encontraba el Partido, si quería intervenir frente a ella con éxito, de vigorizarse y aumentar, como fuese, sus efectivos reales. No carecía de solidez esa actitud de Ruiz de Alda; pero Primo se mantuvo firme.

El problema de la revolución

En ese momento estaba ya de lleno planteado en España el problema de la revolución socialista. ¿Cuáles serían sus resultados y quién o quiénes le harían frente?

Pues que el marxismo preparaba la revolución, era algo a ojos vistas. Sólo un hecho podía influir en los socialistas para que renunciasen a la revolución: que se atendiesen sus demandas. Pero esto era ya casi, naturalmente, su propio triunfo.

En mayo-junio de 1934, no había en España otra fuerza política que Falange y las J.O.N.S. que pudiese plantearse, con seriedad y eficacia, el problema de hacer frente a la revolución socialista.

El solo planteamiento de una lucha a fondo de la organización fascista con el marxismo, hubiera hecho saltar el sistema político de la República demoburguesa, lo que hubiera constituido ya un bien.

Es notorio que Falange no reclamó esa misión histórica, y no intentó siquiera pasar de la escaramuza. Ello supuso la entrada del movimiento en una gravísima crisis interna, y supuso también el libre desarrollo revolucionario, sin otra cosa enfrente que los guardias. Supuso aún más: que los sucesos de octubre tuviesen el desenlace anacrónico, infecundo y absurdo que conocemos.

Se debilita la propaganda

El mitin de Valladolid —4 de marzo de 1934— debió servir al movimiento como acto inicial de una serie de grandes mítines estratégicos, del mismo estilo e importancia. Lejos de intentar ese objetivo, que habría supuesto para la Falange y las J.O.N.S. una labor gigantesca de agitación nacional, colocándose en el primer plano de la actualidad política, Primo de Rivera se mostró partidario de una red de mítines en los pequeños pueblos. Durante toda la primavera, el esfuerzo de la organización, en su capítulo de propaganda, se agotó en siete u ocho actos celebrados en aldeas y pequeñas ciudades, sin relieve social ni realidad política alguna.

Ledesma, opuesto a esa errónea concepción del ritmo de la propaganda, terminó por sabotearla, negándose a tomar parte como orador en tales actos. Baste decir que los mítines celebrados, después del famoso de Valladolid, lo fueron en los siguientes puntos: El Carpio de Tajo, Fuensalida, La Puebla de Almoradiel, Callosa de Segura y Burriana.

No era quizá del todo absurda esa opinión de Primo, que respondía a un afán por entrar en contacto con la España mejor, la España de los campos.

Favorable coyuntura social

A la par que se proyectaba sobre el país la inminencia de la revolución socialista, ocurría también otro hecho, asimismo favorable para la mejor coyuntura del fascismo: la impotencia radical del Estado, la ineptitud absoluta del Gobierno entonces vigente para impedir los conflictos graves. Estos se planteaban a docenas; unos, como estrategia de la revolución; otros, producto mismo del clima político-social en que se vivía.

Hubo, por ejemplo, dos conflictos sociales huelguísticos que demostraron la impotencia absoluta del Gobierno: la huelga metalúrgica de Madrid, de más de dos meses, y la huelga general de Zaragoza, que tuvo a esta importante ciudad más de cuarenta días en paro riguroso.

Eran dos típicos casos de intervención fascista, supliendo las limitaciones del Estado, que perjudicaban por igual a todos los españoles: A los huelguistas, lanzados al vacío, y a la población entera, perturbada en su actividad y en su vida diaria.

Los tres triunviros estudiaron todo un plan de intervención en la huelga general de Zaragoza, cuando ésta duraba ya un mes. Esa intervención estaba organizada a base de formar equipos de trabajo y de movilizar unos mil escuadristas, que, acampados en las afueras, impresionasen a los obreros en huelga, a la ciudad, y garantizaran asimismo el éxito, sosteniendo, si era preciso, la lucha armada. Este plan, tanto en el caso de realización como en el muy probable de ser impedido por el Gobierno, hubiera constituido para la Falange y las J.O.N.S. una victoria enorme.

No se olviden las características de una intervención fascista en conflictos así: No consiste en una mera acción de machacar la huelga, en plan de esquirolaje al servicio de las Empresas y del Gobierno. Es otra cosa. Supone una rivalidad revolucionaria con las organizaciones subversivas de los huelguistas, y la obtención coincidente de una victoria política, de un robustecimiento de la propia bandera. Lo que, como se ve, es muy distinto de la conocida, desacreditada e insulsa ayuda ciudadana, en pro del orden, la tranquilidad, etc.

Pues bien, con vistas a una acción de aquel rango, estudiaron los tres triunviros ya citados un plan de intervención en la huelga general de Zaragoza. No pudo efectuarse, porque la demora en conseguir los medios

financieros de la expedición hizo que se resolviese el conflicto durante los días mismos en que se ultimaban los detalles finales ⁶.

El conflicto con la Generalidad de Cataluña

Además de las huelgas y conflictos sociales a que nos hemos referido, y a los que hay que añadir la huelga de campesinos y las permanentes invocaciones a la revolución que hacían los socialistas, además de eso, se produjo un acontecimiento sensacional, que venía a favorecer más y más la estrategia del fascismo. Me refiero al choque y situación de gran violencia entre el Gobierno autónomo de Cataluña y el Poder central, representado éste en tales fechas por las mínimas figuras políticas de Samper y Salazar Alonso.

La aparición de este último conflicto en el área política española, cruzándose e interfiriendo con el desarrollo de la propaganda revolucionaria, podía tener —como la tuvo más tarde, en octubre, si bien de otro orden— una gran trascendencia histórica.

Es de advertir que la causa originaria del conflicto entre el Gobierno Samper y la Generalidad carecía absolutamente de dimensión grave. La famosa Ley de Cultivos sería o no legal que la dictase aquella entidad autónoma. Sería más o menos radical en sus ordenaciones del problema de la tierra. Nos inclinamos a creer que sí podía ser dictada por el Parlamento catalán, con arreglo al Estatuto, y que incluso su espíritu social era defendible y justo.

Pero reconózcase que tal aspecto era, en realidad, ínfimo. Para quienes chocaban con el espíritu de las autonomías, para los disconformes con el Estatuto de Cataluña y con la concepción de España y del Estado español que él representa, el conflicto a que nos referimos podía ser lícitamente desligado de sus motivaciones inmediatas, y trasladado al plano nacional de la más alta polémica.

En ese propósito debió descollar la organización fascista. Ledesma puso extraordinario interés en ello, creyendo exacta y justamente que una agitación, en torno a la actitud de verdadera rebeldía de Companys, obtendría un gran éxito. Por fin, imprimió el Partido gran número de hojas clandestinas, se prepararon grandes carteles y una tarde de primeros de julio se organizó una manifestación ruidosa de protesta. Fue lo único que pudo hacerse. Y es que venía larvada en el seno de la organización una gravísima crisis interna, crisis de tendencias y de personas, que, naturalmente, ocasionaba el que la Falange de las J.O.N.S. permaneciese sumida en la inacción y en la impotencia, a pesar de la coyuntura histórica formidable que suponía el verano de 1934.

Impaciencia en los grupos combativos

Sin embargo, pequeños núcleos combativos, señaladamente los que ya hemos citado como integrantes de los grupos especiales—Falange de la Sangre—, estaban dispuestos, con toda firmeza, a luchar contra los socialistas y a perturbar de algún modo el camino de su revolución.

Un par de ejemplos bastarán para ilustrar el género de acciones a que esos grupos tendían y el grado de violencia de sus propósitos.

Una mañana de fines de junio, hacia mediodía, llegaron al Partido dos militantes diciendo que tres compañeros de su mismo grupo habían visto a Indalecio Prieto sentado en la terraza de un café del paseo de Recoletos. Estaban dispuestos a atentar contra el allí mismo y querían que la sección de transportes les facilitase un automóvil. Costó gran esfuerzo a los dirigentes impedir la realización de tal hecho, contrario al espíritu que presidía las normas tácticas de la organización.

Otro grupo, por su exclusiva cuenta, iniciativa y riesgo, preparó un hecho que, de realizarse, hubiera influido enormemente en la trayectoria revolucionaria de los socialistas. Consistía en hacer que estallase en los sótanos de la Casa del Pueblo una bomba potentísima. La cosa, como se ve, podría luego ser difícilmente eludida por los estrategias marxistas. Estos la atribuirían a provocación, a señal de ataque, a decisión de aniquilarlos, a cualquier cosa; pero es seguro que influiría en las fechas y en el destino final de la revolución.

⁶ Mucho se ha fantaseado sobre cuanto afecta a la financiación del movimiento fascista. Las J.O.N.S., antes de la fusión con F.E., no llegaron nunca a disponer de cantidades ni medios apreciables. Baste decir que toda su acción, su propaganda, revistas, etcétera, desde mayo de 1933 a febrero de 1934, la efectuó con menos de doce mil pesetas. Falange Española fue, naturalmente, otra cosa. Desde el principio contó con medios superiores, cosa lógica, puesto que sus dirigentes, sobre todo Primo de Rivera, procedían de la alta burguesía más pudiente y rica. Así, en sus tres primeros meses, hasta la fusión con las J.O.N.S., dispuso de unas ciento cincuenta mil pesetas. Después, los gastos mensuales de la organización, comprendidos los de toda índole, alcanzaban la cifra de 40.000 pesetas, cifra desde luego excesiva para los resultados logrados. Ese dinero procedía de donativos particulares, y ayudaban y facilitaban su recogida diversos elementos, señaladamente los monárquicos de Renovación Española. Primo apuntó alguna vez, sin éxito, a otras fuentes más delicadas. De todos modos, puede afirmarse que el movimiento administraba pésimamente sus recursos, y que no extraía de estos la debida eficacia.

El grupo a que nos referimos trabajaba en ese empeño con coraje. No se detenía ante nada. Sustrajo cincuenta kilos de dinamita y organizó la colocación de la terrible máquina explosiva valiéndose del alcantarillado y del concurso de dos poceros, que se prestaron a facilitar la entrada, los preparativos y todos los trabajos previos. (Había que hacer excavaciones, construir unos refuerzos con cemento armado, etc.) Hasta tal punto de interés ponían en sus planes, que por aquellos días uno del grupo, sospechoso fundadamente de infidelidad y de espionaje, apareció muerto en una calle apartada de Madrid.

Nosotros, que hemos podido hacernos con todos esos detalles, ignoramos, sin embargo, a qué causas se debió su no realización.

* * *

Si bien, como venimos diciendo, no existía un plan estratégico de oposición eficaz al desarrollo de la revolución socialista, eran frecuentes las incidencias que se producían, algunas de ellas graves. Además, unos y otros eran asimismo objeto por parte de las autoridades de medidas represivas muy análogas.

El día 1.º de julio, uno de los más destacados militantes de los grupos activos, Groizard, fue objeto de una agresión gravísima. Varios elementos de las juventudes socialistas le hicieron unos quince disparos desde un taxi. Groizard, que tuvo entonces una gran suerte, pues sólo resultó herido, era, desde luego, uno de los que se mostraban siempre dispuestos a desarrollar la mayor violencia en la lucha contra el marxismo.

Se advertía con facilidad en esas fechas que los marxistas, naturalmente entregados a la tarea primordial de preparar la revolución, eludían en lo posible sus apelaciones a la agresión violenta. Y ello, sin duda, no por imposibilidad de mantenerla, puesto que le sobraban medios, sino por precaución, por temor a que se les complicase el período prerrevolucionario, con riesgo para sus planes y objetivos finales.

Persecución gubernativa y episodios de la cárcel

A los pocos días de la agresión contra Groizard, hacia el 10 de julio, y sin duda por la actividad de los confidentes, hizo la Policía un registro minucioso en los locales del Partido, en la calle del Marqués de Riscal. Encontró, nadie se explica cómo, armas, dinamita, municiones, bombas, líquidos inflamables, etc. Todos los militantes que se encontraban en el local, unos ochenta, fueron detenidos y procesados, absurdamente, por reunión clandestina.

Permanecieron en la cárcel veinte o veinticinco días y luego absueltos por los Tribunales. No se comprende realmente que la sola y normal presencia de los afiliados en los locales de un partido pueda ser considerada, en ningún caso, como un delito.

Salazar Alonso, ministro de la Gobernación entonces, se acostumbró, con hipocresía demoburguesa, a enlazar siempre las represiones contra los socialistas y contra la Falange de las J.O.N.S. No cerraba un centro marxista ni detenía media docena de socialistas sin que a la vez no tomase medidas análogas con un local de Falange y otra media docena de sus afiliados. No se atrevía a molestar, por poco que fuese, a los revolucionarios rojos sin antes hacerles la concesión de molestar idénticamente a sus enemigos los fascistas. Así, prohibió toda clase de concentraciones juveniles y toda propaganda que no se ajustase a estilos de ancianidad electorera. En la revista *JONS*, a raíz de las detenciones a que nos hemos referido, se publicó un alegato de protesta que revela las formas combatientes y antiburguesas que postulaban los jonsistas, entonces ya de hecho los orientadores teóricos de todo el Partido. He aquí algunos párrafos. (Número de agosto, pág. 186.):

* * *

Nos honra, naturalmente, esa persecución a que se nos somete. Se trata de un Gobierno sin pizca de autoridad, sin otro apoyo español que el de la fuerza pública. Sin masa alguna afecta, sin juventudes, con su sola realidad de náufragos agarrados al peñón despreciable de la C. E. D. A. Causa por eso risa su gesticulación contra todo cuanto aparece provisto de todo cuanto a él le falta: ideales jugosos, magníficos, y entusiasmo juvenil por el imperio de ellos. Así, prohíbe saludos, concentraciones y la presencia misma de los símbolos disidentes de su política mezquina y fofa.

Y hablamos así, contra las disposiciones últimas del Gobierno en relación con el orden público, aun cuando ello beneficie a nuestros enemigos los marxistas. Pues no faltaba más sino que nosotros, la Falange Española y las J.O.N.S., congregada y formada a base de objetivos de pelea, aprobásemos, como cualquier burgués renacuajo y cobarde, que el Gobierno impida las excursiones uniformadas de los rojos. Para luego, naturalmente, perseguir también las nuestras.

Ese será quizá el ideal del Gobierno, y en eso le acompañará todo el ancho sector de la burguesía inconsciente y bobalicona: asfixiar la juventud nacional, garantizar una vida sin sobresaltos, evitar las luchas, transigir y correr las cortinas.

Pero nosotros no toleraremos que se corran las cortinas ante la situación de España, como si el drama español fuese una aventura de alcoba.

La estancia en la cárcel de aquellos ochenta militantes fue de veras aleccionadora. Durante ella, comenzaron a producirse en el Partido los primeros chispazos de la crisis de tendencias a que nos referiremos luego. Los detenidos eran de la más varia procedencia política, si bien naturalmente todos afiliados a la Falange de las J.O.N.S. Ese detalle, así como el convivir juntos en un pabellón —y no en un régimen de celdas individuales— dio lugar a que se produjeran hechos curiosos. Como estaba también detenido el jefe de las milicias, Arredondo, y era allí el de mayor jerarquía, se le nombró asimismo jefe de los presos.

Organizaron conferencias, charlas sobre el programa y la estrategia del Partido.

Creo haber dicho ya en páginas anteriores que Arredondo era un comandante del Ejército, retirado por la ley Azaña. Hombre de poquísimas complicaciones, formación reaccionaria, y falangista de los de *¡Viva el fascio!* Esas características produjeron en la misma cárcel una casi insurrección contra su autoridad, cosa que él atribuyó, en informe posterior dirigido al Triunvirato, a «la indisciplinada actividad de los jonsistas». Lo ocurrido, en realidad, fue esto: Entre los detenidos estaban Juan Aparicio, cuya conferencia, el día que le correspondió hablar, a más de ser un discurso jonsista cien por cien, logró la adhesión unánime de todos. Estaba también Luis Ciudad, un jonsista combativo, de noble carácter, pero algo picudo de temperamento, y que se distinguía por su adhesión a Ledesma, así como por la confianza personal que éste le dispensaba. La presencia de Aparicio y de Ciudad, el primero un teórico, un creador de perfiles doctrinales, y el segundo un violento, un muchacho de acción, fue lo que en el informe de Arredondo, a que ya nos hemos referido, le hacía decir a éste que, «a pesar de haber transcurrido más de cinco meses desde la fusión, todavía los jonsistas alardean de serlo y de permanecer poco vinculados a F.E., siendo, desde luego, inexplicable que, tratándose de un corto número ⁷, influyan tanto en la Falange». Después de esto, pedía y proponía sanciones, aplicando casi, casi, el Código militar.

Crisis de personas y de tendencias

Por aquellos días, mediados de julio, se manifestó en la organización una peligrosísima crisis. Varias causas confluyeron a ello. Si bien la primordial y más profunda, la que se deduce y advierte siguiendo la línea política del Partido, era la de que éste no abordaba, en aquel verano de 1934, su misión histórica de comprometerse, a vida o muerte, en su lucha contra el marxismo.

Pero esa causa, profunda, tenía ese carácter, la de ser profunda y, por tanto, advertida por muy pocos. A la vez, como siempre ocurre, la crisis, las dificultades, tuvieron causas visibles e inmediatas, obedecieron también a motivaciones de localización sencilla.

El primer descontento y el primer paso para plantear con decisión el problema surgió y se produjo en el sector ligado, más directamente, a las actividades de Ansaldo. Por tanto, en el sector que podemos calificar derechista, y casi unido a los intereses políticos de los grupos monárquicos. Pedían poco menos que la cabeza de Primo de Rivera —entiéndase su expulsión o alejamiento de las tareas de dirección—, y lo señalaban, con evidente exageración, como principal culpable de la impotencia e inacción del Partido, así como de la orientación errónea del mismo.

Antecedente parlamentario

Como antecedente de esto, hay que aludir a la actuación de Primo en el Parlamento. Desde las primeras semanas de Cortes pudo advertirse su afición a la cosa parlamentaria, faltando poquísimas tardes a las sesiones. Ese perfil parlamentarista gustaba poco al Partido, era bastante impopular entre los militantes, máxime cuando, ni siquiera a los efectos de la propaganda, advertía nadie la eficacia más mínima.

La actuación desafortunada en el Parlamento ⁸ culminó con un error de bulto, sobre todo para el simplismo ingenuo de cierto sector de militantes. Es sabido que, con motivo del hallazgo de gran número de armas en su domicilio, se pidió a las Cortes autorización para procesar al diputado socialista Lozano. (Ese hallazgo, en relación con otro del mismo color político descubierto en Cuatro Caminos, en el que se encontraron 610 pistolas e incontables municiones, suponía, hasta para el más lerdo, la evidencia del copioso armamento marxista.)

Días después detuvo la Policía a un militante de Falange, al que encontró las armas utilizadas por la guardia nocturna que el Partido organizaba diariamente en el hotel de Primo, en Chamartín. Con ese motivo, los suplicatorios de Primo y de Lozano se discutieron, simultáneamente, en las Cortes. Indalecio Prieto, en su discurso, se mostró opuesto a la concesión del de Primo, haciendo su defensa con la habilidad y el talento parlamentario que todos reconocen en ese líder socialista. Fácilmente se presume que no le guiaba a ello la menor simpatía ni la menor motivación sentimental, sino el afán de mejorar, de rechazo, la situación de su

⁷ Al efectuarse la fusión, los militantes jonsistas eran muchos menos en número que los procedentes de F.E. Quizá la proporción llegase a un 10 por 100.

⁸ Hay que reconocer que un solo diputado —o dos, puesto que estaba también Eliseda— no puede nunca actuar con fortuna ni eficacia en el Parlamento.

compañero Lozano, cuyo asunto convenía a la revolución socialista se resolviese bien, al objeto de seguir, sin muchas trabas, armando y preparando la insurrección.

Pues bien, Primo, al terminar Prieto su discurso, lo felicitó efusivamente y le estrechó la mano. Esto estaría quizá bien en la lógica de la cortesía parlamentaria; pero en la época en que eran frecuentes los choques violentos, y bien cercanos los mártires hechos a Falange por los socialistas, produjo a todos gran estupor e indignación. Parece que también en las juventudes socialistas contra Prieto, si bien a éste no le correspondió iniciativa alguna, limitándose a no rechazar un saludo que se le ofrecía.

Ansaldo polariza el descontento

Conocida la rapidez de determinación de Ansaldo, era de temer que no tardasen en producirse dificultades interiores, deslizándose por esa coyuntura la crisis de tendencias que se preveía.

Ansaldo consiguió que un grupo de militantes destacados se uniese a su actitud de protesta. Urdieron entonces un plan al objeto de conseguir la expulsión misma de Primo de Rivera. Ese plan llegó a ser aceptado por varios sectores, y, a pesar de ser propuesto por quien representaba una tendencia calificadamente derechista, encontró ayuda y apoyo entre los estudiantes de actitud más revolucionaria. Cuando ya éstos se habían medio comprometido a auxiliar la protesta, enteraron a Ledesma de ello; pues, a ser posible, pretendían que el Triunvirato, basándose en la situación de indisciplina y en lo extenso del sector que exigía medidas contra Primo, apoyara por mayoría los propósitos de los descontentos. En otro caso, parecían dispuestos a apelar a la violencia para apartar a Primo de Rivera.

La cosa era, como se ve, profundamente grave. En el fondo, lo que ocurría era una consecuencia directa, según ya dijimos, de la frivolidad con que la organización fascista abandonaba su misión histórica de aquel momento: luchar a fondo contra la preparación insurreccional de los socialistas, para impedir luego la vergüenza de octubre, no sólo la de los sucesos, sino otra vergüenza nacional tanto o más triste: la de que sea el lerrouxismo, coreado por el miedo de una opinión cobarde y boba, quien aparezca como salvador de la Patria española. ¡Gran sarcasmo!

Cuando un Partido combativo, cuya consigna fundamental es la pelea, no lucha ni combate con sus enemigos, fatalmente ocurre que se despedace por dentro, en luchas internas supletorias.

¿Organización de masas o secta restringida?

Además, la crisis interior a que nos estamos refiriendo, y que vino a durar casi todo el verano de 1934, tenía ante sí otra destacada significación, otra gran prueba. La de verse obligado el Partido a decidir una cuestión fundamental: O una organización de masas o una organización restringida, una secta minoritaria. Falange Española y las J.O.N.S. eran entonces, en muchos sentidos, un conglomerado amorfo, en el que gentes de las procedencias más varias confluían. Pero aun siendo esto así, no podía negarse que todos los sectores que la integraban disponían, más o menos, de un norte común, en unos más claro que en otros. Ahora bien, un mando vigoroso, una dirección enérgica e inteligente, podía, desde luego, canalizarlos a todos ellos, sin excepción, por el cauce preciso.

La forma en que reaccionaron los dirigentes denota cómo consideraba y apreciaba cada uno esa característica del Partido —que era, evidentemente, el camino de las masas—, esa realidad de estar formado por gente varia, con apetencias aun quizá no bien perfiladas y limadas por el propio Partido, aunque dispuestas y propicias, desde luego, a la cohesión.

Para darse cuenta de ese aspecto multiforme, nada mejor que unas frases de Juan Aparicio en un artículo de la revista *JONS*, tratando de aplicar y actualizar el mito de Catilina. En ellas decía, con evidente regusto descriptivo:

...nuestro sindicalismo nacional, donde se juntan los veteranos de Primo de Rivera, la juventud de la nobleza antigua, la angustia del estudiante sin cultura oficial y sin Patria libre, del rústico sin cosechas, del católico sin Jesucristo, la rabia y la miseria del parado con hambre. (*JONS*, número 9, pág. 66.)

Repitamos que ése era, en realidad, el camino de las masas y, naturalmente, el camino del triunfo. Sólo una organización que es capaz de atraer a sí gentes de tan varia índole, y que tiene el talento de incrustarlas en sus cuadros, de conservarlas en ellos, cumpliendo una tarea, adscritas a un servicio, revela ser una organización apta para la conquista de las masas.

Es evidente que la organización fascista perseguía el logro de esa cualidad: la de ser y constituir una organización de masas. Nada más opuesto a ello, entonces, que una línea restrictiva, que un examen riguroso, al solicitar su ingreso los nuevos militantes. Y más opuesto aun el prescindir *a priori* de un sector social entero, hostigándolo sin necesidad táctica ni estratégica y expulsando de la organización a quienes lo representan. Ir hacia las masas, forjar una organización —de carácter fascista, no se olvide— de masas, obliga a manejar con

destreza una virtud: la de unificar los alientos y los clamores de unas multitudes que vienen de todos los puntos de la rosa de los vientos, prestándoles cohesión, eficacia y disciplina.

Otra concepción, a más de conducir al fracaso, supone sectarismo. Sectarista en muchos aspectos era, pues, la actitud de Primo de Rivera, que achacaba la indisciplina y la protesta a esa realidad constitutiva de la organización.

En cambio, con gran error, Primo de Rivera no denunció con la energía necesaria al Partido lo que él creía causa de las protestas: una habilidosa artimaña de los reaccionarios. Eso hubiera resuelto a su favor la dificultad en cinco minutos.

Tramitación de la crisis interna

La situación a que nos referimos produjo entre los dirigentes una extraordinaria tirantez personal. Ledesma reconocía que era justa, en algún sentido, la pretensión de Primo de Rivera, pidiendo sanciones contra los que le atacaban tan sañudamente, pero, poco dado a obrar por exclusivas motivaciones sentimentales, creyó oportuno deducir de cuanto entonces ocurría ventajas de orientación, que asegurasen el mejor porvenir del movimiento.

Se valió para ello de una táctica difícil, y añadamos que peligrosa. Al ver que el grupo Ansaldo luchaba contra Primo de Rivera, debilitando considerablemente la fuerza de éste, le pareció aquélla una ocasión oportunísima de ligar y unificar estas dos consignas: UNIDAD DEL MOVIMIENTO Y NORTE NACIONALSINDICALISTA DEL MISMO. Oponiéndose a las expulsiones y al sectarismo de Primo de Rivera, era el defensor y el promotor de la unidad. Desplazando de la influencia decisiva a los dos grupos rivales —los de Ansaldo y Primo— aseguraba la ruta nacional-sindicalista, es decir, el sentido social, antiburgués y revolucionario del movimiento. (Digamos que hasta entonces el grueso del Partido, procedente del falangismo, y sobre todo la jerarquía de las milicias, toda ella de espíritu regresista, oponía grandes resistencias a las orientaciones jonsistas de Ramiro Ledesma.)

Ahora bien, si el grupo Ansaldo —no olvidemos la significación, más bien monárquica, de éste, aunque no la tuviesen sus auxiliares en la protesta— conseguía una victoria plena sobre Primo, logrando su expulsión o alejamiento, el peligro, grave e inmediato, era éste: el control de la organización por gentes de muy sospechosa fidelidad a los que hemos denominado nortes nacional-sindicalistas del Partido.

Para evitar ambas cosas: una, la influencia única y absorbente de José Antonio, cuyo temperamento y cuya formación teórica le conducían con facilidad a operar con ideas falsas y a adoptar tácticas erróneas, y otra, el control de la Falange por elementos que deseaban hacer de ella una organización fiel a las consignas tradicionales de las derechas, se decidió Ledesma a intervenir peligrosamente en la tramitación de la crisis interna.

En vista de las dificultades que encontraba en el seno del Triunvirato para la ejecución de sus medidas, Primo amenazaba con alejarse del Partido, o dar un golpe de mano en la organización, proclamándose jefe único⁹, ya que decía tener la seguridad de que toda la ancha base de militantes lo consideraba como el dirigente más calificado.

Ruiz de Alda¹⁰ vaciló ante ciertas proposiciones de Ledesma¹¹, y, a la postre, después de pensarlo seis u ocho días, le manifestó que, aun de acuerdo con casi todas las metas finales y con casi todas las consecuencias

⁹ Distingue y caracteriza a Primo de Rivera que opera sobre una serie de contradicciones de tipo irresoluble, procedentes de su formación intelectual y de las circunstancias político-sociales de donde él mismo ha surgido. Posee seriedad en los propósitos, y le mueve seguramente un afán sincero por darles caza. El drama o las dificultades nacen cuando se percibe que esos propósitos no son los que a él le corresponden, que es víctima de sus propias contradicciones y que, en virtud de ellas, puede devorar su misma obra y —lo que es peor— la de sus colaboradores. Véasele organizando el fascismo, es decir, una tarea que es hija de la fe en las virtudes del ímpetu, del entusiasmo a veces ciego, del sentido nacional y patriótico más fanático y agresivo, de la angustia profunda por la totalidad social del pueblo. Véasele, repito, con su culto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas del patriotismo, con su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad, etcétera. Todo eso, con su temperamento cortés y su formación de jurista, le conduciría lógicamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario. Varias circunstancias han impedido, sin embargo, esa ruta. Pues ser hijo de un dictador y vivir adscrito a los medios sociales de la más alta burguesía son cosas de suficiente vigor para influir en el propio destino. En José Antonio obraron en el sentido de obligarle a torcer el suyo, y a buscar una actitud político-social que conciliase sus contradicciones. Buscó esa actitud por vía intelectual, y la encontró en el fascismo. Desde el día de su descubrimiento, está en colisión tenaz consigo mismo, esforzándose por creer que esa actitud suya es verdadera, y profunda. En el fondo, barrunta que es algo llegado a él de modo artificial y pegadizo. Sin raíces. Ello explica sus vacilaciones y cuanto en realidad le ocurre. Esas vacilaciones eran las que a veces le hacían preferir el régimen de Triunvirato, refrenando su aspiración a la jefatura única. Sólo al ver en peligro, con motivo de la crisis interna, su posición y preeminencia se determinó a empuñar su jefatura personal. Es curioso, y hasta dramático, percibir cómo tratándose de un hombre no desprovisto de talentos forcejea con ardor contra sus propios límites. Solo, en realidad, tras de ese forcejeo, puede efectivamente alcanzar algún día la victoria.

¹⁰ Ruiz de Alda era un dirigente de magnífica ejecutoria. Por una serie de razones —su profesión, su sentido de lo popular, su serena intrepidez— realizaba un tipo humano que en todas partes ha dado a los movimientos fascistas triunfales las mejores aportaciones. Carece casi en absoluto de capacidad expresiva, de cualidades para la tribuna y el mitin. Ello ha

que perseguía el plan, no colaboraría activamente en su realización. Ese plan tendía a resolver la crisis interna de modo que, sin prescindir naturalmente de Primo de Rivera, tuviese un desenlace fecundo para el movimiento.

Ya veremos luego cómo el criterio de destacar una jefatura única se impuso, logrando salvarse felizmente la unidad del movimiento, coincidiendo todo ello con los primeros chispazos de la revolución de octubre, a cuyas jornadas asistió ya el Partido con un nuevo régimen de mandos.

Los jonsistas movilizan a los parados

Mientras se desarrollaban en el seno del movimiento las incidencias a que terminamos de referirnos, los jonsistas, que no agotaban su atención en seguir de cerca tales problemas, a pesar de su gran interés en ellos, se decidieron a impulsar la creación y desarrollo de Sindicatos, iniciando así la captación de los trabajadores para el Partido.

Esa tarea les corresponde por entero. Coincide, pues, con las semanas agitadas de agosto el momento en que la organización fascista inició, con éxito, la atracción de los obreros, mediante la creación de Sindicatos y la puesta en marcha de la Central Obrera Nacional-Sindicalista, filial del Partido.

A pesar de realizar los primeros trabajos en circunstancias difíciles y con poquísimos medios, los resultados fueron rápidos y fulminantes. A los quince días, los locales que el Partido había puesto a disposición de los Sindicatos eran insuficientes para contener a los trabajadores que llegaban. Estos llenaban todas las dependencias, los jardines y se acumulaban junto a las puertas de la calle. La cosa parecía milagro, pero el milagro no era otro que la actividad, el celo y la «técnica de agitación y organización» de los jonsistas.

A la vista del éxito, el Partido dedicó toda la atención posible a esos trabajos sindicales. Grupos de obreros nacional-sindicalistas, con la colaboración de los demás camaradas del Partido, iban a los barrios proletarios y repartían profusamente hojas de propaganda, invitando a todos los trabajadores a ingresar en estos Sindicatos y a abandonar la disciplina roja.

El propósito era arduo. Y más cuando culminaba la preparación revolucionaria marxista. El día 30 de agosto se produjo en Cuatro Caminos un choque violento entre los que distribuían hojas nacional-sindicalistas en esa glorieta, dirigidas a los parados, y un nutrido grupo de marxistas. Los dos bandos hicieron uso de las armas y resultó muerto uno de los dirigentes del partido comunista, Joaquín de Grado, que tomaba parte en la pelea.

Los jonsistas que dirigían los trabajos de organización sindical, decididos a obtener en el sector obrero una victoria resonante, que diese al Partido la base proletaria que necesitaba, urdieron, con audacia, un plan gigantesco de movilización de los parados.

A costa de un trabajo intensísimo, hicieron una especie de censo de todas las obras y talleres. Después de un examen técnico de las características de cada uno, procedieron a asignarles un número mayor o menor de parados, teniendo en cuenta las jerarquías profesionales.

A la vez, por todo Madrid circularon gran número de hojas y llamamientos a cuantos se encontrasen en paro forzoso, ofreciéndoles trabajo, e invitándoles para ello a inscribirse en los Sindicatos nacional-sindicalistas de la Falange de las J.O.N.S.

Los trabajadores acudieron a los locales del Partido y de los Sindicatos, en la calle del Marqués de Riscal, en número extraordinario. La Dirección de Seguridad se vio obligada a montar un servicio de orden. La calle estaba casi totalmente llena de obreros, que impedían o dificultaban la circulación.

Tal espectáculo dejó extrañado a todo Madrid, expectantes a las autoridades y atónitas a las directivas de las Centrales sindicales rojas. Nadie se explicaba qué resorte, qué varita mágica habían tocado los fascistas para que, en menos de una semana, más de 30.000 obreros acudiesen con rapidez y diligencia a sus organizaciones.

Para el día 3 de septiembre se organizó la primera irrupción de los parados en las obras. Fueron distribuidos unos diez mil volantes a otros tantos obreros de la construcción para que ese día, lunes, a las ocho de la mañana, se presentasen a trabajar en el lugar que indicaba el propio volante.

deslucido muchísimo su intervención en las tareas directivas. Pero posee, en cambio, gran agilidad para extraer de los hechos del día las consignas que corresponden, virtud que es imprescindible para el ejercicio del mando en una organización política. Muchas veces, en el seno del Triunvirato parece que era Ruiz de Alda quien con más rapidez y justeza señalaba lo que convenía hacer, y por que razones.

¹¹ Ramiro Ledesma, antiguo fundador de las J.O.N.S. y su jefe hasta la unificación con Falange, era quien representaba en el Triunvirato y en el Partido el esfuerzo por hacer derivar el movimiento hacia un patriotismo social, hacia un nacionalismo revolucionario. Esa característica, incorporada por Ramiro Ledesma, era de hecho la consigna más fecunda del movimiento, y gracias a ella podía tanto independizarse de las limitaciones derechistas como interpretar la angustia verdadera de anchas masas populares. Era la aparición, por primera vez en España, de un patriotismo directo, popular y, si se quiere, subversivo contra la poquedad presente de la Patria. La presencia de Ramiro Ledesma dio decisivamente a la organización su dimensión social, su perfil nacional-sindicalista. Ledesma puede gloriarse de ello. La causa de que, mientras perteneció al Triunvirato, mostrase gran afecto personal a Primo de Rivera, provenía de que éste, contrariando quizá tendencias de una formación en algún aspecto conservadora y reaccionaria, aceptaba cada día con más firmeza la ruta social y antiderechista del movimiento.

No hubo obra en Madrid, grande o chica, donde ese día no se presentasen a trabajar los parados nacional-sindicalistas. Se produjeron incidentes en gran número. En varios sitios fueron recibidos a tiros por los demás trabajadores, no por considerarles enemigos políticos o sociales como pudiera creerse, sino en nombre de un concepto de rivalidad profesional, defendiendo su propio trabajo.

No pudo continuarse la operación en días sucesivos, aun estando preparada también la movilización de otros gremios. Las autoridades lo impidieron, clausurando locales y defendiendo las obras y talleres contra la presencia violenta de los trabajadores parados.

Pero fue aquélla una magnífica jornada revolucionaria para el nacionalsindicalismo, y de la que salió con verdadero prestigio entre los trabajadores. Estos pudieron advertir que la organización fascista no era una frivolidad, una flor de artificio y engaño, nacida al calor de los patronos, sino una bandera social noble, que señalaba a los trabajadores un camino de lucha, ayudándoles y orientándoles en su batalla diaria por el Pan y la Justicia.

A mediados de septiembre, tras la agitación de los parados y de los esfuerzos para la puesta en marcha de los Sindicatos del Partido, disponían éstos de unos 15.000 trabajadores. Victoria tal, arrancada a las filas sindicales rojas en quince días, era inaudita en campos de signo antimarxista.

Dos atentados gravísimos en San Sebastián

El día 9 de septiembre fue gravísimamente herido a tiros en San Sebastián uno de los dirigentes fascistas de esta ciudad, Carrión, muriendo a las pocas horas. Hay que advertir que la sección de San Sebastián no había sostenido lucha alguna violenta, ni tenía apenas importancia. A más de eso, Carrión, dueño y gerente de un hotel, era un hombre de carácter bondadoso y pacífico. No fue por eso tarea fácil explicar el atentado ni sus móviles.

Pero hubo una segunda parte. A la media hora escasa de morir Carrión, caía, también a tiros, en una calle de San Sebastián el famoso agitador revolucionario y ex director de Seguridad Andrés Casaux. Este era conocidísimo; uno de los pocos hombres de acción y de temple que alumbró el movimiento republicano. La noticia de su muerte conmovió a todo el izquierdismo, sobre todo a los urdidores de la insurrección de octubre, en cuyas jornadas, de no ser asesinado, hubiera, sin duda, Andrés Casaux reverdecido sus laureles de revolucionario. Eran notorias sus actividades y nadie dudaba en adscribirle una participación destacadísima en los preparativos más delicados de la insurrección.

El Socialista, comentando su muerte, insinuaba los grandes servicios de que le era deudor el partido socialista. Servicios —decía— de cuya calidad y magnitud no había entonces por qué hablar. Y que día oportuno llegaría para poder hacerlos públicos.

Nada más sencillo —ni más falso— que ligar los dos asesinatos, en el sentido de atribuir el de Casaux a una venganza de los fascistas. Eso fue lo que creyeron muchos, y lo que creyeron también, o aparentaron creer, las autoridades. Es, sin embargo, posible que los dos sucesos tengan entre sí relación, pero una muy distinta a esa que se le atribuyó entonces.

De todos modos, la muerte de Casaux parece ofrecer poquísimos misterios. Tuvo lugar veinticinco días antes de que dieran comienzo las jornadas insurreccionales. Y no era precisamente la organización fascista —aunque sí hubiera debido serlo— la encargada de desnucar la revolución de octubre. A ello se dedicaban con afán gentes más o menos localizables y visibles. Y también, como es lógico, el Gobierno, el Ministerio de la Gobernación.

Una campaña folletinesca de MUNDO OBRERO. El ex legionario Calero

En la última quincena de septiembre, y, sin duda, como ingrediente de agitación para el golpe revolucionario, comenzó *Mundo Obrero*, el órgano de los comunistas, a publicar unas informaciones espectaculares, acerca de la organización interior y de los propósitos del fascismo. Diariamente, más de dos semanas, con el título general de «Falange Española de las J.O.N.S. organización del crimen al servicio del capitalismo», publicó unos relatos fantásticos, folletinescos, denunciando una serie de crímenes «en proyecto» y «sacando a la luz» las «tenebrosidades» de los grupos armados, así como las peripecias y vida anecdótica del Partido.

Era todo, desde luego, pura fantasía; pero ciertos detalles que se referían a eso que hemos llamado «vida anecdótica», la publicación de facsímiles de circulares y de otros documentos, la exactitud de algunos datos sobre las dificultades internas que entonces culminaban, etcétera, revelaban que el autor de aquellas truculencias era algún afiliado en funciones de espionaje, o alguien que recibía de éste las informaciones necesarias para ello.

Se supo, al fin, que su autor, o por lo menos quien hacía la primera redacción, luego quizá modificada injertándole aquí y allí fraseología marxista, era, en efecto un militante: Calero. Trabajaba en las tareas burocráticas de los Sindicatos, pudiendo de ese modo comer malamente algún que otro día. Era un tipo

pintoresco, muy conocido en todos los sectores políticos que hayan tenido representación en la Cárcel Modelo de Madrid.

Calero es aquel legionario de África, del que muchos recordarán, que mató a la novia y se dedicó luego en la cárcel a hacer literatura y amistades con los políticos de todos los colores, desde el equipo republicano de diciembre del 30 hasta los monárquicos del 10 de agosto. Después estuvo en el Dueso, mostrándose muy orgulloso de haber sido allí medio secretario del general Sanjurjo. Pero sus relaciones más continuadas lo fueron, claro, con los extremistas sociales, porque eran también más permanentes como compañeros en la cárcel.

Cuando lo pusieron en libertad, comprendido en un indulto, apareció un buen día por el local fascista, y allí, como era despejado, sabía escribir a máquina y se conformaba con poco, le permitieron colaborar en los trabajos sindicales del Partido.

Calero era, en el fondo, un semiloco, con dos manías u obsesiones. Una, de carácter erótico, que le hacía creerse un don Juan irresistible. Otra, literaria, de grafómano o escritor. Los comunistas explotaron esas dos manías al inducirle a la traición. Se valieron para tal empresa de una militante roja, Carmen Meana, empleada en el Metro, que había estado en Rusia. El pobre Calero, tan galante, cedió, al parecer, a los requerimientos de su soviética amiga, no sin que también influyera en su determinación de escribir las informaciones de *Mundo Obrero* su otra obsesión, la de grafómano.

Al sentirse descubierto, Calero huyó de Madrid. Nadie sabe si de miedo, de vergüenza o por qué otra causa. A las pocas semanas, apareció muerto en Barcelona. No fue posible a la Policía explicarse el crimen. Como era conocida su presunción donjuanesca y se le encontraron cinco o seis fotos de mujeres en la cartera, atribuyeron el hecho a alguna venganza de orden amoroso. También Calero había actuado en los medios de la F.A.I., haciéndose pesquisas en esa dirección. ¡Cualquiera sabe!

7. Octubre y después de octubre

Nombramiento de jefe nacional | El Partido se manifiesta en las calles contra la insurrección marxista y contra el separatismo rebelde | La lógica obligada | Ambiente enrarecido. Expectación ante posibles sucesos político-militares | Oportunidad y posibilidad de Falange de las J.O.N.S. para una acción armada | La actitud del Gobierno | Un viaje a Asturias | Imperativos de una batalla en el orden sindical | De las filas marxistas al nacional-sindicalismo | Redacción de una hoja programática. Los veintisiete puntos | Impotencia y debilidad | Agonía irremediable. Una reunión de la Junta política | La escisión de los jonsistas

Nombramiento de jefe nacional

La insurrección marxista y separatista de octubre sorprendió al Partido en plena tramitación de su pleito interno. Después de las dificultades de que hemos hecho mención, convinieron los líderes dar paso a la jefatura única, facilitar las aspiraciones de Primo de Rivera, eliminando así de un plumazo rápido la vida anormal del movimiento. Ansaldo fue expulsado de la organización, y los militantes que apetecían, del modo que fuera, un jefe, pudieron ver realizadas sus ilusiones. Otros, en cambio, asistían con todo género de reservas a la designación que, no obstante, aceptaron dispuestos a la colaboración más leal y sincera.

En septiembre el Triunvirato quedó en suspenso como organismo supremo de la Falange, por acuerdo de sus componentes, que transfirieron toda su autoridad a Primo de Rivera para que convocase un Consejo nacional. Primo nombró los consejeros, hizo nuevos Estatutos y dictó asimismo el reglamento para las sesiones del Consejo. Las tareas concretas de éste eran: Aprobación de los Estatutos, nombramiento de jefe nacional y elaboración de unas bases programáticas.

El Consejo estaba convocado para los días 5, 6 y 7 de octubre. Coincidió, pues, totalmente con la revolución socialista y con la rebeldía de Companys. En vista de los sucesos, y que los primeros tiros marcaban las horas de la primera sesión, el Consejo aprobó rápidamente los Estatutos y con el mismo apremio nombró a Primo de Rivera jefe nacional. En cuanto al programa, acordó que lo redactase la Junta política, organismo nuevo, de tipo consultivo, que los Estatutos recién aprobados creaban como alto auxiliar de la Jefatura.

Ya tenía, por tanto, la organización fascista un jefe. Ya no podrían achacarse al mando plural de los triunviros los motivos de confusión, lentitud o ineficacia en los mandos. Además, España ofrecía una coyuntura formidable para prestigiar, robustecer y alentar la ruta de un caudillo. Ocasión mejor, ni soñada. El miedo de unos, la desilusión de otros y la audacia y la inteligencia de una minoría podían ser tres factores que, manejados por la intuición genial de un jefe verdadero, proporcionasen éxitos sorprendentes y rápidos. Era de nuevo la hora fascista, el momento histórico de Falange Española de las J.O.N.S. Pues si antes, en los meses de la tramitación de la revolución socialista, no quiso o no pudo aprovechar otra ocasión análoga para su triunfo, ahora, después del golpe rojo, una segunda demostración de impotencia sería quizá la muerte definitiva del Partido, su probable hundimiento histórico.

Primo de Rivera inauguraba su jefatura con un escenario espléndido. Dentro, el Partido acalló toda disensión y se puso a sus órdenes con la más rigurosa disciplina, lo que era desde luego obligado, tanto por las circunstancias como por el buen sentido. Fuera, España desarrollaba jornadas históricas, henchía su vientre para que fuesen posibles los partos fructuosos. No había más que pedir.

El Partido se manifiesta en las calles contra la insurrección marxista y contra el separatismo rebelde

En la mañana del domingo día 7, al recibirse las primeras noticias del rendimiento de Companys, tuvo el Partido ocasión de hacerse visible en las calles. De madrugada se había desmovilizado a las escuadras, pues debido a la insurrección de la Generalidad y al temor de un incremento de la rebeldía en Madrid, se habían mantenido en vela toda la noche, cosa que venía ocurriendo ya tres días. Ese era el motivo de que hubiese relativamente pocos afiliados en el local central cuando se dio la orden de organizar una manifestación jubilosa por el triunfo del Ejército contra los separatistas.

A toda prisa se adquirió una bandera tricolor, y las pocas docenas de camaradas que había en el local, convertidos en enlaces, salieron en busca de sus compañeros. A las doce en punto se puso en marcha la manifestación, iniciada desde los locales del Partido con unos quinientos militantes. La ruta era Castellana-Recoletos-Alcalá y Puerta del Sol. La bandera la llevaba un directivo de Barcelona, Roberto Bassas, llegado a Madrid para asistir al Consejo nacional. A la cabeza iba Primo de Rivera, acompañado de Ruiz de Alda, Ledesma y el teniente coronel Rada, que había sido nombrado recientemente jefe de las milicias del Partido.

La manifestación fue un éxito indiscutible. Lo prueba el hecho de que la iniciasen 500 en los locales del Partido y llegaran unos veinte mil a la Puerta del Sol. Fue también un éxito de oportunidad y de entereza. Pues el día 7 la subversión marxista no estaba sino apenas iniciada, y una manifestación numerosa en las calles constituía un blanco fácil para cualquier agresión armada por parte de los grupos rojos, con vistas a sembrar el pánico y el terror en las gentes.

En la Puerta del Sol, subido a unos andamiajes de las obras del Metro, frente al ministerio de la Gobernación, pronunció Primo de Rivera unas palabras. La plaza estaba llena de una muchedumbre anhelosa y en los balcones del edificio oficial había varios ministros. Era el momento de un discurso certero y preñado de futuro histórico. Que fuese, a la vez que remate y consecuencia de la manifestación efectuada, consigna para aquellas masas y aviso implacable para aquel equipo ministerial. Primo se limitó a recordar que aquella fecha, 7 de octubre, era la fecha de Lepanto, e invitó al Gobierno a hacerse cargo de la magnífica coyuntura histórica que se le venía a las manos. Las palabras de Primo de Rivera fueron inexpertas, ingenuas y candorosas. Después de tres días agitadísimos, y frente a la inopinada responsabilidad personal de aquellos minutos, es quizá comprensible que no intuyese con exactitud el signo conveniente.

La lógica obligada

Pues es cierto que el Gobierno Lerroux-Gil Robles necesitaba asistencia en aquellos días, en que se vio agredido por la insurrección marxista. Y que había que proporcionárselas y ofrecérselas con pocas condiciones. Pero esa lógica, que en forma tan sencilla corresponde a una agrupación de las llamadas conservadoras, a un espíritu preocupado tan sólo por el orden del momento, tiene que ser superada por la lógica de un revolucionario nacional, es decir, por la lógica de un fascista. Este no podía limitarse a colaborar en la acción defensiva o represiva de un Gobierno demoburgués como el de Lerroux, sin plantearse con la misma intensidad, con el mismo apremio, el problema de su estrategia contra esa misma situación victoriosa.

Interpretar esa lógica hasta sus últimas consecuencias es algo que no debió perderse de vista por el mando de la Falange de las J.O.N.S., ni un solo minuto, durante todo el mes de octubre.

Desencadenada la insurrección socialista, un movimiento como Falange debió plantearse con toda audacia el problema de la toma del Poder, y la lucha, a fondo, contra el Gobierno demoburgués de Lerroux.

Ambiente enrarecido. Expectación ante posibles sucesos político-militares

Es sabido que la victoria de octubre, en cuanto supuso lucha armada contra la ofensiva de los revolucionarios, corresponde por entero a las tropas y a la fuerza pública. Tanto el episodio de la toma de la Generalidad en Barcelona como los combates de Asturias, revelaron la presencia en las zonas más jóvenes del Ejército de un espíritu eficaz, sensible a la emoción nacional española y dispuesto a servirla de un modo abnegado.

A través de todo el mes de octubre, es decir, aun después de vencida la revolución, la atmósfera española estuvo sobrecargada de espíritu subversivo. Y con esto aludimos, naturalmente, no a las zonas revolucionarias, sino a las zonas restantes del país.

Mucho se conspiró en España desde las veinticuatro horas siguientes a la derrota del marxismo. Lo extraño hubiera sido que no se conspirase. Había corrido la sangre de los soldados y de la fuerza pública. Se había batido, asimismo, un sector numeroso de los proletarios, con inequívoca capacidad para la lucha heroica y abnegada. Los únicos que realmente no significaban nada en la contienda eran los grupos ministeriales, el sistema a que permanecían adscritos y las grandes cimas del régimen. ¡Qué extraño es, repetimos, que pensasen muchos en la necesidad de conquistar el Estado y de gobernar a España como era notorio no podían gobernarla aquellas gentes!

No nos corresponde hacer aquí consideraciones amplias sobre la coyuntura de octubre. Sólo en cuanto podamos relacionarlas con la ruta del fascismo, tema único de estas páginas. Pero sí podemos aludir a la actividad desplegada en ciertos medios para dar a tal coyuntura una salida militar. La danza de generales fue permanente durante unos días en la imaginación de todos los españoles. Lerroux se vio obligado a declarar ante los periodistas que sería disparatada y traidora cualesquiera tentativa de sublevación. Y bien conocida es la frase de otro personaje altísimo, que al recibir noticias de inminentes sucesos de orden militar, contestó a los que se las daban: «También tengo yo mis generales.» No cabía más tirantez, ni tampoco más sintomática idea de cómo la situación era de veras insostenible.

Las gentes eran bien certeras al señalar durante aquellos días con el dedo a una determinada figura militar, como más fácilmente vinculada a la solución directa del pleito. Ese militar mantenía una relación estrecha con Gil Robles, jefe de la C.E.D.A., organización, como se sabe, dotada del menor espíritu posible para tareas de violencia. Es también sabido que la C.E.D.A., como su jefe y los inspiradores de su jefe, constituyen en España las fuerzas políticas más íntima y directamente relacionadas con la diplomacia vaticanista de Roma. No yerra mucho quien sospeche que corresponde a la Iglesia católica, mediante su diplomacia y sus órganos de acción y

de influencia, el error o el acierto de que después de la insurrección marxista y separatista, no se produjesen sucesos políticomilitares en España.

Oportunidad y posibilidad de Falange de las J.O.N.S. para una acción armada

En presencia de los sucesos de octubre, la organización fascista era la única fuerza que estaba en condiciones de hacer de ellos la interpretación histórica más fértil. Falange de las J.O.N.S. no debió poner ni un minuto su confianza en el Gobierno Lerroux, y considerarlo, una vez vencida la insurrección, como su peor enemigo. Tal y como fue vencida la revolución socialista, podía asegurarse, sin riesgo, que ello no suponía la destrucción verdadera del marxismo.

El marxismo no puede ser vencido y destruido radicalmente si no por quien disponga de una angustia social, con que sustituirlo en el alma y en la esperanza de las masas.

En cambio, de una represión antimarxista ordenada y dirigida por un Gobierno demoburgués, como el de Lerroux-Gil Robles, no cabía esperar sino un mayor o menor retraso en la recuperación, y aun superación, de su antigua fuerza.

Pero hubo un momento en que el pueblo español, las grandes masas, estaban propicias a aceptar, como consecuencia lógica de los sucesos de octubre, el aplastamiento del marxismo, y grandes sectores de la clase trabajadora se encontraban asimismo dispuestos a desvincularse de sus organizaciones, abriendo su atención a nortes sociales diferentes.

En esa hora, los generales conspiraban y la base más joven del Ejército vivía en una permanente espera de *hechos* a que sumar su entusiasmo. No se olvide que las jornadas revolucionarias de octubre tuvieron, junto a la dimensión social de Asturias, los episodios antinacionales de Cataluña, la lucha del Ejército contra las partidas de facciosos que pretendían destruir la unidad de España. Este doble aspecto contribuía entonces a que fuese más fácil y sencillo encontrar cooperaciones para la acción salvadora que se requería.

En virtud de requerimientos o por propia iniciativa, Primo dio unos pasos en la atmósfera conspiratoria. No muchos. Pues Primo era escéptico y —lo que no es frecuente ni normal en los jefes— subestimaba entonces la fuerza y la misión de su propio Partido. No le cabía en la cabeza que Falange tuviese o debiera tener en aquella hora de España una intervención decisiva, subestimando con exceso, repetimos, su relieve y sus efectivos.

Claro que, de penetrar en las zonas acotadas del Ejército, la misión que correspondía a la organización fascista no podía consistir, naturalmente, en unirse al séquito de un general cualquiera, jugando el futuro del Partido y de la Patria a la probabilidad de que ese general dispusiera o no de capacidad y de talento. Ni mucho menos. En las reuniones de la Junta política, organismo, no se olvide, de carácter consultivo, Ledesma insistía en que, de lanzarse a la lucha contra el Gobierno, de acuerdo con elementos militares, ello debería hacerse tan sólo arrastrando a las posiciones y a las consignas del Partido al sector de la oficialidad que se mostrase políticamente más intrépida, audaz y decidida. El deber de Falange consistía en dirigir y absorber la capacidad insurreccional de esos elementos, uniéndolos a sus propios grupos para organizar la toma violenta del Poder.

En ese propósito, en su cumplimiento, correspondía entonces al Partido desplegar la actividad máxima, e incluso arrostrar también todos los riesgos, hasta los más graves.

Afirmo sin vacilar que en las primeras semanas de noviembre estaba dentro de las posibilidades reales de la organización el haber promovido eficazmente una acción armada. Influyó lo necesario en un grupo de mandos jóvenes del Ejército, propicios a la insurrección, y además contaba con sus escuadras, con los grupos militarizados del Partido, que sin ser desde luego de gran volumen numérico, alcanzaban la importancia combativa que se requería. En cuanto a la oportunidad del momento y a su necesidad para la Patria, no es preciso hablar.

Primo de Rivera no lo vio así ni quiso verlo así. Quizá porque vaciló en comprometer la vida de la organización en un propósito tan grave, al mes escaso de tener en sus manos la jefatura del movimiento. Hay que suponer que influiría también en su resistencia el hecho que antes mencionamos, no por absurdo menos real y verdadero: que Primo subestimaba el relieve del Partido, considerando utopía pura el que éste pudiese aspirar, tan pronto, a la dirección del Estado. No tenía, pues, la menor confianza en el éxito de una acción decretada y dirigida, en aquella hora, por el Partido.

Ahora bien, las ocasiones históricas pasan junto a nosotros, no con arreglo al horario de nuestras preferencias, sino obedeciendo leyes y motivos que, generalmente, le son extraños. Napoleón no desencadenó la Revolución francesa, pero obtuvo de ella y extrajo de ella su imperio personal y el imperio de Francia sobre casi toda Europa. Si en 1799 se hubiese creído excesivamente joven para aspirar a la dignidad de Primer Cónsul, rechazando la coyuntura en espera de una edad más grave, en vez de un genio de la historia hubiera resultado un mentecato.

Además, aunque en octubre o noviembre el éxito no era ni podía ser seguro, no por ello había razón para cerrar los ojos ante el imperativo insurreccional. Las organizaciones combativas se hacen, desarrollan y prestigian en los combates. Un fracaso de Falange Española de las J.O.N.S. en noviembre de 1934,

desencadenando una acción violenta, habría dado con sus dirigentes en la cárcel, habría desarticulado momentáneamente sus organizaciones; pero junto a todo eso le habría también conseguido fuerza moral y prestigio entre las grandes masas españolas. La habría incrustado, en fin, en el porvenir seguro de la Patria, con una ejecutoria de luchas, de sacrificios y de afán heroico por la victoria. ¿Qué ha conseguido, si no, manteniéndose en la legalidad y renunciando a aquellas acciones decisivas?

La actitud del Gobierno

El desarrollo de la política radical-cedista proporcionaba, además, cada día nuevos motivos para insistir en una línea de lucha y de oposición implacable. El indulto escandaloso del traidor Pérez Farras, a la vez que la represión silenciosa en Asturias era durísima. El nombramiento de Portela Valladares para el cargo de gobernador general de Cataluña, siendo uno de los políticos cuya labor en su región gallega había consistido en trasplantar el mismo problema autonómico que condujo, en Cataluña, a los sucesos de octubre, etc., etc.

Junto a eso, añádase que en cuanto fue vencida la revolución y desapareció del horizonte toda sospecha de que se encenderían rescoldos subversivos, el Gobierno arremetió contra F.E. de las J.O.N.S., suspendiendo su Prensa, cerrando sus locales, etc., como si en realidad hubiese sido la ejecutora directa de la subversión a medias con el marxismo.

Un viaje a Asturias

A primeros de noviembre hizo Primo un viaje a Asturias, acompañado de Ruiz de Alda. Este quedó luego allí, tanto para orientar la propaganda del Partido en las semanas de la post-revolución, como para asistir de cerca al desarrollo de las incidencias políticas que eran de prever en las tropas.

Primo pronunció algunos discursos, y desde luego no logró interesar suficientemente a la población, a pesar de que anchos sectores de ella esperaban su viaje con ilusionada simpatía. Es posible que los asturianos no estuviesen todavía repuestos de la tragedia, ni todavía en condiciones de oír y comprender discursos políticos.

Imperativos de una batalla en el orden sindical

Una vez que la oportunidad insurreccional pasó y que el Gobierno normalizó, puede decirse, sus resortes oficiales, el Partido no tenía más que un camino para extraer de la revolución de octubre consecuencias positivas: la captación de los trabajadores. Fue la hora de vigorizar los Sindicatos —tan oportunamente creados, como vimos, dos meses antes—, la hora de una lucha a fondo, en el terreno sindical, contra el marxismo.

Todos saben con qué angustia y con qué preocupación los dirigentes políticos y sindicales del partido socialista y de la U. G. T. creían, durante las semanas posteriores a octubre, que los cuadros de sus Sindicatos iban a ser materialmente trasplantados a las organizaciones de F.E. de las J.O.N.S. Creían de veras en una fuga arrolladora de las masas, provocada de modo inevitable si el fascismo ponía las redes de una táctica sindical inteligente. Pues recordaba la movilización de los parados, hecha en septiembre por los jonsistas, y en la que éstos demostraron gran capacidad para la agitación y la organización de los trabajadores.

Estos temores de los marxistas fueron, por desgracia, infundados. Los obreros permanecieron fieles a sus antiguas organizaciones o se retrajeron de ellas, pero no pasaron a nutrir los cuadros de los Sindicatos nacional-sindicalistas, afectos al fascismo.

Ese fracaso tenía un origen de orden político más que sindical. Evidentemente, los Sindicatos de carácter fascista no tienen por qué basarse en un riguroso sentido profesional, apolítico. Todo lo contrario. Pues les informa en el fondo un sentido de pelea y de rivalidad contra el marxismo, precisamente en lo que éste tiene de tendencia política bien marcada y clara. Sólo un partido fascista vigoroso puede dar vida a unos Sindicatos fascistas que estén asimismo dotados de vigor. Si el Partido vacila y no desarrolla una línea política eficaz y briosa, sus Sindicatos siguen igual suerte.

Y ya hemos dicho que, después de octubre, F.E. de las J.O.N.S. no demostró la decisión necesaria ni encontró su verdadero camino. Es decir, ni se decidió a la insurrección; ni luego, pasada la oportunidad de ella, pudo encontrar el secreto de las masas españolas. De hecho, hubo en el Partido una incomprensible debilidad y falta de visión para la única consigna que entonces era justa y podía tener éxito: la de hostigar y hostilizar al Gobierno Lerro-Ceda.

Pues la desilusión y la desconfianza con que el país asistía a los modos, tanto por exceso como por defecto, con que el Gobierno desarrollaba la represión y orientaba la política liquidadora de los sucesos, era de tal magnitud que la estrategia más cándida exigía utilizarla como plataforma. Además, y ello es lógico, las masas populares tenían tal odio y repugnancia al equipo lerrouxista que cualesquiera acción iniciada con talento y brío contra él encontraba fuerte resonancia y simpatía entre los trabajadores.

Falange de las J.O.N.S. debió recoger y aprovechar esa situación de ánimo de las masas, sabiendo que la hostilidad contra el Gobierno radical-cedista, dijese lo que dijese el sector más ruin, bobo y cobarde de la burguesía nacional, era lo que menos podía parecerse a un delito de lesa patria.

De las filas marxistas al nacional-sindicalismo

Es bien conocido el hecho. Tanto en Italia como en Alemania, la expansión fascista arrebató con frecuencia al marxismo buen número de combatientes revolucionarios. Estos descubrían el sentido social verdadero y la emoción nacionalista, profundamente popular, del fascismo. En España, donde desde hace incontable número de años sólo el izquierdismo subversivo y las organizaciones rojas aparecían como las únicas preocupadas o informadas por una inquietud social justiciera, la idea nacional, el patriotismo revolucionario, estaba del todo inédito entre los trabajadores. Esa situación favorecía que cuando dispusiese de una bandera y de una organización eficaz y limpia, se produjesen vacilaciones en un sector más o menos restringido de las filas revolucionarias.

Las J.O.N.S., en su primera época, anterior a la unificación con Falange, percibieron con optimismo cómo ese fenómeno era una esperanza real. Grupos de antiguos revolucionarios rojos se unieron a las tareas jonsistas. Todo el mundo en España asignaba al movimiento fascista como una de sus mejores perspectivas la posibilidad de nacionalizar un determinado sector obrero, desgajándolo de las organizaciones rojas. Esa tenía que ser, efectivamente, una de sus justificaciones. La forma en que nació Falange Española y su adscripción — en el sentir de las masas— a rutas de poquísima garantía popular, dificultó, por desgracia, esa meta espléndida.

La revolución de octubre era de suponer que actualizase de nuevo ese fenómeno. Tanto las enseñanzas que se podían deducir de los sucesos, como la claridad con que éstos hicieron que se dibujase en el horizonte político-social, junto a la catástrofe marxista, la inanidad e hipocresía de las formas demoliberales, deberían producir en gran número de luchadores honrados una decisión favorable a la bandera nacional-sindicalista del fascismo.

Las esperanzas resultaron fallidas. Sólo grupos aislados procedentes del comunismo hicieron su aparición. Esto ocurrió en Sevilla, un poco en Asturias y también en la región gallega, tratándose, en general, de muy buenos militantes. Su presencia entusiasta, a pesar de la ruta impropia y tímida que cada día era más visible en el Partido, revela las enormes posibilidades que en esa dirección encontraría una auténtica actitud nacional-sindicalista.

Redacción de una hoja programática. Los veintisiete puntos

En octubre de 1934 no había publicado aún el Partido ningún documento de propaganda en el que se reflejasen sus aspiraciones programáticas centrales. Era, evidentemente, útil redactar, en estilo directo y accesible a la comprensión de las grandes masas, una hoja de ese carácter.

Realizar ese propósito a fines de octubre era oportuno y no lo era. Lo primero, si se hacía con vistas a acelerar la propaganda del momento, la coyuntura de la post-revolución. Lo segundo, si, como tenía que ocurrir, la hoja aspiraba a una validez más amplia, para todo el futuro de la organización, pues ello suponía desvincularse de la hora especial de España y de sus problemas inmediatos.

La hoja-programa fue elaborada por la Junta política en la primera decena de noviembre. Contiene 27 puntos, considerados desde entonces por los militantes como su evangelio político. Hizo su primera redacción Ramiro Ledesma, que presidía aquel organismo, y modificada luego por Primo de Rivera en el sentido de hacer más abstractas las expresiones y de dulcificar, desradicalizar, algunos de los puntos.

La hoja quedó así un tanto desvaída, llena de preocupaciones académicas, menos apta para interesar a las grandes muchedumbres de la ciudad y del campo.

Giménez Caballero, que, como miembro de la Junta política, asistía a las reuniones preparatorias para la redacción de ese documento, protestaba con viveza de la inoportunidad de dedicarle jornadas interminables. Su gran sentido de la realidad —a pesar de tratarse de un escritor, de un teórico— le hacía percibir el absurdo de que horas tan gravísimas e históricamente decisivas para España como aquéllas las pasasen los organismos superiores del Partido discutiendo cómo serían las corporaciones, qué características le corresponderían, cómo abordaría el Estado nacional-sindicalista el problema de la enseñanza, etc.

Ello era, en efecto, desconsolador, porque constituía la más palpable muestra de estar desconectados y a tremenda lejanía de la realidad nacional de España, de sus inquietudes presentes y de sus afanes. Ello era también la prueba de que renunciaba a intervenir, con éxito o con desgracia, en las posibles luchas de aquellos días y a desvincularse radicalmente de ellas.

Impotencia y debilidad

A los cuatro meses de la revolución de octubre, y también de la jefatura única de Primo de Rivera, el Partido se encontraba en una situación de impotencia y de debilidad que equivalía, francamente, a su inexistencia. Y ello, como hemos visto, después de la ocasión histórica más fecunda que podía soñarse.

Ninguno de los resultados lógicos que era lícito esperar después de los hechos de octubre fue alcanzado. Disminuyó la recluta de nuevos militantes. Disminuyó el censo de los Sindicatos. Disminuyó, en fin, la proyección del movimiento sobre la vida política del país, sobre la realidad política de la calle.

Algunos sectores, procedentes de la derecha, fueron dándose de baja día a día, para ingresar en el Bloque nacional, entidad reaccionaria que creó por entonces Calvo Sotelo. Al frente de ellos, Eliseda, el único diputado que con Primo mantenía en el Parlamento filiación fascista.

Idéntica actitud, en lo que afecta a desentenderse del movimiento, iban adoptando otros grupos, que se marchaban a sus casas o, desilusionados de su fe nacional, buscaban de nuevo contacto con el extremismo rojo.

La descomposición interna iba creciendo, asimismo, de modo angustioso. Nada resultaba posible. Ni Prensa ni trabajo alguno de ninguna índole. Además, como el Partido no había logrado constituir una organización adecuada para la acción y la propaganda ilegal, únicas posibles en aquellos meses de silencio obligado por el rigor del estado de guerra, la inacción absoluta enmohecía y desmoralizaba hasta a los elementos más entusiastas y más firmes.

Primo de Rivera tardó más semanas de las debidas en darse cuenta. Sería quizá injusticia atribuirle toda la responsabilidad por la situación lamentable a que había llegado el Partido, precisamente en la etapa de su mando único y supremo. Pero no es, desde luego, injusto atribuirle una gran parte. En las páginas anteriores ya aparecen dibujados sus errores en cuanto a la acción y la política desarrollada, con motivo de los sucesos de octubre. Hay otros, de calidad distinta, que influyeron, asimismo, en el decaimiento del Partido, sobre todo en su laxitud interna.

No se olvide que los estatutos adoptados, al hacerse cargo de la jefatura Primo de Rivera, ponían en sus manos todos los poderes de un modo absoluto. Podemos afirmar que no existe partido ni organización alguna en el mundo que posea unos estatutos tan rígidos y que concedan tantas atribuciones al jefe como los de Falange en la época a que aludimos, todavía, al parecer, vigentes.

Pues bien, el jefe que acepta —e incluso impone, puesto que fueron redactados por él y para él— unos estatutos así, parece lógico que asuma toda la responsabilidad, porque los otros miembros u organismos carecían de atribuciones para señalar las rutas diarias del Partido, limitándose, hasta los más altos, como la Junta política, a una significación meramente consultiva.

Ello se complicaba con otra característica de Primo de Rivera: la de una desconfianza, casi enfermiza, hacia sus colaboradores, sobre todo a los que aparecían algo destacados en la organización. Esa desconfianza era propia de su carácter, de su temperamento, pero también, en gran porción, era alimentada por un pequeño grupo, que, no de mala fe, sino por ineptitud y estrechez mental, aconsejaban sus precauciones.

Agonía irremediable. Una reunión de la Junta política

Parecía absurdo asistir con despreocupación a tal estado de cosas. La Falange de las J.O.N.S. marchaba a la deriva, retrocediendo terreno. Sin norte y sin plan, o con el único plan de permanecer, inactiva, en unos cuarteles de invierno interminables.

En tal situación se reunió la Junta política uno de los días finales de diciembre, con asistencia de Primo y de algunos miembros de provincias, entre ellos Onésimo Redondo. Fue una reunión simbólica. Se celebró por la tarde. En el salón hacía un frío enorme, pues el gran edificio de la calle del Marqués de Riscal, 16, llevaba varias semanas sin calefacción. Apenas iniciada la Junta, se hizo de noche, y hubo que encender dos velas, porque también aquella aristocrática mansión se encontraba sin luz eléctrica, cortada días antes por falta de pago a la Compañía. Era, además, uno de los días finales de año, y hasta esa agonía cronológica parecía flotar en la atmósfera de la sala.

Primo reconoció en esa reunión que la situación del Partido era angustiosa, que había entrado en un bache de gran profundidad y peligro. Todos manifestaron sus opiniones y mascullaron débilmente unos problemáticos remedios. Se advertía que la Junta misma, como organismo, estaba también en trance de asfixia. Sus componentes se mostraban allí: unos, con el entusiasmo perdido; otros, dispuestos a esperar con toda paciencia, y el resto, avizorando una posible salvación parcial de aquella impedimenta, que parecía ser el aparato oficial del Partido. Primo de Rivera, a no ser la confesión de gravedad y la leve insinuación de que abandonaría el puesto, no aclaró lo más mínimo el futuro ni propuso consigna alguna «para salir del bache».

La reunión, al objeto de que no adoptase fatalmente un signo cadavérico, derivó a temas alejados del tema central y único, que entonces tenía que ser el suyo. Se habló de esto, de aquello y de lo de más allá. Es decir, de

nada. Y a las ocho de la noche se le dio fin, incumplido por todos el deber de proporcionar una solución, aunque quizá con la atenuante de que ese deber era ya casi un hallazgo imposible.

La escisión de los jonsistas

La casualidad hizo que a la salida de la Junta tomasen el mismo rumbo tres de sus miembros: Ledesma, Onésimo Redondo y Sotomayor. Con este último iba, además, uno de los dirigentes sindicales, Mateo, antiguo comunista. Los cuatro se encaminaron al café Fuyma, en la Gran Vía. Y, naturalmente, lo que no se planteó en la Junta, lo fue allí con toda crudeza. Los reunidos eran, como se sabe, jonsistas, a excepción de Mateo, que había ingresado recientemente en el fascismo.

Todos coincidieron en que si no se hacía algo con rapidez para evitar la descomposición total del movimiento, ésta era inevitable. Sotomayor y Mateo informaron acerca de la situación lamentable de los Sindicatos, que en los últimos cuatro meses, en vez de acrecentar la captación de los trabajadores, se habían desnutrido, hasta el punto de que de los 15.000 obreros inscritos en septiembre no quedaban ni 2.000. Afirmaron, asimismo, que los motivos de la enclenquez sindical eran de origen político, procedían de la palidez política del Partido. Y dijeron más, y es que ellos dos venían ya desde hacía algunos días estudiando el medio de alzar la independencia de los Sindicatos, a cuyo efecto habían gestionado algunos medios económicos.

Predominaba entre los reunidos la creencia de que a ellos, como antiguos dirigentes de las J.O.N.S., les correspondía, a la vista de los escollos, declarar caducada su unificación con Falange, quedando libres para reverdecer de nuevo la gloriosa plataforma jonsista. Esa propuesta pareció excelente a Onésimo Redondo, quien afirmó que toda la sección de Valladolid la adoptaría como un solo hombre. Ramiro Ledesma opuso algunos reparos. Manifestó que, en vez de una actitud escisionista, él prefería, por su parte, dimitir todos sus cargos y quedar al margen de la organización, haciendo esto público mediante un manifiesto.

Ledesma creía irresoluble por vías normales la situación a que había llegado el Partido. Estimaba a Primo como víctima, en cierto modo, de los mismos estatutos por él elaborados, y cuya rigidez hacía casi imposible dar cara con eficacia a los problemas que implicaba la revigorización de la Falange jonsista. Esa creencia lo llevó a la escisión acordada con los demás, y que se hizo pública el 14 de enero.

Los propósitos de los escisionistas consistían en asfixiar toda supervivencia reaccionaria y dar a la organización bases nuevas, tanto de funcionamiento, a los efectos interiores, como de índole social-económica, a los efectos de la propaganda.

La escisión tuvo dos aspectos:

Uno, político, que representaban Ramiro Ledesma y los grupos jonsistas que se identificaron con su actitud, en vista de la experiencia de los últimos meses y de la desgraciada coyuntura del Partido al medio año escaso de octubre.

Otro, sindical, de indisciplina de los Sindicatos, que mantenían Sotomayor y Mateo. Este fue a Valencia a influir en aquella sección, y a la vuelta creyó más conveniente para él quedarse con Primo de Rivera, sustituyendo a su compañero en el cargo de dirigente sindical. José Antonio lo acogió con suma alegría, y hasta parece que lo distingue con su confianza, no queriendo saber, quizá, que fue uno de los más activos forjadores de la actitud escisionista de enero. Mateo hizo bien, por otro lado, en apartarse de la labor sindical de Sotomayor, individuo, al parecer, un tanto averiado.

* * *

A consecuencia de la escisión, se produjeron polémicas desagradables, y hasta cierto punto violentísimas, entre ambos grupos. Ledesma y sus camaradas redactaron un semanario, *La Patria libre*, donde justificaron cumplida y honradamente su actitud nacional-sindicalista. El falangismo personalista de los otros les hizo objeto de ataques, que bordeaban lo calumnioso, lo que puso más al descubierto las diferencias profundas que, realmente, existían entre los dos grupos.

En la publicación del semanario intervinieron con gran eficacia, a más de los dos excelentes camaradas jonsistas de Valladolid, Palma y Bedoya, el grupo que en Madrid seguía más de cerca las orientaciones de Ramiro Ledesma. La polémica trascendió con el mismo sentido violento a la Prensa diaria, mediante cartas e interviús en los periódicos. *El Heraldo* entrevistó a Ledesma. Y en *Informaciones* se publicó una conversación con Primo de Rivera, hecha precisamente por un periodista mercenario, ligado a las capas infrasociales de Madrid.

El Partido se dividió profundamente, y de hecho supuso la disgregación, tanto a un lado como a otro, de los mejores militantes que había en sus filas; es decir, de sus fundadores, de sus dirigentes y de quienes, a través de luchas difíciles, habían caminado con la bandera de la organización a cuestas.

8. La situación actual

Noviembre de 1935

Los acontecimientos escisionistas, a que terminamos de referirnos, estuvieron a punto de arrollar la plataforma política en que venía apoyándose Primo de Rivera, lo que hubiera implicado su retirada de la vida política, por lo menos en el sentido de ser una política interpretadora de «lo fascista».

Ahora bien, también obraron esos acontecimientos como un revulsivo, como una denuncia de errores, a los que dar cara, so pena de morir sacrificado a ellos. Primo de Rivera, con inteligencia, extrajo de ese revulsivo y de sus enseñanzas el aprendizaje debido. Eso le permitió reponerse, no sin vencer angustias y vacilaciones, y dar cara, con cierta audacia personal, a la nueva ruta que tenía delante. Para ello, hizo dos cosas. Una, reforzar su proyección personal sobre la organización que le quedaba. Otra, recoger y hacer suyos los propósitos mismos que esgrimían los elementos que se escisionaron.

Primo publicó un nuevo semanario, *Arriba*, y centuplicó su esfuerzo hasta reorganizar de nuevo los elementos de que disponía. INSISTIO, CON MÁS VIGOR QUE NUNCA, EN LAS CONSIGNAS PROPIAS DEL JONSISMO, HACIÉNDOSE INTÉRPRETE DE ELLAS Y SU MEJOR PROPAGADOR. En algunas intervenciones parlamentarias, y en otros discursos, acentuó su carácter antirreaccionario y juvenil. De ese modo logró, innegablemente, que sus grupos se moviesen en una órbita más fecunda que la indicada por él mismo otras veces.

Primo de Rivera ha tenido el acierto de seguir las consignas jonsistas, independizándose, por tanto, del espíritu derechista, que en España es por completo inoperante para toda empresa nacional profunda.

Resulta, pues, que Primo ha terminado por adoptar y aceptar casi todas las plataformas críticas que fueron la causa de que los jonsistas mantuviesen, desde las primeras horas siguientes a la unificación, toda una larga serie de batallas internas que culminaron en la actitud escisionista última. Primo, ahora, y de acuerdo con lo que aquéllos pedían, ha desplazado a los ineptos falangistas de primera hora y ha acentuado su consigna de un sindicalismo nacional.

La ruta actual de Falange encierra aún evidentes dificultades. Son, desde luego, dificultades propias de la misión que pretende desarrollar. No es nada seguro que esas dificultades puedan ser vencidas por Primo de Rivera. Le acechan mil peligros, entre ellos, el de caer en una organización de carácter sectarista, en una capilla político-literaria, a base de escritores epicénicos y pedantesco protocolo. Le acecha también el peligro de no resistir suficientemente la presión de los reaccionarios y de ser satélite de esas fuerzas ¹². Primo no debe olvidar que su victoria será tanto más propia en tanto menos apoye en las concepciones de los reaccionarios la idea nacional y social de su bandera, en tanto consiga mantener el contacto con las grandes zonas de españoles a la intemperie. Las clases medias de las ciudades y el campesinado pueden darle, junto al ingrediente de las juventudes universitarias, fuerzas sociales suficientemente vigorosas para una intervención fecunda en el presente nacional.

Nada pronosticamos, sin embargo. Las organizaciones que controla Primo de Rivera atraviesan aún etapas que no se prestan sino a augurios confusos. Y es asimismo notorio que él mismo deriva con facilidad a desviaciones que serían verdaderamente mortales para su futuro.

* * *

Ramiro Ledesma y sus amigos creen, con más firmeza cada día, que su escisión y rompimiento con Falange equivale de hecho para ellos a la liquidación definitiva de una concepción que les era preciso superar. Se están operando en España grandes transformaciones; ha habido ocasión, asimismo, de recibir grandes enseñanzas y llega, quizá, de prisa la hora oportuna para dar de nuevo, con otras perspectivas, la gran batalla nacional y social que España y los españoles necesitan.

Los grupos escisionados, una vez que no consiguieron el control total de la organización antigua, perdieron entre sí el contacto. Hoy están dispersos, en parte. Unos, en organizaciones obreras de la derecha. Otros, acampados muy cerca del marxismo, del que procedían. Pero la mayor parte espera de Ramiro Ledesma la consigna de reagrupación y el aldabonazo que les llame para la lucha nueva.

Realmente, estos elementos están, en muchos sentidos, alejados de las concepciones estrictamente «fascistas». Tanto sus nortes políticos como los de índole social-económica rebasan quizá la esfera de soluciones y aspiraciones del fascismo. Permanecen, desde luego, en la órbita nacional de servicio a la Patria

¹² Ya en un mitin reciente pedía la constitución, con las derechas, de un frente, que él llamaba patriótico. Mal camino de deslizamiento es éste. Por ahí no llevará la organización sino el fracaso, camino de aparentes victorias parlamentaristas. Los reaccionarios harían de Primo un nuevo Albiñana, con su partida de la porra correspondiente, para salvaguardar su posición antipopular y regresiva. La tendencia de Primo a pactar con los cedistas es también, evidentemente, un error considerable.

española. Pretenden que la revolución nacional, vigorizadora, sobre todo, de la unidad de España, alcance un sentido social, que consista, incluso, en abordar el problema de la revocación del régimen capitalista. Ni por un momento aceptan la tesis reaccionaria de que la idea nacional, el patriotismo, tenga que estar ligado a un régimen de explotación de la gran mayoría del pueblo. Esa supuesta Patria de los reaccionarios no es la suya, y dispuestos están a raerla de la Historia.

Ledesma se ha trasladado a Barcelona, donde parece reanudará la publicación de *La Patria libre* y acentuará esa bandera que diseñamos. No pretenden ya, tanto él como sus camaradas, organizar, ni remotamente, el fascismo. Lo que en las viejas J.O.N.S. había de fascismo lo recoge hoy Primo de Rivera, sobre todo en sus propagandas últimas. Aquéllos entienden que su misión es otra.

Diríamos, para terminar, que a Ramiro Ledesma y a sus camaradas les viene mejor la camisa roja de Garibaldi que la camisa negra de Mussolini.

ANEXOS

Movimiento español J.O.N.S.

(Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista) ¹³

Qué son las J.O.N.S.

Los orígenes.— Fe política militante.— La maravilla y el orgullo de ser españoles.— Lo primero, la acción.— Buscamos haces, juntas.— Al servicio de una mística de juventud y de violencia.— Imperio y pan.— La glorificación de las masas.— ¡Viva España!

(El FASCIO se encuentra al nacer con el hecho gratísimo de que existe en España una organización de juventudes, las J.O.N.S., disciplinada en torno a ideales muy afines a los nuestros. Pondremos a disposición de estos grupos verdaderos fascios de jóvenes combatientes, una página de nuestra revista, desde la que lanzarán sus consignas, sus razones y sus gritos. Hoy, uno de los fundadores más destacados, Ramiro Ledesma Ramos, señala los orígenes, las rutas y las metas de las J.O.N.S.)

Sentido nacional

He aquí nuestra conversación con Ledesma Ramos:

—¿...?

—Localice usted el nacimiento y creación de las *Juntas de Ofensiva Nacional-sindicalista* en la hora misma en que suspendió su publicación *La Conquista del Estado*, víctima del rigor policiaco de Galarza, y tanto como eso, de la atmósfera de entontecimiento demoliberal que se respiraba en España —derecha, izquierda y centro— hasta hace unos meses. *La Conquista del Estado* desapareció hace ya año y medio; pero sus veintitrés números denunciaron antes que nadie toda la mentira, toda la ineficacia, toda la candidez y todo el peligro de desviación y hasta de traición nacional que representaban aquellos pobres principios decimonónicos de las jornadas abriñeras. Y no era eso oposición a la República, como tal. No. Pues ante nuestra vista estaba bien cercano el pobrísimo impulso y el fracaso terminante de la Monarquía. Era otra cosa: Teníamos sentido nacional español, ansia de servicios eficaces a la cultura y a la tierra que constituían nuestro ser de españoles; sabíamos quién era el enemigo —las organizaciones marxistas, poderosas y violentas—, y nos creíamos, por último, en posesión de las técnicas más precisas para debilitarlo.

—¿...?

—Y entonces, abrazados a una interpretación militante de nuestra fe política, dimos paso a las J.O.N.S., donde, repito, los grupos de jóvenes lectores que se habían adherido a la consigna de resurgimiento nacional propagada en nuestro periódico, colaboraron durante un año en una tarea silenciosa y resignada, con perfecta cohesión y disciplina. Nos sostenía un espíritu vigilante, seguros de que muy pronto el pueblo español sentiría la necesidad de defender a la desesperada su derecho a una Patria y a una cultura que él mismo había creado. Pues la presencia angustiosa de tres realidades, de tres amenazas, como son: los separatismos roedores de la Unidad, la ola marxista antinacional y bárbara operando en nuestro suelo; la ruina económica y el paro constituyen peligro suficiente para que la gran mayoría de los españoles, o por lo menos la minoría más heroica, tenaz y responsable, aceptasen el compromiso de una acción política encaminada a recuperar la fortaleza de la Patria y la prosperidad económica del pueblo.

La eficacia política

—¿...?

—No hay política, eficacia política, sin acción. No interesa tanto a las J.O.N.S. atraer millones de españoles a sus banderas como organizar cientos de miles en un haz de voluntades, con una disciplina y una meta inexorable que atrapar. El nombre mismo de nuestros grupos, las *Juntas*, señala la primera preocupación del Partido, la de promover a categoría activa, militante, el mero existir pasivo y frío que caracteriza hoy la intervención política del pueblo.

—¿...?

—Sí. Delimitamos, por ahora, el sector de nuestras propagandas. Sabemos que el espíritu y la táctica de las J.O.N.S., es decir, sus ideas y su estilo de acción, sólo puede ser aceptado por la juventud española universitaria y obrera. Esto es, hijos de burgueses y proletariado joven, unidos en dos logros supremos: el resurgimiento de la grandeza y dignidad de España y la elaboración de una economía nacional, de sentido sindicalista, corporativo, sin lucha de clases ni marxismo. Sólo la juventud sabe que las instituciones y procedimientos que sirven de base

¹³ Colaboración de Ramiro Ledesma en forma de entrevista, propagadora de las J.O.N.S., en el periódico *El Fascio* n.º 1, 16 de marzo 1933. Ilustraba la página una fotografía de Ramiro con camisa negra y corbata roja que vistió en su célebre conferencia en el Ateneo de Madrid, 2 de abril 1932, *Fascismo frente a marxismo*.

al Estado liberal-burgués son una ruina en nuestro siglo, capaces tan sólo de despertar la adhesión y el entusiasmo de las gentes viejas. Y sólo ella sabe también que no hay licitud política alguna a extramuros de una idea nacional indiscutible, irrevisable, y que para mantener en su más firme pureza esa fe nacional, ese sentimiento de la Patria, es hoy necesario formar en unas filas uniformadas y violentas que contrarresten y detengan las calidades terribles del enemigo rojo.

El pueblo español

—¿...?

—En efecto, imperio y pan. No hay grandeza nacional y dignidad nacional sin estas dos cosas: un papel que realizar en el mundo, en la pugna de culturas, razas y religiones que caracteriza el vivir humano del planeta; un pueblo satisfecho que coma y alcance un nivel de vida superior, o, por lo menos, igual que el de otras naciones y países. Pero hay más. Si la economía nacional ha de ser próspera, es decir, lo necesariamente rica para asegurar el esplendor vital del pueblo, el primer factor es el de tener como base una pujanza y una fortaleza nacionales, una capacidad productora y un optimismo creador, imperial, que sólo consiguen y atrapan los pueblos que aparecen en la Historia formados apretadamente en torno a la bandera de su Patria. Por ejemplo, la España del siglo XVI. Y hoy, el fascismo italiano.

—¿...?

—Nada es hoy posible sin un orden, una disciplina y una colaboración activísima de las masas. Quien rechace o prescinda de las masas como de algo molesto y negativo está fuera del espíritu español de nuestro siglo, de la realidad que ahora vivimos. Las J.O.N.S. aceptan, acogen y comprenden en su verdadera significación esa especie de glorificación de las masas a que asistimos hoy. Y por ello creemos que la única garantía de que pueda lograrse en España un orden permanente, una fecunda disciplina española, es aceptar, o más aún, reclamar la presencia palpitante del pueblo, de las masas españolas. Demostraremos al marxismo que no nos asustan las masas, porque son nuestras. Es, pues, tarea del Partido, primera justificación del Partido, el encontrar los moldes, los perfiles recios, durables y auténticos sobre que volcar la colaboración, efusividad y fuerza creadora del pueblo español. El marxismo encrespa las masas e inutiliza su carácter de españoles, movilizándolas bajo consignas negativas y rabiosas. Las hace bárbaras, insolidarias y hasta criminales. Al contrario de eso, las J.O.N.S. intentarán ofrecer, aclarar y señalar a las masas hispánicas cuál es la ruta del pan, es decir, de la prosperidad y del honor; esto es, de su salvación como hombres libres y como españoles libres. Sabemos bien que sólo será libre el pueblo español cuando recobre su ser, su coraje y su fuerza —que viene negando o desconociendo desde hace dos siglos— y proyecte todo eso sobre el cerco enemigo que le ataca.

Móviles de índole nacional

—¿...?

—Nuestra negación radical es el marxismo. Nuestra afirmación primera, la grandeza y dignidad de España. Claro que estos dos afanes pueden compartirlos asimismo —en la letra, no en el espíritu— los sectores burgueses de izquierda; pero las J.O.N.S. saben bien que sólo coronando esos propósitos con una política de sacrificio y de violencia, de realidad nacional y no de farsa parlamentaria, de heroísmo en la calle, popular frente a los rojos, pueden ser obtenidos rotundamente. Esperamos, pues, la adhesión inmediata de esas juventudes burguesas de izquierda, ilusionadas hasta ahora por los mitos del siglo XIX, ingenuos, candorosos y, lo que es peor, ineficaces y blandos ante el enemigo.

—¿...?

—Las J.O.N.S. constituyen, puede decirse, un Partido contra los partidos. No admitimos como lícitos en política otros móviles que los de índole nacional. España va a la deriva, gobernada por el egoísmo de los partidos, que hacen jirones la unanimidad histórica de España, su capacidad de independencia y sus defensas esenciales. Queremos el Partido único, formado por españoles sin calificativo alguno derrotista, que interprete por sí los intereses morales, históricos y económicos de nuestra Patria. Queremos la dictadura transitoria de ese Partido nacional, forjado, claro es, en la lucha y asistido activamente por las masas representativas de España. ¡¡Dictadura nacional frente a la dictadura del proletariado que propugnan los rojos y frente a los desmanes de la plutocracia capitalista!! Hasta conseguir las nuevas instituciones, el nuevo orden español, el nuevo Estado nacional de España. Nada nos liga a la España liberal y blanducha anterior al 14 de abril. Nada nos impide, pues, comenzar nuestro camino desde esta situación republicana que hoy existe. Pero, repito, la Historia de España es gloriosa, formidable. Algunos de sus Reyes, magníficos jerarcas, geniales creadores de alma nacional, y de ellos estamos orgullosos ante el mundo. Ahora bien, hoy España, el pueblo español, vive una forma republicana de gobierno, y las J.O.N.S. declaran que se librarán mucho de aconsejar al pueblo su abandono. En todo caso, ni Monarquía ni República: El régimen nacional de las J.O.N.S., el nuevo Estado, la tercera solución que nosotros queremos y pedimos.

Revolucionarias y católicas

—¿...?

—Las J.O.N.S. se consideran revolucionarias. Por su doble índole de Partido que utiliza y propugna la acción directa y lucha por conseguir un nuevo orden, un nuevo Estado, subvirtiendo el orden y el Estado actuales. Somos, en lo económico, sindicalistas nacionales. Tenemos en nuestro programa la sindicación forzosa de productores, y desde los Sindicatos de industria a la alta Corporación de productores —capital y trabajo—, una jerarquía de organismos *nacionales* garantizará a todos los legítimos intereses económicos sus rotundos derechos. Otra cosa es en nuestra época caos, convulsión, ruina de los capitales y hambre del pueblo. Sólo nosotros, nuestro sindicalismo nacional, puede hacer frente a todo eso, aniquilando la lucha de clases y la anarquía económica.

—¿...?

—¿Cómo no vamos a ser católicos? Pues ¿no nos decimos titulares del alma nacional española, que ha dado precisamente al catolicismo lo más entrañable de ella: su salvación histórica y su imperio? La historia de la fe católica en Occidente, su esplendor y sus fatigas, se ha realizado con alma misma de España; es la Historia de España. Pero quede bien claro que las J.O.N.S. aceptan muy poco, se sienten muy poco solidarias de la actuación política de los partidos católicos que hoy existen en España. Viven éstos apartados de la realidad mundial, y al indicar como metas aceptables las conquistas y los equilibrios *belgas*, denuncian un empequeñecimiento intolerable de sus afanes propiamente nacionales, españoles.

—¿...?

—Sí. ¡Viva España! Vamos a airear este grito, haciendo que las masas lo hagan resonar con orgullo. Una de las más tristes cosas, de tantas cosas tristes como se ofrecían a los españoles desde hace sesenta años, era esta realidad de que el grito de ¡Viva España! fuese considerado como un grito reaccionario, al que había que proscribir en nombre de Europa y del progreso. ¡Oh, malditos!

Ideas sobre el Estado¹⁴

Estas notas sobre el Estado parten de un hecho histórico: ahí está, vencido e inane ante nosotros, el concepto liberal-burgués del Estado, vigente en Europa como avanzada revolucionaria, es decir, como meta ilusionadora de pueblos, todo un larguísimo siglo de vida política.

Así, pues, esta convicción moderna, actual, de que son inservibles y absurdas las bases que informaban las instituciones políticas superiores de los grandes pueblos, nos sitúa en presencia de una formidable época subversiva. Se han desplomado las supuestas gruesas columnas que desde la Revolución francesa sostenían el mito de la eficacia y del progreso revolucionarios.

Hasta aquí todos hemos vivido aceptando como normas para comprender el Estado, la existencia y vigencia del Estado, unas ideas cuya trayectoria precisa derivaba de los momentos mismos en que se incubaron el Estado liberal, la política constitucional moderna y el parlamentarismo. El Estado apareció entonces como un utensilio, una mera forma, un marco donde encuadrar la actividad nacional de un pueblo con objeto de lograr un funcionamiento cómodo. Estaba entonces presente un tipo de hombre, el burgués, que una vez rotas las vigencias tradicionales, los imperativos que la historia y el alma misma de cada pueblo imprimían a su futuro, se encargó de propagar un nuevo concepto de las instituciones públicas. Es el que ha permanecido hasta los aledaños de nuestra propia época, para convertirse ahora en el verdadero peso muerto, retardatario, que hoy cruje ante el vigor, la disciplina y el optimismo nacional, uniformado y rígido de los nuevos jerarcas europeos.

El Estado liberal se asienta sobre una desconfianza y proclama una primacía monstruosa. Sus partidarios, los burgueses, buscaban unas instituciones para su servicio, preferían las que les permitiesen realizar mejor sus propios y peculiares intereses, ignorando, desde luego, o señalándolos como secundarios, los que podemos denominar con pureza fines o intereses nacionales. Así, el Estado, repito, venía a ser un mero utensilio, sin ligazón fundamental a nada que trascendiese al afán individualista de los supuestos ciudadanos. Todas las libertades frente al Estado eran, pues, lícitas, por lo menos de un modo teórico, ya que el Estado mismo era modificable, revisable en su más honda entraña, a cualquier hora del día parlamentario, sin sujeción ni respeto a compromisos tradicionales, incluso los sellados con la sangre, el heroísmo, la grandeza y el genio creador del propio pueblo en los siglos y años precedentes.

Nace el Estado liberal cuando triunfaba en Europa la cultura «racionalista». Una Constitución es ante todo un producto racional, que se nutre de ese peculiar optimismo que caracteriza a todo racionalista: el de estar seguro de la eficacia y el dominio, sobre toda realidad posible, de los productos legislativos de su mente. Y es que la vida nacional, el genio nacional, la auténtica vibración de los pueblos era desconocida, ignorada, y se legislaba, se especulaba sobre el hombre, así en abstracto, sobre el individuo, y lo *nacional*—esta palabra sí circuló en tales períodos políticos, pero ahora veremos en qué erróneo sentido— era cuando más la *totalidad*, el grupo social, cosa de números, lo que luego se llamaría en la lucha de grupos y partidos la *mayoría*.

Y si el Estado era tan sólo un utensilio, pudo concebirse la posibilidad de montar algo así como una fábrica de tales objetos, de artefactos constitucionales, materia de exportación para los pueblos cuyo «atraso o mediocridad revolucionaria» impidiesen constituirlos o realizarlos por sí. Todo el mundo sabe que el moralista inglés Bentham se prestaba de muy buena gana a hacer Constituciones de encargo, con destino a pueblos de las más varias latitudes.

La primera consecuencia de todo esto, el efecto inmediato y seguro del Estado liberal-parlamentario fue entregar a los grupos y partidos políticos la tarea de marcar en «cada hora» la ruta que seguir; y el hacer del Estado y de la vida nacional objeto de botín transitorio, sin fidelidad esencial a nada, originó todas las miserias políticas, todas las pugnas vergonzosas, todos los injuriosos atropellos sobre el cuerpo y el alma del *genio nacional* que pueden seguirse fácilmente en cualquier período de cualquier pueblo donde haya regido un Estado liberalparlamentario.

En el último tercio del siglo XIX algo vino a perturbar la fácil y simple ideología política que informaba al Estado liberal. Fue el acontecimiento marxista, la presencia del marxismo. Con una nueva consigna revolucionaria y al hombro de un tipo humano totalmente distinto del que impulsó y realizó la Revolución francesa. El marxismo alumbró para el proletariado unas metas revolucionarias diferentes. Apartó a los obreros de las ideas de la burguesía liberal en cuanto a los fines y, sobre todo —lo que interesa destacar en estas notas rápidas que ahora hacemos—, los hizo insolidarios, esto es, los orientó en una táctica política que dio en tierra con los artilugios liberales. Pues el marxismo proclamó la lucha de clases e introdujo la violencia en los pacíficos medios constitucionales que el Estado liberal presentaba precisamente como su mayor gloria: la tolerancia, la solidaridad de la discusión, la inclinación respetuosa ante la opinión de la mayoría, el compromiso de la lucha electoral como único camino para las disidencias, etc. Todo ese equilibrio mediocre es lo que hizo temblar el marxismo con su sola presencia. Los partidos obreros marxistas iban, sí, a las elecciones, pero no borraban de su encabezamiento la denominación de revolucionarios, no renunciaban a la actuación violenta, a la imposición

¹⁴ Colaboración de Ramiro Ledesma Ramos en la revista *Acción Española*, núm. 24. Marzo 1933.

coactiva de sus masas, burlando así la doctrina liberal ortodoxa, a la que se acogían, sin embargo, cuando les resultaba conveniente.

Durante la vigencia del Estado liberal, el marxismo era, pues, un luchador con ventaja. Y así resulta que terminó casi por imponerse. Ponía a su servicio todos los medios legales que la candidez liberal-parlamentaria proporcionaba a sus propagandas antinacionales, y además contaba con la eficacia rotunda que corresponde a todo partido que posee fachada y modos revolucionarios, que predica la subversión violenta para alumbrar «un mundo nuevo donde no haya injusticias ni dolores». He aquí el juego con ventaja del marxismo en su pugna con los demás grupos que practiquen en un Estado liberal, con un poco de sinceridad, sus convicciones y propagandas, o los que se recluyen en la farsa que emana de una red de caciques y de argucias abogadescas, o también los que utilicen una violencia transitoria sin raíz de ideales ni justificación ante la Patria. De todo esto, contra todo esto, el marxismo apareció invulnerable. Así aconteció que al filo de la guerra se impuso en Rusia y canalizó tales agitaciones e impulsos subversivos en otros pueblos, que su culminación produjo la presencia en escena de una nueva eficacia, de una táctica, de una resurrección del genio nacional de un pueblo, de un nuevo Estado, en fin, de tal cariz histórico, que tiene derecho a la máxima atención universal. Aludimos al fascismo italiano, hoy —en 1933— ya casi triunfante en su afán de alumbrar instituciones políticas nuevas. Entre ellas, al frente de ellas, el Estado fascista.

* * *

Ya no es, pues, para nosotros el Estado lo que era y representaba para la sociedad liberal-burguesa de nuestros abuelos e incluso nuestros padres. El hombre actual, y más aún mientras más joven sea, encuentra en el Estado un sentido diferente, lo vincula a nuevos valores y tareas, lo que significa la reintegración plena de su jerarquía a la sustancia nacional, a la expresión nacional que yace en la entraña de los grandes pueblos.

Estamos, pues, ahora en presencia del Estado nacional. Su primera ejecutoria es batir al enemigo marxista con triunfal denuedo y despojo inteligente. Es decir, resucitando el culto de la Patria y reivindicando para sí la auténtica angustiasocial de nuestra época.

Para destruir la maraña de particularismos viciosos que un siglo de libre cambio ideológico, de orgía partidista, había creado en torno al fecundo concepto del Estado, la política europea más reciente se ha servido de esta rotulación victoriosa: el partido único. Esto es, un partido totalitario interpreta por sí la vigorosa resurrección de la vida nacional, hasta entonces desconocida o injuriada por los partidos, y rechaza la colaboración de estos partidos, aniquila la base misma que servía de sustentáculo legal a los partidos, o sea, el *derecho* a revisar el problema de la existencia nacional misma y, por último, proclama e impone su propia dictadura. Y he aquí cómo esa inmediata contradicción de *partido único*, etapa imprescindible para el alumbramiento del Estado nacional, aparece resuelta en su transitoria faena polémica de destruir a los partidos, en su empírica y forzada utilidad como realizador estratégico de la revolución contra el orden antiguo.

Ejemplos mundiales de esa ruta son hoy el partido fascista italiano y el nacional-socialismo alemán, entre los resucitadores y alentadores de la *idea nacional* contra la negación marxista, y el partido bolchevique ruso, como embestida ciega y catastrófica, pero con línea y espíritu peculiares de este siglo.

El Estado es ya para nosotros la suprema categoría. Porque, o es la esencia misma de la Patria, el granito mismo de las supremas coincidencias que garantizan el rodar nacional en la Historia, o es la pura nada. En el primer caso, el Estado es y debe ser una jerarquía inaccesible a la disidencia. La Nación en su plenitud de organismo histórico. Así, pues, son cada día más absurdos esos afanes de presentar Estado y Nación como algo diferente e incluso enemigo, como seres en pugna y defensa diaria, uno contra otro. Esa concepción, que nos resulta inexplicable advertir en plumas de carácter y sentido tradicionalista, es hija directa de los tópicos políticos que sirvieron de base al Estado liberal. Pues si Nación es el conjunto de «intereses y apetencias individuales que nutren y forman una sociedad», según estima el liberalismo, claro que hay y puede haber pugna entre ella y el Estado. Pero una Nación no es eso. Es un manojito de coincidencias superiores, trascendentes al individuo y a su destino, que representan un espíritu histórico. Es una Patria. Y la idea de Patria, el sentimiento humano de la Patria, es en los grandes pueblos un orbe imperial, algo que por su misma esencia rechaza la idea de un enemigo interior en sus recintos, de un disconforme, de un disidente. El Estado nacional se nutre, pues, de elementos indiscutibles, innegables. Su simbólica es la Unidad, la disciplina, el sacrificio y la fe militante en sus creaciones.

He aquí el Estado militante que perfila nuestro siglo. Su lógica y su justificación. Su batalla y su brío. Un Estado impetuoso y fuerte, que se acerca a las jerarquías absolutas. Y ahora conviene destruir otro tópico que nubla asimismo a algunos espíritus tradicionalistas. Se cree erróneamente que el Estado liberalburgués es el Estado fuerte por excelencia, ya que aniquiló o sometió a su yugo a las corporaciones y gremios económicos. Pero no es esto. Su supuesta fuerza es una fuerza adventicia, de gendarmería, pero sin realidad alguna honda. Y este bagaje armado a su servicio reconoce, como señala Sorel, un origen pintoresco. Cada triunfo revolucionario demoliberal traía consigo un aumento de fuerza pública para consolidarse y una centralización —no unificación— frenética en las débiles manos de los gobiernos.

Estas notas sobre el Estado tienen un sentido tan actual que les da origen el acontecer político europeo de estos años, casi de estas horas. Pero no quiero dejar de insinuar un ejemplo vigoroso acerca de estos conceptos

que hoy presiden las elaboraciones políticas más nuevas: el Estado español del siglo XVI. La arquitectura funcional del imperio católico de Felipe II. No se ha insistido en este antecedente —no en lo externo y superficial, sino en la eficacia creadora e incluso en la lógica autoritaria— directo del Estado fascista de Italia, romano de gesto y de fachada, pero con tendencia al vigor, la disciplina y el espíritu de *unidad* de cultura, de conciencia nacional, que caracterizaban al Estado español del siglo XVI.

No se trata, pues, de crear y dar nacimiento a nacionalidades de artificio, falsas, según el ejemplo balcánico o las normas que en Versalles presidieron el aniquilamiento de Centroeuropa y las que aquí manejan los deshacedores de la unidad española. Lo que aparece hoy como imperativo dramático que nos conduce al nuevo Estado, frente a las avanzadas rotundas y violentas del marxismo, es el grito de salvación nacional, de resurrección nacional que se advierte en los pueblos dotados de responsabilidad y de tradición fuerte, en los grandes pueblos creadores de historia.

Y hay otro elemento, otra columna fundamental del Estado. Es la angustia *social* que hoy domina con justicia a las masas. El nuevo orden económico entrega al Estado inexorablemente la plena función de presidir con decisión las peripecias de la pugna. Y sólo en nombre de unos fines nacionales, acudiendo a la primera raíz que suponen las coincidencias que han dado origen y vida nacional a una Patria, encuentra el Estado autoridad y justificación a sus designios. El nuevo orden corporativo tiende a servir, no estos o los otros intereses de sentido particularista ni aun de *clase*, sino unos fines que trascienden a todo eso, fines de imperio, de marcha, de vida nacional plena. El marxismo encrespa hoy las clases con idéntica consecuencia subversiva y perturbadora que el liberalismo encrespó en rebeldía económica a los individuos. Pues bien, he aquí la tarea del Estado nacional, con su cortejo de atributos a los que no alcanza siquiera la posibilidad de que sean ignorados como justos: la jerarquía de fines, disciplinando los factores de la producción —no la producción como tal— y del consumo. Pues una economía es algo que no agota su sentido al producir riqueza a unos individuos o a unas clases. Son los suyos fines nacionales, que afectan a la existencia nacional en su base más honda. Tiene, pues, razón el nuevo Estado frente a la concepción liberal-burguesa y frente a la concepción marxista. (Esta última, etapa maldita —si bien por fortuna truncada— en el proceso de desnacionalización de la idea del Estado.)

Y acontece que esos movimientos que surgen al paso del marxismo oponiéndole la autenticidad popular, la eficacia distributiva de sus economías y la decidida voluntad de resistir son ahora los que enarbolan en el mundo los mitos optimistas de la revolución. Se hacen hoy revoluciones para subvertir el orden liberal-burgués y aniquilar la oleada marxista. Los grupos nacionales son hoy, pues, los que manejan la iniciativa revolucionaria, los que practican en la etapa previa a la conquista del Estado la acción directa contra las organizaciones rojas. Y los que mantienen con pulso armado, en la etapa posterior al triunfo, el derecho a una cultura y a una dignidad nacionales.

Ramiro LEDESMA RAMOS